

Elsa García



Y yo a mí

Y yo a mí

Elsa García

A mis padres, por ser mi apoyo

A mis estrellas, por ser mi poder

A Miguel... por ser mi todo

ÍNDICE

-1-

Jota

-2-

Jota

-3-

Enzo

-4-

Jota

-5-

Jota

-6-

Enzo

-7-

Gael

-8-

Enzo

-9-

Jota

-10-

Jota

-11-
Enzo

-12-
Enzo

-13-
Jota

-14-
Gael

-15-
Enzo

-16-
Jota

-17-
Jota

-18-
Jota. Hace siete años

-19-
Enzo

-20-
Jota

-21-
Jota

-22-
Enzo

-23-

Jota

-24-

Jota

-25-

Jota

-26-

Enzo

-27-

Gael

-28-

Jota

-29-

Enzo

-30-

Enzo

-31-

Jota

-32-

Enzo

-33-

Jota

-34-

Gael

-1-

Jota

- ¿No tienes nada más corto? Ese aún te tapa un poco las bragas. Si las miradas matasen... Gael aún estaría vivito y coleando, porque no creo que supiera vivir sin este petardo.

- Si quieres me pongo el burka, que el hábito lo tengo en la tintorería... ¡Déjame en paz!

- Ponte lo que te dé la gana, pero es que vas tan...

- ¿Tan yo?

- ¡Sí! Y hoy el protagonista del día no tiene esas piernas para competir por la atención de los invitados. Así que no me seas perra mala y cámbiate, anda, Jota, que ya estás suficientemente espectacular habitualmente como para tener que ir por ahí enseñando cachá.

Me río y cedo. Además, tiene razón. El cumpleaños es él, y el que más miradas masculinas tiene que llevarse de camino a la barra del bar, también. Además, es cierto que el último vestido que me he probado es demasiado DEMASIADO hasta para mí. Con las luces de los garitos y tanta lentejuela, corro el riesgo de parecer una bola de discoteca morada.

- ¿Mejor el verde?

- Pero sin ninguna duda, vamos.

- Ok. Y tú tranquilo, con lo increíble que vas, hoy hasta los heteros van a babear detrás de ti.

Y es cierto. Ga está impresionante. Con sus vaqueros tobilleros, sus Adidas Superstar, la camisa negra abotonada hasta el cuello y la cazadora negra de polipiel, le daría un mordisco hasta yo.

Gael es uno de esos hombres que se llevan suspiros de lamento cuando las

tías que le entran descubren que es gay. Y digo descubren porque no es algo que se note de entrada.

Es un hombre muy masculino. El mentón le encuadra la cara de una manera muy sexy. Es de rasgos fuertes y marcados. Su cerca de metro noventa se acentúa por el volumen de su negrísimo pelo, que peina con un tupé imposible de medio lado y que combina con el color de sus ojos oscuros. Menos mal que es morenito, porque si llega a ser tan blanco como yo, parecería un miembro de *La familia Adams*.

Vamos, que es una escultura de guerrero romano sin un solo deje amanerado... hasta que abre la boca. Es el mayor cotilla que me he echado a la cara en mis 27 años. Y es divertidísimo. No es que hable de sí mismo en femenino ni nada por el estilo, pero... tiene ese “no sé qué, que qué sé yo” que te hace entender que le van más los Ken que las Barbies.

Nos conocimos en nuestro primer año de universidad. Yo estaba fumando en la puerta de la Facultad de Educación de la Autónoma de Madrid, mirando los horarios y las clases que tenía para esa mañana. Hacía apenas dos semanas que habíamos empezado y creo que ya conocía mejor los nombres de los camareros que los de algunos profesores de Magisterio. Ga se me acercó muy decidido y cuando se paró enfrente de mí me soltó:

- ¿Llevas la cuenta de la grande o la chica?
- ¿Mus?
- Mus

Así de simple.

El café de la primera partida dio paso a las cañas del mediodía, que nos tocó pagar porque la paliza que nos pegaron Javi y Edu, los otros dos chicos a los que engañó para que se ‘fumaran’ alguna clase, fue épica. Entre risas y pasadas por debajo de la mesa como castigo a los perdedores, decidimos parar un rato a comer en el *Goloso Campus*. Cuando Ga y yo pasamos a los

botellines por Huertas, nuestros nuevos amigos nos abandonaron a nuestra suerte. Y cuando esa noche cogí la línea tres para meterme en la cama pasadas las dos de la mañana, supe que ese morenazo de ojos marrones, que media hora después cayó a plomo en la cama de mi habitación de invitados para dormir la mona a gusto, era ya parte de mi futura vida.

- ¿Venían a por nosotros aquí o hemos quedado ya en *Xaloc*?
- Nit y Javi pasaban un momento por casa, que Ana quería que le dejara unos pendientes. A Edu y a Álex los vemos allí directamente, y con Enzo no sé cómo has quedado.
- Mi hermano iba a llegar un pelín tarde, así que no tenemos que esperarle.

Anita, mi Nit, es mi mejor amiga desde el colegio. Las dos crecimos en Carabanchel y fuimos juntas al CEIP Perú. Creo que nos hicimos amigas por conveniencia. Estábamos sentadas al lado en la mayoría de las clases, nuestros edificios en General Ricardos estaban contiguos y estábamos igual de locas ya a la tierna edad de los cinco años. Que nos juntáramos era más un capricho cósmico que casualidad.

Pasamos juntas el horror de su acné, los dos veranos donde de repente me salieron las tetas de una forma desproporcionada con el resto de mi cuerpo, su peor corte de pelo y mi horrible flequillo en pico, la primera borrachera a base de 43 con vainilla y el fin de mi mundo.

No soy melodramática, os lo prometo, pero no sé cómo llamar a ese periodo de mi vida si no es así. Con 15 años nadie debería tener que aprender a cuidarse sola y nadie debería ver morir a sus padres.

Yaya llegó a la ciudad un día después de que un borracho sin neuronas pero con carnet de conducir se llevara por delante nuestro coche de regreso a casa una noche de verano. No recuerdo gran cosa. Sé que había sangre y muchos gritos, probablemente míos. Sé que mis padres no contestaron cuando les

llamé por su nombre, histérica, y que cuando comencé a escuchar sirenas, mi mente estaba ya lejos de allí.

Yaya no es mi abuela de verdad. Era la mujer que cuidó a mi madre toda su infancia mientras mis abuelos trabajaban como animales, empeñados en dar a su única hija todo lo que a ellos les había faltado de niños.

Al nacer yo, Yaya se vino con nosotros a casa para cuidarme. Era una mujer robusta y amorosa, que aún no llegaba a los 50 y predicaba el amor libre y el respeto por el prójimo.

Se marchó a Ibiza cuando yo cumplí los 10 años. Fue la única persona a la que pudieron llamar cuando me encontré sola en el mundo. Mi padre también fue hijo único, y hacía tiempo que no tenía abuelos. Yaya se instaló en la que hasta entonces había sido la habitación de mis padres y ya nunca me soltó la mano.

Cuando me matriculé en Magisterio Infantil quise comenzar la Universidad con algo de independencia, y me mudé a uno de los cuatro pisos que mis padres me habían dejado en herencia.

Sí, cuatro.

Cada uno de ellos heredó un piso de mis abuelos, y cuando tuvieron algo de dinero acordaron que la vivienda era una buena inversión de futuro, así que compraron dos casas más.

Gracias a la inteligencia de mis padres, Yaya puede permanecer en la que yo consideraba como su casa por derecho, esa que me había visto crecer a mí.

No necesitaba el alquiler de ese piso, a fin de cuentas. Con 27 años no tenía una hipoteca que pagar, pero sí unos buenos ahorros gracias a los seguros de vida que mis progenitores habían dejado precavidamente en regla, a la indemnización que me concedieron por el accidente y al alquiler de los pisos de Chueca y La Latina -que me suponían unos mil euros más al mes cada uno-. Además, tenía un trabajo que me encantaba y que no estaba mal

pagado.

Yo me quedé con el apartamento de Quintana por su cercanía con el Templo de Debod. Adoro pararme a leer en otoño en algún trozo de hierba con un café con leche caliente extra grande, y pasear al atardecer en verano con un helado de chocolate y coco y la música sonando a todo trapo a través de mis auriculares rojos de diadema.

Como el cosmos no quiere que Nit y yo estemos separadas por más de tres paradas de metro, ella encontró un cuqui-piso en Hilarión Eslava, al lado de la estación de Moncloa. Es cuqui no por bonito, que también, sino porque parece el piso de Pin y Pon.

Antes tenía a Ga y a Nit metidos en casa todo el santo día porque mi apartamento tiene dos habitaciones con camas *King Size*, pero desde que Nit y Javi se liaron el cuqui-piso les va de perlas para excusar su empalagamiento total y absoluto. No se separan. Son como dos lapas babosas de lenguas enormes que no saben tener dentro de la boca. De la suya propia, quiero decir.

Entre mis amigos y los suyos hemos hecho una especie de familia bien avenida, y yo necesito mucho una familia.

Edu y Javi siguieron saliendo con Ga y conmigo cuando comprobaron que podían sacarse las cañas que quisieran machacándonos al mus. El primer día que Nit vino a recogerme a la puerta de la Facultad, Javi y ella empezaron con un tonto que acabó con un noviazgo serio y eterno tres meses después. Digo eterno porque ya van a por los nueve años. Madre mía... qué de noches de pendoneo perdidas con mi amiga. Menos mal que me quedó Ga.

Pero me gusta que estén juntos. Es gracioso verlos paseando por la calle. Ella, con su pelo rojo teñido como el fuego y los ojos marrones enmarcados en unas pestañas enormes, tan menuda y pisando tan fuerte. Y él, un tiarrón como un armario que le saca una cabeza, súper tímido, con su pelito castaño

rapado al tres, a su lado mirándola con devoción siempre... Son como el día y la noche, pero juntos hacen el atardecer perfecto.

Nit trajo a nuestras vidas a Álex, estudiante de Empresariales -como ella-, bromista oficial del grupo y fan enfebrecido de 'El Señor de los Anillos'; algo curioso, porque es igualito que Aragorn: pelo por el mentón, castaño oscuro, ojos pequeños y claros, nariz prominente y labios finitos. Es nuestro galán de cine, aunque Edu se empeñe en reñirle el papel por su aire a Bradley Cooper por el tupé rubio ceniza, los lados de la cabeza rapaditos al dos y los ojos azules. Al pobre le falla para llegar a Don Juan que es un poco delgaducho y que viste como un hipster de manual.

Y Enzo... pues Enzo es el hermano mayor de Gael. Le saca dos años y yo le recuerdo como un tío poco hablador que Ga tenía idealizadísimo. Supongo que porque era la única figura paterna en la que fijarse.

Los padres de Ga y Enzo están vivos, pero muy lejos. Son franceses, pero han vivido por medio mundo. Se conocieron muy jóvenes y pasaron siete años recorriendo España, Alemania y Austria antes de echar raíces en Italia. Se enamoraron de Roma y allí nacieron sus dos hijos.

Les ven un par de veces al año, pero cuando Enzo decidió venir a Madrid para estudiar una ingeniería, Gael le siguió con la esperanza de expandir sus horizontes y comenzar una aventura que de momento no ha tenido más destinos.

Enzo tenía su propio grupo de amigos y no era muy fan de juntarse con los colegas de su hermano pequeño, así que no tengo demasiados recuerdos suyos. Hace dos años la empresa de robótica en la que trabajaba le mandó a Nueva York para impartir allí un máster sobre automatización.

Se instaló en el piso de su hermano, en Galileo, hace un mes y Ga está como en una nube desde entonces. Que si Enzo esto, que si Enzo lo otro... Bueno, vale, puede ser que tenga un poco de envidia de la mala por la atención que

Ga le presta a su hermano, pero es que ¡coño, que la amiga que ha soportado sus borracheras, sus males de amores y sus movidas con la bruja de la directora de la guardería en la que curra, soy yo! ¡Entendedme!

Pero en fin, que hoy celebramos su cumpleaños y pienso ser todo amor. El alma de la fiesta. La que más chupitos de Jäger aguante bebiendo con él, la que mejor baile la bachata al son de su amado Romeo Santos y la mejor hermana postiza que haya tenido nunca porque, a fin de cuentas, eso es lo que soy.

Jota

A las nueve y media, Nit llama a la puerta de mi casa. Como un clavo. Su puntualidad inglesa riñe mucho con mi costumbre de no llevar nunca reloj, pero como me quiere, ha aprendido a tomárselo con calma conmigo.

- Entra y rebusca por la cesta de los pendientes, los plateados esos gigantes que quieres tienen que estar por ahí.
- ¿Aún maquillándote, tía? Venga, joder, que Álex y Javi me han escrito hace un ratillo que ya iban de camino.
- Vale, vale. Terminó en nada. Cogemos taxi. Yo lo pago. Culpa mía.
- Deja de correr por el pasillo que todavía celebramos el cumpleaños de Gael en Urgencias. Estás preciosa, por cierto.
- ¡Tú también! Cómo me gusta cómo te queda el rojo...
- ¿Sí?, mira que yo me he visto un poco exagerada. ¿No queda todo muy 'mujer fatal' con este color de pelo?
- En absoluto. Estás impresionante.

Javi y Ga ponen los ojos en blanco y empiezan a separarnos para que cada una termine con lo que tiene que hacer y podamos marcharnos. Y menos mal, porque estaba a punto de pedir a Nit que me dejase probarme esos taconazos que trae por si me los presta para el siguiente fin de semana. Qué vicio tengo con los tacones, madre.

Con el tiempo justito (bueno, diez minutillos tarde, pero para ser yo, no está ni tan mal) llegamos a *Xaloc* y nuestros cuatro amigos se descojonan cuando Nit y yo comenzamos a dar saltitos alrededor de la mesa llena de los típicos vasos rojos de birra pong, las bandejas de montaditos y los globos de mil

colores que los camareros han distribuido por la zona del fondo del bar para celebrar como Dios manda los 28 añazos de Ga.

Como es primera hora, sabemos que tenemos libertad para comer algo y jugar un rato antes de que aquello empiece a llenarse y ya no podamos pedir canciones rancias en la cabina del DJ.

- Me flipa tíos, muchas gracias -apunta Ga, encantado-. En un rato, Jota se camela a los camareros y brindamos con unos cuantos tequilas.

Creo que no recuerdo la última vez que alguno de mis amigos me llamó por mi nombre completo. Y no creáis que no me fastidia un poco, porque me encanta. Jimena. Suena importante.

Dicen que sólo me falta que me cuelgue algo entre las piernas para ser un tío más del grupo, así que no les parece lícito llamarme por un nombre de chica. Aunque casi agradezco el diminutivo elegido a raíz de la inicial. ‘Jime’ no me suena muy bien, por mucho que lo escribiesen con ‘j’ y no con ‘g’.

- Creo que al de la camiseta del escote interminable puedes camelártelo mejor tú que yo -respondo a su provocación muerta de la risa.

- Eso que le asoma por el pico del cuello, ¿es un puto perro muerto? Madre mía... existe la depilación láser.

Empezamos pidiendo unos cócteles rosas que no tengo ni idea de qué llevarán, pero están buenísimos. Es como tomar flash de fresa con un regusto amargo. No sé si marida bien con el bocadillito de cerdo deshilachado con miel y mostaza que estoy tomando, pero oye, siempre puedo tomar el siguiente trago con el montado de pollo braseado y queso brie.

Cuando vamos por el tercer vaso del mejunje rosáceo veo que Ga mira el móvil y sonríe. Actualmente, sólo hay un hombre en su vida que consiga eso.

- ¿Ha llegado Enzo?
- Sí, voy a salir a buscarlo y que cene algo antes de que arraséis con

todo, ¡que parece que no os hayan dado de comer en una semana!
No le doy tiempo ni a que se dé la vuelta, porque empieza a sonar el “*Tengo el corazón contento*” de Marisol y desaparezco entre gritos buscando a Nit para bailar con ella como si de aquella actuación dependiese nuestra entrada en *Fama*.

Cuando Pepa Flores termina de cantar al amor, Raffaella Carrá nos pide aquello de “*explota, explótame, explo... explota, explota mi corazón*” y claro, a los golpes de melenas y caderas se une hasta Álex, porque no se puede no hacerlo con una canción así.

Tan metida estoy en mi papel de gogó setentera que hasta que Ga no grita mi nombre por tercera vez ni me entero.

- ¡Jota, joder, que ya me has dado dos veces con el pelo en toda la cara! -partida de risa paro a ver qué quiere y me doy de bruces con el tío más guapo que he visto en mi vida... ¿qué narices en mi vida? En mis sueños tampoco los he visto así -, ¿te acuerdas de Enzo?

¿Perdonaaaaaaa??

Ese cerca de metro noventa de morenazo con los ojos azules, las espaldas más anchas que Thor, pómulos y mandíbula completamente marcada, barba de tres días, nariz enorme y cejas súper pobladas, ¿es Enzo? Juro que lo recordaba menos... menos todo.

- Eh, sí claro, más o menos...
- Enzo, imagino que recuerdas a Jimena; bueno... Jota, que es como un colega más.
- Sí, más o menos -repite divertido.

Como para no estar pasándoselo teta. Tengo unas pintas de loca dignas de immortalizar, con los pelos como si hubiese ido de la mano con Helen Hunt en *Twister* de tanta vuelta emulando a la rubia italiana y las mejillas más rojas que Heidi por los calores de la discoteca.

Por la manera tan fija en la que me mira este Dios griego, con la cabeza ladeada y media sonrisa asomando a sus perfectos y finos labios, igual tengo hasta un moco asomando.

Como ya estamos todos, Edu propone empezar a jugar un rato al birra pong. Hacemos equipos y como somos impares nos cuentan como una sola persona a Nit y a mí. No es nada en plan machitos, es que Nit y yo somos realmente malas a esto. Yo tengo un aguante envidiable, he tumbado a Javi y a Ga más de una vez saliendo de copas, pero no daría al muñeco Michelin con una naranja ni teniéndolo a cinco metros. Cuando Dios repartió la puntería, yo debía estar en el baño.

Nit la pobre es que es descoordinada sin más. Verla bailar te alegra la noche. Pero ella opina que si te lo pasas bien haciendo algo, deberías de hacerlo siempre sin importar si se te da bien o no, o si te van a mirar o a reírse de ti por ello. Es una filosofía maravillosa. La confianza que tiene es una de las miles de razones por las que la quiero tanto.

Javi y Álex nos hacen de flancos en nuestro lado de la mesa y empieza la guerra.

Para mi sorpresa y la de todos los presentes que me conocen, comienzo encajando las dos pelotas de ping pong en el mismo vaso, hecho que el idiota de Ga se empeña en immortalizar con una foto.

Hace bien, porque este fenómeno no se vuelve a repetir en la siguiente media hora que dura el juego hasta que Nit y yo desistimos y nos vamos a por copas para todos.

- ¡Qué asco de juego! -se queja Ana.
- No te gusta porque damos pena intentando acertar.
- Bueno, en eso tienes razón. Javi tiene mucho más arte metiéndola - dicho lo cual, empieza a descojonarse sola. ¡Ay Diosito... ya va pedo!
- Madre mía, Nit, creo que voy a pedirte agua las siguientes dos

rondas.

- De eso nada, ¡tequilas para todos!

Cuando empiezo a fracasar en mi intento de sujetarla para evitar su cruzada para saltar la barra y amorrarse a la botella de José Cuervo como si fuera un biberón, aparece uno de los camareros riéndose por lo bajines.

- Pues sí que tenéis sed...

- ¡Aaaaah! ¡¡Me encanta esta canción!!

Y con las mismas, Nit baja la rodilla que ya tenía anclada en el inicio de la barra y se pone a bailar como un pato pequeñito y encantador.

- Hola, no sé cómo te llamas, pero te vas a convertir en mi mejor amigo esta noche -le suelto de corrido al incrédulo camarero. Seguro que el pobre pensaba que hasta dentro de un par de horas no iba a tener que aguantar a taradas pasadas de copas... Ingenuo.

- Soy Pablo y me encantará ser lo que tú quieras esta noche.

Uy, lo que me ha dicho.

Vuelvo a mirar a Pablo, porque tan pendiente como estaba de Nit, no me he dado cuenta de que no está nada mal. Castaño, buena espalda, algo bajito, pero con ojos bonitos... Bah, mira por donde la noche se acaba de poner un poquitín más divertida. Sólo un poco.

- Pues, de momento, -resalto ese 'de momento', que lo pille... - voy a necesitar que cada vez que te venga a pedir, lo de ella lo pongas sin alcohol, pero disimulando -le explico señalando a mi amiga-. A ver si consigo que se le baje un poco sin que se me ponga brava, que es muy temprano aún.

- Hecho. ¿Algo más? -me sonrío de forma provocativa al hacerlo y a mí me apetece jugar tanto como a él.

- Pues somos siete, así que ocho José Cuervos, que imagino que no quieras dejarme sola brindando.

- Eso estaría feísimo por mi parte, y yo sólo quiero hacerte cosas bonitas.
- Es de agradecer. Ponlos por favor con naranja y azúcar en vez de con limón y sal.
- Veo que tienes buen paladar.
- Y buena lengua.

Entre frase ingeniosa y flirteo descarado, termina de poner los chupitos (uno de Nестea para Nit que yo me encargo de pasarle) y aviso al resto para que se acerquen a brindar por el chico de la noche.

- ¡Por Ga! -berrea Ana súper emocionada.
- ¡Por Ga! -gritamos todos levantando los vasos.
- Luego sigues zorreando cari, que me apetece bailar -me suelta el cumpleañosero.

Y como hoy sus deseos son órdenes, miro a Pablo y me encojo de hombros como disculpa.

- ¡Vuelve pronto a hacerme compañía! -me grita mientras Ga me arrastra a la pista.
- ¡Cuenta con ello!

Enzo

- ¿Jota y Ana ya no van a volver?
- ¿Cómo?
- ¿Si ya no jugamos más? Como las chicas se han ido a la barra a hablar con el camarero aquél...
- ¡Ah!, no tranqui, hermanito. Ahora volverán. Ana se moría por un trago y Jota estará controlándola un poco. Es que se desmadra pronto, el alcohol no le sienta muy bien y Jota sabe manejarla.
- Pues parece estar más ocupada con el camarero que con su amiga.
- Nah. Le mola tontear, pero con Nit tocada y siendo mi cumpleaños, no abandona barco sin permiso del capitán -comenta divertido Gael señalándose el pecho-. ¿Celosillo de que la atención femenina del local no recaiga en ti? -lo pregunta con más guasa de la que me gustaría.
- No seas idiota, anda. Es sólo que me parecería mal que te dejasen tirado en tu cumpleaños por irse detrás de un rabo.
- Por eso no te preocupes. Demasiado temprano para eso.

Y esa respuesta no me deja contento. ¿Quiere decir que más tarde, podría ser? ¿Y a mí qué me importa? ¿Por qué sí siento algo de celos del camarero enano aquél?

Fácil. Porque Jimena sigue tan guapa como siempre. No, está más bonita aún. Hacía más de dos años que no la veía y creo que se me había olvidado la vida que tiene, su sonrisa perpetua, las cosquillas que me provocan sus risas. Ha venido con un vestido que se le ajusta como si fuera neopreno, de un verde tan intenso como el de sus ojos. Cuando se ha girado y me ha mirado de

arriba abajo, creo que todo mi cuerpo le ha saludado. Algunas partes más fuerte que otras.

Ver a Ana y a Jimena juntas es gracioso. Son tan diferentes...

La primera es pequeña, delgadita en el sentido más amplio de la palabra, pero con una melena roja intensa que afiera un poco sus rasgos. Al lado del metro ochenta y cinco de Javi, el chaval que mi hermano me ha presentado como su novio, parece una muñeca salvaje.

Jota, sin embargo, tiene curvas, es voluptuosa. “Es como un colega más”, acababa de decirme mi hermano... No sé qué amigos tienen estos chicos, pero yo a esa mujer no la veo como a un tío para nada. Luce escote con orgullo y entalla su cintura con descaro, pero el pelo rubio tan rizado, los ojos enormes y redondos enmarcados en unas pestañas que no terminan nunca y esa boca tan esponjosa, le confieren cierto aspecto aniñado.

Unos años antes de marcharme a Nueva York, pasó una época rara. Nunca nos habíamos tratado demasiado. Sólo era esa amiga de mi hermano pequeño que pasaba a buscarlo por casa de vez en cuando, pero sobre todo echaban las horas muertas en casa de ella, así que rara vez nos cruzábamos. Pero es que bastaba verla sólo un par de veces para darte cuenta de que esa chica irradiaba luz. Siempre contenta, siempre cantando, siempre amable.

Cuando Gael y ella estaban terminando la carrera tuvo unos meses muy oscuros. Estaba apagada. En un par de ocasiones oí cómo Gael le abría la puerta del piso de madrugada entre semana mientras ella trataba de contener el llanto sin demasiado éxito. Mi hermano nunca me comentó nada, y yo no me atreví a preguntar por si resultaba demasiado raro que me interesase por la vida de esa chica con la que apenas intercambiaba un par de saludos secos cuando venía a casa.

Al cabo de un tiempo empezó a trabajar en un colegio que le encantaba y su eterna sonrisa volvió, y a mí eso me alivió. Sé que casi no teníamos relación,

pero la gente que aporta color a la vida no debería nunca vivir en penumbras. Y ahora, aquí estamos otra vez. Miradla. Ella, tan feliz de nuevo, agitando la melena que se ha dejado crecer hasta el pecho. Ese pecho, joder, ese pecho... Vale. Tengo que dejar de mirar o voy a tener un problema que no voy a saber cómo disimular. Pues eso, que ahí está ella y toda su luz... y al fondo del bar estoy yo, con un millón de sombras encima de los hombros.

El contraste es deprimente. Hacía 26 meses que me había marchado a Estados Unidos para conseguir brillar, e irónicamente, una tía llamada Lucía me había apagado la vida.

La conocí a los cinco meses de mudarme. Se me acercó resuelta al entrar en la cafetería donde desayunaba cada mañana desde que me había instalado allí, con dos recipientes enormes en las manos.

- Café largo con doble de azúcar y leche templada -me soltó de corrido tendiéndome uno de los vasos.
- ¿Sabes cómo tomo el café?
- Pides lo mismo todos los días desde que vienes por aquí. Te vi entrar hace casi un mes, a mediados de junio. Hoy al fin he decidido que, si venías, hablaría contigo.

Me gustó su espontaneidad. Me gustó que se hubiese fijado tanto en mí. Y me gustó su culo, ¿para qué os voy a mentir?

Era española, como yo. De Barcelona. Cuatro meses después estábamos saliendo en exclusividad. Nueve más tarde, empecé a notar cambios en ella. Y pasados siete meses más, se desató el infierno.

- ¡Enzo, vente, que tenemos tequila!

La llamada de Javi me devuelve al presente. Sonrío y me acerco a la barra, donde Edu me tiende un chupito y un trozo de naranja.

Los amigos de mi hermano me han caído bien. Son gente agradable. Todos se han interesado mucho por el trabajo que he estado haciendo en Nueva York y

se han esforzado por integrarme rápido.

Lo estoy pasando bien, pero ver cómo Jota lame el azúcar del tequila del dorso de su mano y cómo baila pegada a mi hermano, moviendo las caderas mejor que Shakira, no me está haciendo ningún bien. La época de sequía empieza a durar más de lo recomendable. Puede que esta noche tenga que buscarle remedio.

Echo un vistazo a las mujeres que han ido entrando en el bar a lo largo de la noche. Hay un par de ellas bastante monas y una no me quita el ojo de encima. Bueno, dicen que hay más mujeres que peces en el mar, y nunca está de más dejar caer algunos anzuelos por si te entra el hambre cuando acabe la fiesta.

- Estaba empezando a pensar que esta noche iba a pasar sin pena ni gloria por mi vida, y entonces apareces tú.

La chica se ríe. Parece que al menos esto de entrar a las mujeres no se me ha olvidado del todo.

- ¿Y ahora va a ser especial?
- Eso depende.
- ¿De qué?
- De si quieres darme tu número de teléfono.

La risita que suelta me desagrada un poco, pero aguanto. Está hecho.

- Bueno, mis amigas estaban hablando de cambiar ya de local, así que puedo darte mi móvil y tú decides cómo de especial quieres que sea el desayuno...

Puf. Los desayunos implican despertar juntos. Igual me he equivocado de pez.

- Claro, preciosa. Soy Enzo, por cierto.
- Qué nombre tan original. Yo soy Irene.
- Bien, Irene. Pues, te llamaré.

- Me gustaría.
- Pásalo bien con tus amigas. Hasta otra.
- Hasta dentro de un rato.
- Ya veremos.

Enfila hacia la puerta meneando las caderas mucho más de lo que los tacones de 12 centímetros que lleva puestos la exigen. Buena señal. Sabe que aún la estoy mirando.

- ¿Ya estás recolectando teléfonos?

Gael me rodea los hombros, divertido, en el momento en que Irene coge la chaqueta para irse. Y Jota está detrás de él. Mierda. ¿Mierda? ¿Qué problema hay en que me vea intentar ligar con otras? Estoy imbécil.

- Sí, he pensado que no me vendría mal ir metiéndome de nuevo en el mercado.
- ¿De nuevo? -Jota me mira interesada.
- Hace un par de meses que se terminó una historia con una mujer que conocí en Nueva York.
- Con una zorra. Llama a las cosas por su nombre.
- Gaeel...
- ¿Qué? Es verdad. Esa tía era una arpía.
- ¿Lucía? -me pongo tenso de repente. ¿Jota sabe quién es Lucía? -. Ga me contó un poco por encima lo que pasó -claro, Ga.
- Lo que pasó, básicamente, es que me enamoré como un gilipollas de una tía que resultó estar poniéndome los cuernos con mi compañero de trabajo, y a la que pillé con nuestro vecino en nuestra propia cama cuando fui a pedirle explicaciones sobre el asunto. No sé con cuántos más me la estaría pegando, pero casi que prefiero que sea así.

Creo que he sonado más amargado de lo que pretendía, pero ella me mira con una sonrisa tímida, que parece más una mueca en realidad.

- No elegimos de quién nos enamoramos, Enzo, ni cómo amarlos, porque cuando es de verdad sólo puedes querer irracional e incondicionalmente. Lo único que puedes elegir cuando la otra persona no te quiere igual, es si seguir a su lado y ser un infeliz que ruega por las migajas que te da alguien que no te merece, o alejarte y sufrir mucho durante un tiempo para reconciliarte contigo mismo y recordar todo lo que vales. Lo hiciste bien.

Dicho esto, Jota se pone de puntillas y me da un beso en la mejilla antes de dedicarme otra sonrisa y anunciar que va a camelarse otro poco a Pablo para sacar unos Jägers. Y yo me quedo allí, con cara de idiota y ganas de llevarme a esa mujer lejos del ruido y de toda la gente que nos rodea para que pueda contarme quién fue tan estúpido como para no amarla como merecía.

- Desubica un poco, ¿verdad? -miro extrañado a mi hermano, porque no sé qué quiere decirme -. Ella es así. Directa pero suave. Suelta verdades como puños que deja caer como quien comenta el tiempo. Te acostumbrarás pronto, ya verás.

Y no le corrijo, porque tiene razón y porque quiero acostumbrarme a que Jota me diga todo lo que quiera.

Jota

Matadme. Si me queréis un poquito, apiadaos de mí y rematadme sin dolor. La noche se nos fue de las manos, para variar. Y ahora estoy intentando abrir los ojos y vencer las ganas locas que tengo de ir a abrazarme a la taza del váter y pasar allí lo que queda de domingo. No por nada en especial, sólo por no perder toda mi dignidad ante Pablo, que duerme tan tranquilo a mi lado. Mi odisea tratando de rebajar la ingesta de alcohol por parte de Nit se salvó conmigo tomándome los chupitos por partida doble antes de que ella agarrase sus vasos. Y encima para nada, porque la tía además de una alcohólica de cuidado es lista. Al final, se hizo amiga de la otra camarera y claro, las copas volaban.

Cuando apagaron la música del *Xaloc* y encendieron las luces para mandarnos a todos a la cama a las tres y media de la mañana, Ga y Enzo se marcharon en taxi con Edu y Álex. Mientras, Javi aún estaba intentando meternos en otro coche a Nit y a mí, que nos abrazábamos como locas prometiéndonos amor eterno. En esas estaba el pobre cuando salió Pablo y se ofreció a ayudarle.

Y aquí hemos amanecido todos. En mi casa. Hacer dos paradas era inviable en nuestro estado de exaltación de la amistad. Además, Nit no paraba de tirarse encima de Javi para lamerle toda la cara y decirle las guarradas que iba a hacerle según llegaran a casa. Debía pensar que lo decía bajito, pero no tanto, no.

Es que cuando bebemos un poco de más, a las dos se nos desata la libido. Pablo no tuvo tampoco mucha queja al respecto.

Cuando dejamos a Javi y al koala que llevaba enganchado a su espalda en la

habitación pequeña, nos lanzamos a comernos como monos en celo. De repente todo eran lenguas, gemidos y prisas por desnudarnos. Pablo besa muy bien, mucho. Pero es suave, y a mí no me va mucho ese rollo. Cuando me quitó el sujetador, empezó a jugar con mis pezones y al tercer lametón ya estaba colocándose el condón. Es de esos hombres que lo hace lento y te pide que lo mires. Seguro que a un montón de mujeres les gusta ese tipo de “caballeros”, pero a mí no. No busco príncipes, y menos uno que no sabe hacer que me corra. Pero es cariñoso y se quedó dormido dándome besitos en el pelo.

Igual cuando me vea ahora, con mi careto de resaca, mis rizos cual bruja de Salem y mis ojeras hasta la barbilla se le va un poco la vena moñas, pero tampoco me importa demasiado. Suelo llevarme bien con muchos de mis rollos, pero tengo comprobado que los hombres suelen ser mejores como amigos que como novios.

Veo que ya es más de la una de la tarde y decido levantarme. Me pongo una camiseta antes de dirigirme a la cocina y pongo al fuego la cafetera italiana donde mi madre preparaba siempre los tres cafés que me meto al cuerpo diariamente desde los 13 años.

Mientras ese oro negro sube, me trago de golpe y sin agua un ibuprofeno y un omeprazol. Cuando la tapa empieza a temblar, retiro la cafetera de la vitro y me doy una ducha rápida. No conozco mejor remedio para la resaca que el agua helada.

Cuando vuelvo a la cocina envuelta en una toalla y secándome un poco el pelo con otra, veo a Nit hecha un ovillo en el sofá sujetando una taza como si fuese el maldito anillo de Gollum.

- Tranqui, te he dejado suficiente café para que te prepares uno de tus tanques, pero pon otra cafetera, que seguro que los chicos quieren uno cuando se levanten.

- ¿Qué tal anoche? Por los gritos que pegabas pensé que igual Javi te había convencido y le habías dejado aparcar en el garaje de atrás de una vez.
- ¿Pero oías algo? Pensé que los gruñidos del camarero no te lo permitirían.

Estallamos en carcajadas. Somos así de simples y felices. Ya lo dijo Ernesto Sevilla: “la amistad entre idiotas es algo maravilloso”.

- Oye, ayer no comentamos nada, pero ¡joder con Enzo!
- Ya, ya me di cuenta de que no le quitabas ojo. Ten cuidado con Gael, no sea que no le mole la idea.
- ¿Eso es todo lo que vas a decir? Y, por cierto, a Ga no le va a molestar nada porque no voy a intentar nada. Sería como... cuasi incesto de pega por proximidad con Gael.
- Ya, ya sé cómo me dices. Y no, no es lo único que voy a decir de él. Mojé braga hasta yo. Y negaré haberlo dicho delante de cualquiera de estos.
- ¡Ja! Alabado sea Dios, ¡aún no eres ciega!
- No, sólo tengo novio. Pero de eso tengo uno y ojos dos. Es imposible no babear con ese hombre cerca.

- Holaaaaaaaa

Oímos el sonido de mi puerta cerrándose y dos pares de pasos acercándose por el pasillo. Al cabo de unos segundos, Gael y el dios griego asoman la cabeza por el salón.

- Traemos dos de miedo, una americanada de risa y una de superhéroes, -anuncia orgulloso Ga enseñándonos un USB -vosotras os encargáis de pedir las pizzas y que Javi baje a por cervezas si no te quedan.

Enzo sonrío tímido detrás de su hermano. No está muy cómodo aquí, lo que tampoco es raro teniendo en cuenta que Nit lleva una camiseta que no le tapa las bragas y yo voy aún en toalla, pero es que nuestra dinámica es así. En el grupo no hay vergüenzas, resentimientos ni intimidaciones. Somos como una familia bien avenida y mi casa suele ser el centro de reuniones comunitarias. Cuanto antes se adapte a ello y lo tome como normal, mejor. De hecho, tanto Nit como Ga tienen llaves de mi piso. Entran sin llamar porque nunca molestan.

Ga siempre ha sido como familia para mí. Y Nit... es mi hermana. Puede que no nos una sangre, pero lo es. Hace ya tres años que su padre se jubiló y él y la madre de Nit volvieron a Santander, donde creció ella. La familia de Javi la considera una más, pero nosotros tres cuidamos los unos de los otros. Y Yaya nos cuida a todos. Para ella, mis amigos son como dos niños más a los que sobrealimentar y abrazar.

- Perfecto. Tengo cervezas, coca colas y fanta naranja. Pero se me ha acabado la gaseosa. Si alguien quiere claras en vez de cañas, hay que bajar al chino de la esquina. Nit, ve encargando unas pizzas, *please*, que voy a vestirme.
- ¿Telepi o Domino's?
- A mí, me da igual, pero que alguna tenga más queso que masa.
- Jota, tienes un serio problema con el queso.
- Lo sé.

Desaparezco en mi habitación y me doy de bruces con Pablo, que se dirigía a la puerta ya vestido.

- Perdona, rubia. Estaba oyendo ruido fuera y al no verte en la cama pensé en salir a buscarte.
- Estaba chutándome café. Acaban de llegar dos de los chicos del grupito que te presenté anoche. Íbamos a hacer tarde de pelis y comida

poco sana. ¿Te apuntas?

Que diga que no, que diga que no.

Que no quiero parecer rancia, pero los domingos de cine y grasas con mis amigos me encantan, y no quiero... intrusos.

- Suena bien, pero me toca comida familiar de obligado cumplimiento. Aunque sí que me gustaría poder llamarte otro día.

- Claro. Eeeh, toma, apúntame aquí tu número y te pego un toque, que no sé por dónde tengo el móvil -le suelto tendiéndole papel y boli.

Ya me pensaré después si cumplo la promesa o me hago la loca y les veto el *Xaloc* a mis amigos para el resto de la eternidad.

Mientras lo hace me pongo unos shorts de algodón y una camiseta y saco otros pantaloncitos porque sé que Nit me los va a pedir (por Enzo). Cuando salimos al salón, los hermanos se quedan mirando con pinta de bobos al inesperado huésped y yo intento aguantarme la risa.

Me despide con un pico rápido y yo vuelvo al sofá para reclamar mi sitio en la zona del *chaise longue*, aunque sé que me acabará tocando compartirlo con Ga.

- ¿Pero en qué momento? -me pregunta este, levantando una ceja mientras me empuja con el culo para acomodarse a mi lado y rodearme la cintura para acoplarnos bien.

- Salía de currar justo cuando Javi empezaba a pensar que iba a tener que pagar a los porteros por meternos en el taxi -responde por mí Nit.

- Después de invitarnos a tantas copas, me pareció de mala educación no ofrecerle ni una.

Ya sé que no le puse ninguna bebida, pero ni vosotros ni yo vamos a comentar ese detalle.

Ga suspira, me llama perra mala y Enzo baja la mirada, que se le ha vuelto un poco oscura.

Igual es un mojigato que no ve bien que las tías nos comportemos de forma liberada, sin tabúes ni prejuicios, libres y sin culpas. Como llevan comportándose los hombres toda la vida, vaya.

Pues espero por su bien que no sea así, porque le iba a caer gorda...

Sea como fuere, la verdad es que la tarde pasa como siempre, entre risas, bromas, refrescos para nosotras y cañas para ellos, y una de las de miedo porque Javi y Enzo se niegan a ver la americanada.

Y es que hay gente que siempre consigue que mi casa aún parezca un hogar.

Cuando evoco algún recuerdo de mi infancia, siempre pienso en un piso lleno de gente celebrando algo. Fui una niña muy feliz, la verdad.

Recuerdo a Doña Mari Cruz, la vecina de abajo, que cada vez que pasaba a saludarnos traía una tortilla de patata que estaba para chuparse los dedos. Creo que la comida era sólo una excusa para poder sentarse con mi madre una hora en la cocina y poner verde un rato a su marido, que luego resultó ser un hombre encantador que no paraba de dar besos a Doña Mari Cruz cada vez que esta se despistaba. Ella se quejaba siempre y le empujaba flojito, pero lo hacía con una sonrisa que no te hacía pensar que no quisiera más atenciones.

También nos visitaban mucho Andrés y Chus, los mejores amigos de mis padres, que vivían un par de edificios más allá de nuestra calle. Siempre que se juntaban a cenar en nuestra casa, había cosas riquísimas para comer. Se sacaba vino, se contaban historias muy divertidas y me dejaban acostarme más tarde de lo normal. Me encantaba que ellos vinieran de visita.

Ana siempre estaba rondando por allí, y mi madre la trataba como si fuera una hija más. Mi padre también, aunque eso a Nit le gustaba menos, porque suponía que las broncas por las trastadas que hacíamos nos las llevábamos ambas sin ningún miramiento por parte de mi progenitor.

Para compensar, Yaya le daba las mismas galletas que a mí a escondidas, por lo que nuestras meriendas siempre se convertían en una aventura en la que no podíamos ser descubiertas por nadie si queríamos conservar nuestro tesoro bañado de pepitas de chocolate.

Crecí en una época en la que las niñas aún consideraban más divertido saltar a la comba en el parque que mirar su Instagram, así que tengo el privilegio de poder reírme todavía hoy recordando cómo bailaba la peonza en el recreo, cómo cambiaba hojas de cartas con olor con otras amigas y la adrenalina que sentías cuando te colabas en algún terreno de patio abandonado para explorar territorio yermo.

Si le gustabas a un niño, normalmente se metía contigo más que con el resto y tú le insultabas y corrías a contarle a tu grupo cada palabra que te había dedicado.

Tus padres aún podían pasar a buscarte a la salida del colegio y si algún día se retrasaban porque su jornada laboral se alargaba, te marchabas con la mamá de otra niña que fuese en tu misma dirección. Sin miedos y sin preocupaciones.

No había móviles, así que se quedaba a jugar en la plaza más cercana para todas las amigas. Como llegaras tarde estabas perdida, aunque casi siempre sabías dónde buscar a todo el mundo, porque el rato se pasaba en el parque del barrio.

Si te pelabas las rodillas, tu madre te daba un beso y un bote de mercromina y a correr.

Volver a casa sin alguna herida de guerra y la ropa impoluta significaba que no habías aprovechado bien la tarde.

Sí, fueron años bonitos. Muy bonitos. Quizás por eso a veces duele recordarlos, porque hoy ya no hay nadie que me ayude a curarme las heridas como lo hacía ella.

Jota

- Pero ¿qué te pasa, Lara, cariño?
- Pues que hoy en el desayuno le hemos explicado que no puede casarse con su padre y así llevamos desde entonces.

Tengo que girarme para que la enana no me vea reírme. Adoro mi trabajo por cosas como esta.

Desde que tengo memoria, me han gustado los niños. Pero no lo bebés de meses, que sólo lloran y duermen. No. A mí me encantan a partir de los casi 3 años, cuando ya hablan, te responden y razonan. Porque no os engañéis, los niños razonan y son muy muy lógicos. Otra cosa es que su lógica híper cuerda no tenga cabida en un mundo de adultos locos que se empeñan en complicar todo lo que tienen a su alrededor.

- ¡Pues yo quiero casarme con papá! Es guapo, es listo y tiene un martillo.

Vale, igual hay razonamientos que no son tan lógicos, pero ella sabrá por qué es importante que su futuro marido tenga un martillo.

- Ya, pero es que papá ya está casado con mamá, y tú no quieres que mamá se quede sin el amor de tu padre y esté triste, ¿no?
- No -parece que la llantina empieza a remitir.
- Claro. Porque quieres mucho a tu madre.
- Sí.
- Y además, si te casaras con tu padre sería tu marido y ya no podría seguir siendo tu papá, ni podría hacer las cosas que hacen los papás con sus hijas.
- Ah.

- Entonces... ¿nos olvidamos de eso y ya aparecerá un niño que te guste porque sea tan guapo, tan listo y tenga tantas herramientas como tu padre?
- Martillos.
- Pues martillos.
- Vale.

Y con las mismas, Lara suelta la mano de su madre y se va corriendo a buscar a Gema y a Isabel, que están jugando con unas muñecas y unos coches en una de las esquinas de la clase. Ver a esas tres juntas siempre me recuerda un poco a cómo éramos Nit y yo. Sé que no debería tener favoritismos entre mis alumnos pero... las adoro.

La madre suspira, yo por fin puedo reírme a gusto y cierro la puerta del aula porque Lara era la última alumna que faltaba por llegar.

Me doy la vuelta y miro alegre a todos mis monstruitos.

Este año me ha tocado dar clase a los de cinco años y estoy muy contenta porque con ellos puedo hacer más juegos y empezar a leer y escribir un poquito. Y ni que decir tiene que me libro de pañales y chupetes.

Ga ha llegado a odiar los anuncios de *Dodot* con toda su alma, pero es que la guardería donde le contrataron admite niños desde los cuatro meses y claro, mancharte un poco las manos va en el sueldo. Él ama su trabajo tanto como yo y siempre llega contento del curro, deseando cambiar anécdotas conmigo, aunque últimamente la directora de la guardería le está haciendo mucho la puñeta, lo que me cabrea sobremanera porque es muy frustrante ver a un hombre que adora tanto a los niños ir a trabajar con mala cara por culpa de una bruja con ínfulas de grandeza.

Ya he comentado más de una vez con el director del Fray Luis de León la posibilidad de contratarle cuando María, mi compañera y vecina de aula, se jubile el año que viene. Es una señora de 64 años que trata a todos sus

alumnos como si fueran sus propios nietos. Aspiro a ser tan dulce como ella de mayor y a llegar a su edad idolatrando aún tanto mi trabajo como lo hace ella. Joder, si es que hoy ha traído galletas caseras que hizo ayer para todos, ¡es la maldita Mamá Noel!

- *Good morning, kids.*

- *Good morning, teacher.*

Mi cole es un colegio bilingüe, y aunque los míos sean alumnos de infantil, procuramos que aprendan inglés desde los tres añitos. Damos muchas clases en este idioma, y para mis niños, yo soy *teacher*. Creo que algunos no saben mi nombre real.

- Hoy vamos a seguir con la canción que ensayábamos ayer para la función de fin de curso, ¿de acuerdo?

- Síííí, *teacher*.

- Bien, pues nos colocamos en fila y vais saliendo al centro cuando sea vuestro turno. Empezaba Jesús y luego...

- ¿Qué Jesús? –pregunta Silvia.

- Será el Niño Jesús –el abuelo de Isabel se había muerto hacía poco y la niña está un poco obsesionada con Dios, su hijo y el cielo.

- No, Jesús Martín –les aclaro yo.

- *Teacher*, ¿y cómo se apellida el Niño Jesús?

- De Cabaret.

- ¿Qué? –me he perdido.

- Era Jesús de Cabaret –me repite muy convencido Carlos.

- Cariño, ¿no querrás decir de Nazaret?

- También se dice así.

- Pero no se apellida así. Eso es de dónde es. Como Jesulín de Ubrique, que siempre me lo dice mi abuela, que le gusta mucho -yo a veces flipo muchísimo con las conversaciones de estos renacuajos.

- Pero Jesús era de Belén, que nació en un portal de allí que era como una cueva, y fueron a verle los Reyes Magos -Marta decide meterse en la conversación también.

- Y le llevaron muchos regalos, como a mí en Navidad, que me trajeron la bici nueva porque ayudé a mi mamá a poner la mesa todos los días -mira qué suerte para Gema.

- Pero ahora estamos en crisis y los Reyes traen menos cosas porque no tienen dinero para comprar todos los regalos que quieren todos los niños -anda, por fin abre la boca Jesús, míralo qué sensato él.

- Pero eso es una bobada -Elena mira a sus compañeros muy extrañada. -Si no estamos en crisis... estamos en Madrid.

Ahí ya no puedo más. Se me escapan hasta dos lagrimones de la risa. Todos se me quedan mirando con una sonrisa, pero sin entender nada. Me da tal ataque que hasta María aparece por clase a ver qué pasa.

Cuando consigo controlarme les pido a todos que se pongan en fila de una vez y empecemos con la canción.

- Pero entonces, ¿cómo se apellida el Niño Jesús? -oigo que le pregunta en un susurro Isabel a Lara, y yo no puedo contenerme y estallo en carcajadas otra vez.

¿Os he dicho ya que adoro mi trabajo?

Enzo

Desayunar un croissant a la plancha con un café enorme, un zumo y un periódico es uno de los pequeños placeres de la vida que procuro permitirme a menudo.

He bajado tarde porque hoy he remoloneado un poco en la cama. Me volví a dormir después de que Gael se marchara a trabajar.

Ya ha empezado la Semana Santa en los colegios pero como la guardería en la que trabaja es privada, aún abren hoy martes y mañana, lo que es una putada porque aunque celebrásemos su cumpleaños hace diez días, la fecha real es hoy. Sólo se adelantó porque era cuando podíamos reservar un pequeño espacio de la discoteca para que aquello fuese un poco más privado, aunque al final se unieran hasta los camareros... Vale ya, Enzo, vale ya. Que pareces idiota. Que Jota se acuesta con quien le da la real gana.

Me jodió verlo salir de su habitación, ¿para qué os voy a mentir? Tanto, que hice una de esas gilipolleces que hacemos a veces los tíos orgullosos. Llamé a Irene. Cuando el domingo nos marchamos de casa de Jota, le mandé un *wasap* para vernos la semana siguiente.

Quedamos el jueves por la noche para tomar unas cañas. Hablamos de todo y de nada, sin querer dar demasiados datos ninguno de los dos, hasta que en la cuarta ronda nos quedamos sin temas de conversación y los sustituimos por besos.

Subimos a su casa porque habíamos quedado cerca de allí y porque a mí no me gusta llevar visitas femeninas a la mía.

Estaba tan cachondo que hasta me dolía. Hacía más de dos meses que no me acostaba con nadie y cuando Irene empezó a mordisquearme el cuello nada más cerrar la puerta, tuve que pararme a respirar porque estaba seguro de que si no, iba a quedar como un púber delante de su primera tía.

Cuando le quité la camiseta y mordí uno de sus pezones por encima del sujetador, gimió, y yo apreté una nada disimulada erección contra su cadera, que empezó a mover como promesa de lo que iba a venir.

Desabroché su sujetador y soplé alternativamente esas pequeñas aureolas que se erguían como puntas de helado.

Los jadeos de los dos empezaron a llenar la habitación e Irene me agarró fuerte del pelo para besarme con ansia.

Estaba claro que no iba a ser largo.

Ella no debía de querer juegos ni esperas, porque se deshizo de los vaqueros y bajó la cremallera de los míos, pidiéndome que me los quitase de una vez.

Mientras me desvestía, ella se bajó las braguitas, me colocó un preservativo que había en la mesilla al lado del sofá y me rodeó con una pierna la cintura para que la elevase un poco en el aire a la vez que me cogía la polla para dirigirla a su entrada.

La primera embestida es siempre la mejor. Sentir cómo te vas enterrando en una mujer, notarla húmeda y ansiosa, cerrar los ojos... e imaginar a otra. ¡Mierda! ¿Qué cojones hacía Jota ahora por mi cabeza? Céntrate, macho.

Abrí los ojos para mirar a Irene y la vi con la cabeza echada un poco hacia atrás, mordiéndose el labio inferior y contrayendo los músculos del estómago en cada golpe de cadera.

- Joder, Enzo. Sigue, por Dios, sigue.

Di un par de pasos con ella a horcajadas hacia el sofá y me giré para caer sentado con ella encima, que se acomodó a la nueva postura y empezó a moverse sobre mí.

Se aceleró. No iba a aguantar mucho más y lo sabía, así que dirigí una de mis manos al clítoris de ella para empezar a estimularlo y hundí dos dedos de mi otra mano en su boca, que lamió con gusto.

Estaba tan mojada que era fácil masajearla entera y al cabo de un par de minutos noté cómo unos espasmos me engullían entero.

- Dioooooos, oh, Dios, ¡¡para, para!!

Sé que algunas mujeres necesitan unos segundos para reponerse después de un orgasmo, dejar de notar estímulos externos, pero no podía parar. Bueno, qué narices, no quería. Me faltaba nada para llegar a mí también y si me detenía en ese preciso momento... se acabó. Así que fingí no oírla y al cabo de unos instantes la sujeté con fuerza por las caderas, hundiéndola lo más profundo que pude en mí y dejándola allí unos segundos hasta que terminé dentro del condón.

Cuando recuperamos nuestras respiraciones habituales, ella se hizo a un lado y se colocó una camiseta que estaba encima de una silla del salón y las braguitas que llevaba antes. Esa celeridad por taparse es algo que no entiendo bien de algunas mujeres. Joder, que acabo de recorrerte con la lengua todo lo que ahora intentas cubrir...

Le pedí ir un momento al baño y cuando salí ya aseado y a medio vestir, ella me miraba sonriendo apoyada en la barra de la cocina americana que completa la sala.

- ¿Ya te vas?

- Sí, mañana madrugo y... ya sabes -Madre mía, qué manido sonaba eso.

- Claro. Llámame otro día si te apetece pasarlo bien un rato. Tienes mi número.

- Claro.

- Bien.

- Bien.
- Hasta otro día.
- Ciao.

Acostarme con esa mujer me ha venido bien. Ninguno de los dos nos hacemos pájaros en la cabeza ni esperamos nada más allá de algo divertido. Me asustaba un poco no recordar cómo se hacía esto de estar soltero y salir a conocer mujeres, pero parece que por el momento no se me ha olvidado del todo.

Darme cuenta de ello me pone de buen humor, así que termino el desayuno y me dirijo hacia casa pensando si llamar de nuevo a Irene para vernos un rato ese jueves también.

Cuando voy a abrir la puerta me doy cuenta de que no está echada la llave y estoy seguro de haber cerrado bien.

Me tenso.

Todo mi cuerpo se pone alerta y entro despacio, pensando si tengo algo a mano en el recibidor que pueda servir como arma improvisada.

Hay música. Hay alguien en mi piso y ha puesto música. De hecho... ha puesto reggaetón.

- *Qué bien se ve. Me hipnotiza su cintura. Cuando baila hasta los dioses la quieren ver. Ya no perderé más tiempo, me acercaré.*

En mitad de mi salón está Jota con un vestidito blanco con flores, descalza y de pie encima de mi sofá, colocando guirnaldas por toda la habitación y moviendo el culo al son de CNCO.

Termina de clavar uno de los adornos de papel y al ritmo que marca el estribillo, se emociona y empieza a menearse como si hubiese salido del mismísimo Bronx y a cantar a voz en grito.

- *Yo solo la miré y me gustó, me pegué y la invité: “bailemos, ¿eh? La noche está para un reggaetón lento, de esos que no se bailan hace tiempo...*

Al darse la vuelta para seguir (no sé si decorándome la casa como si fuese el Carnaval de Río o actuando como si estuviera a punto de ingresar en “Tu cara no me suena todavía”) me ve y se queda congelada en el sitio.

- Sigue, por favor.

- Eh... pensé que estabas en el curro.

- El máster que impartía acababa en marzo, pero en la empresa me daban vacaciones hasta después de verano para compensar los dos años en el extranjero. Iba a quedarme allí un poco más, pero... bueno, después de todo lo que pasó con... que adelanté la vuelta, vaya.

- Ah.

Sigue parada con unos globos sin inflar de la mano. Está realmente graciosa. Tengo que apretar un poco los labios para contener la risa.

- Y, ¿puedo ayudarte con lo que quiera que estés haciendo en mi piso? Por cierto, ¿tienes llaves?

- Sí, Ga tiene llaves de mi piso y yo del suyo; bueno, del vuestro. Claro. Ahora es vuestro. Igual te molesta que entre sin más.

- No, no. Siéntete libre de venir a invadirnos cuando quieras. Lo único que igual tenemos que sortear quién elige las canciones cada vez.

- Es que cuando tengo que hacer tareas en casa me gusta escuchar algo movido, alegre. Pero puedes elegir lo que quieras. La música es buena casi toda.

Dios, esa sonrisa...

- Bueno, ¿y qué estás haciendo?

- Ga vuelve dentro de un par de horas y cree que no va a vernos a

ninguno hasta la noche, pero como yo ya estoy de vacaciones de Semana Santa he pensado en darle una sorpresa y decorar la casa, hacer una tarta, pedir su comida favorita y darle los regalos por la tarde después de hacer una maratón de series.

Me ha costado seguir todo lo que me ha dicho. Lleva los labios pintados de rojo y no sé si no se los habrá untado de miel, pero brillan como si lo hubiera hecho.

- Suena genial. Estoy seguro de que va a gritar como un crío cuando entre en casa.
- Ya lo tengo casi todo listo, pero si me ayudas a hinchar los globos mientras me pongo con la tarta, te lo agradecería. Se me da fatal atarlos.
- ¿En serio?
- Sí. No sé. Será que tengo dedos de morcilla, pero me atasco mucho y acabo haciéndome rozaduras.
- Trae, anda.

Esta chica siempre acaba sacándome una sonrisa. Nunca sé si me hace más gracia las cosas que dice o lo rápido que habla.

- Perfecto. Pues me pongo con la mousse de chocolate para rellenar el bizcocho. Le voy a poner también plátano, que a Ga le vuelve loco.
- ¿Se te da bien cocinar?
- Peor aún que planchar, pero con la repostería me defiendo si sigo bien la receta. Mi madre me inició en el mundo de los bizcochos caseros y en los cumpleaños procuro hacer siempre alguno si tengo tiempo.
- Tiene una pinta increíble.
- Gracias. Me gusta hacer cosas que me enseñaron mis padres. Supongo que es una manera de recordarlos.

- ¿Los echas mucho de menos?
- Cada día. A veces me pasan cosas... buenas y malas... y pienso en lo que me gustaría poder contárselas.

Cómo desearía no haberle preguntado algo tan estúpido. ¿Los echas de menos? ¡Venga ya! Y miradla ahora, con esa cara tan triste, con la mirada gacha... Dios, soy anormal.

- Lo siento. Imagino que no te guste demasiado hablar de ello.
- Al contrario. La gente no suele preguntarme por mis padres porque cree que me pondré triste.

- ¿Y no es así?

- Claro que existe un poso de pena. Ese nunca se irá. Pero poder hablar de cosas que ellos me enseñaron, o que hacían conmigo, o que simplemente viví con ellos... no sé, es una manera de retenerlos a mi lado.

Han pasado ya muchos años, ¿sabes? Con el tiempo, la herida va cerrando y aunque la cicatriz siempre será visible, no escuece tanto.

- ¿Cómo eran?

- Eran padres, -se ríe ante la obviedad - quiero decir que ellos eran la autoridad y yo una cría de quince años que pensaba que lo sabía todo del mundo. Imagino que en casa había broncas y yo me revelaba y tal, pero es curioso cómo he ido olvidando esas partes.

Sin embargo, me acuerdo perfectamente de la vez que mi madre me enseñó cómo aplicarme correctamente el rímel y cómo separar la ropa para poner las lavadoras. O cuando mi padre me llevaba con él al supermercado y me dejaba meter en el carrito un solo producto que no estaba en la lista y fingía no darse cuenta de ello.

Recuerdo una noche que me acabó doliendo la tripa de reírme viendo un programa sobre talentos con mi madre, porque todos eran

malísimos. Y también de montar una estantería nueva que trajimos de Ikea mi padre y yo una tarde de invierno.

- Son recuerdos bonitos -no puedo evitar pensar que debería llamar a mis padres al volver a casa, hace demasiado que no hablo con ellos.
- Gracias por escucharme.
- Gracias por compartirlo conmigo.
- De todas maneras, me quedan Ga y Nit. Ellos me sirven de figura paterna y materna ahora. Supongo que por eso he salido tan desequilibrada -bromea, y yo no puedo evitar reírme, porque esos dos son lo menos parecido a figuras autoritarias que pueda imaginar.
- Si esos son tus referentes, no has salido ni tan mal -ella también se ríe y yo me siento un poquito más feliz por haber conseguido borrar las arrugas que se le habían formado en la frente.

Gael

Mi día no ha empezado demasiado bien. Tocó madrugón, no quedaba café en casa y me he tenido que venir al trabajo con un triste zumo de brick en el cuerpo y nada más. Para redondear la mañana, en el metro he ofrecido mi asiento a una mujer que ha resultado NO estar embarazada. No he sabido ni cómo disculparme.

Pero la cosa ha mejorado bastante cuando he entrado por la guardería. Los niños más mayores saben que hoy es mi cumpleaños, porque es un día que me encanta y un mes antes de la fecha ya lo voy gritando a los cuatro vientos cada vez que tengo ocasión; así que cuando ha llegado Alicia cantándome el cumpleaños feliz y tirándose a mi cuello, yo he aplaudido contento al ritmo de la canción como si también tuviese cuatro años. Hasta que me he dado cuenta de que hoy a Ali no le acompañaba su madre.

- Hola. Bonito baile. Y... Felicidades, ¿no?
- Hola. Sí. Gracias.

Así de elocuente me vuelvo cuando un pedazo de rubio de ojos oscuros y cuerpo de atleta me deslumbra con una sonrisa Profident. Parece un poco mayor que yo, pero no mucho. Está moreno y tiene un hoyuelo en su mejilla derecha que me dan ganas de morder.

- Soy Alberto, por cierto, pero llámame Beto. Soy el tío de Alicia. El hermano pequeño de su madre, Laura.
- Encantado. Gael.
- Bonito nombre. ¿Eres de aquí?
- Sí, bueno, no. -jodeer- Nací en Roma y tengo sangre francesa, pero llevo en Madrid desde los 17 años.

Bueno, por fin he conseguido construir una frase entera.

- ¿Y hoy cumples...?
- 28.
- Es una cifra importante.
- Sí.

Bien. De vuelta a los monosílabos. Estupendo.

- Seguro que tu novia ha preparado un plan especial.

Vosotros también os habéis dado cuenta de que me está preguntando disimuladamente si estoy soltero, ¿verdad?

- No, qué va. No hay ningún NOVIO que organice nada diferente para mí hoy.
- Vaya, eso es una pena. No debería ser un día sin más. A lo mejor te apetece tomar una copa para celebrarlo. No sé si hoy estarás ocupado, pero si estás libre el fin de semana, igual podemos vernos.
- Claro. Eh, sí, claro. Si quieres apuntar mi teléfono ya me avisas cuando te vaya bien. Yo estoy libre todo el fin de semana.

Os prometo que no suelo parecer tan desesperado cuando me entra un hombre. Me sé hacer un poco el interesante y esas cosas, pero es que me tiene noqueado.

- Perfecto. Pueees... Hasta el viernes.
- Adiós.

Y sí, cuando Beto desaparece de mi campo de visión, entro en clase bailando cual Carlton Banks en un concierto de Tom Jones. Tres de mis pequeños intentan imitarme y acabamos pareciendo el coro más bizarro que jamás haya tenido *El Príncipe de Bel Air*. Pero yo estoy en una nube.

Acaban de hacerme mi primer regalo de cumpleaños. Ojalá el día que quedemos aparezca con un lazo rojo en la cabeza.

Llego a mi piso de un humor inmejorable, deseando ver a las chicas esta noche para explayarme con los detalles de mi patética conversación con Beto y lo increíblemente guapo que es. Pero cuando estoy entrando por la puerta, empiezo a oír unas risas en el salón.

Me quedo bastante pillado cuando me encuentro mi casa decorada como si fuera la Romería del Rocío y a Jota y a mi hermano tirados en el sofá con una copa de vino partidos de la risa y... ¿eso que está en el muslo de Enzo es la mano de mi amiga?

- Buenas.
- Aaaaayyyy... ¡Felicidadeeeeeeeees!!! -Jota salta de su sitio como si llevara muelles en el culo. -Joder, no te hemos oído entrar.
- Ya veo que estabais entretenidos.
- Felicidades, hermanito. Parece ser que alguien tenía prisa por empezar con tu fiesta.
- Es que es el segundo día más importante del año.
- ¿El segundo? ¿Perdona, bonita?
- Hombre, después de mi cumpleaños, claro está -y lo dice tan convencida, la tía.
- Te paso la impertinencia porque me encanta cómo habéis puesto todo esto. ¡Es genial! Muchas gracias chicos, me encanta y... ¿es tarta de chocolate y plátano lo que veo en la encimera?
- Es.
- Te quiero, Jota.
- Lo sé. Y más que me vas a querer. Hace tres minutos que ha llegado la comida: Tom Yum, Pad Thai, cerdo Satay, Nàm Tok y fideos con curry y pollo. Puedes elegir si quieres empezar con los cinco capítulos que nos quedaban de Juego de Tronos ahora o después

de la siesta. Lo que es innegociable es que abras los regalos antes de sentarnos a la mesa, que quiero verte ya la cara cuando veas qué es.

Sonríó tanto que empiezan a dolerme los lados de la boca.

- Sí, por Dios, ábrelo ya, que no me ha querido decir qué es y ya estoy picado hasta yo.

En serio, estos dos están muy cerca... tengo que investigar un poco esto.

Jota me alcanza un sobre con forma de viñeta de cómic ochentera, con un “boom” escrito en letras chillonas.

- Adoro tus presentaciones.
- ¿Qué es?
- ¡Hostias! No jodas, Jota, ¡¡esto es la caña!!
- ¿Qué eeeeees?
- Dos entradas para el espectáculo de wrestling de la WWE para el 5 de noviembre aquí, en Madrid. Pone que son *VIP Experience Package*, sea lo que sea eso.

Enzo me quita de las manos los dos trozos de papel, mirándolos como si fuesen ambrosía.

- Eso es que vais a poder conocer a algunos de los luchadores, os dan unos regalos oficiales del espectáculo y un libro de autógrafos de edición limitada. Ya que era regalo de cumpleaños, tenía que ser *luxury*.
- Espera... ¿vamos? -si mi hermano abre un poco más los ojos, se convierte en un dibujo animado manga.
- Claro, Enzo. Es para que vayáis vosotros dos juntos. Estoy harta de oír a Ga contarme la cantidad de domingos que echabais delante de la tele viendo a estos tíos darse de tortas de mentira. Cada vez que se queda a dormir en casa intenta ponérmelo al día siguiente aprovechando que la resaca me quita las fuerzas para pelearle el

mando. Y desde que te fuiste estaba aún más cansino con el tema.

- ¡Oye!

- ¿Qué? No te hagas el ofendido. Si sabes que es verdad. Así que pensé que igual os gustaba verlo en directo esta vez y retomar la costumbre de compartir esto. Que no sé qué le veis. Bueno, Ga, hombres medio desnudos, pero las supuestas luchas... son de risa.

Estamos tan contentos que pasamos olímpicamente de sus chorradas y nos ponemos a abrazarnos y a saltar como adolescentes, porque es un regalo de la leche. Y Jota se ríe por vernos tan emocionados.

La cogemos para mantearla, pero se pone nerviosa intentando que paremos y casi la tiramos al suelo. Y Enzo y yo nos reímos como bobos porque estamos demasiado nerviosos por ir a ver en directo la WWE.

Nos pasamos toda la comida rememorando las mañanas en las que de niños mirábamos embobados la tele, imaginando que de mayores seríamos tan fuertes como esos luchadores. Acabamos discutiendo sobre si El Enterrador era mejor que Kevin Nash y hasta gritándonos porque Enzo se empeña en que la Batista Bomb es más letal que la Swanton Bomb.

Jota nos mira como si estuviéramos locos, pero sé que está feliz por vernos así. Es verdad que he echado mucho de menos a mi hermano estos dos años. Es genial poder estar de nuevo así con él.

Arrasamos con toda la comida tailandesa y elijo pasar de la siesta. Así que armados con tazas gigantes de café y trozos de tarta que saciarían a “La Montaña”, ocupamos nuestros asientos para ver cuál será el siguiente paso que Jon Nieve decide dar para acabar con los Caminantes Blancos.

Cuando acaba el primer capítulo, Enzo sirve una segunda ronda de café y antes de empezar con el tercero yo me levanto del sillón orejero para coger una botella de crema de orujo y unos vasos. Al volver a mi sitio, Jota se ha recostado un poco en un lateral del sofá biplaza y ha pasado las piernas por

encima del regazo de mi hermano. Paso de comentar nada, pero definitivamente voy a hablar con esos dos. No sé muy bien qué juego se traen, pero espero que lo tengan claro ambos.

A las ocho y media de la tarde nos hemos terminado la media temporada que teníamos pendiente antes de que empiece la nueva en julio.

Nos ponemos de pie y nos estiramos porque se nos ha quedado dormido la mitad del cuerpo a los tres. Cuando les voy a proponer arreglarnos un poco y salir a cenar algo al bar de abajo, suena el timbre.

- Ya abro yo -me dirijo a la puerta a saltitos pequeños porque conozco a mis amigos y estoy seguro de que alguna sorpresa de cumpleaños tiene que quedarme.
- Felicidades cariño, mío.
- ¡Yaya!

Me lanzo a los brazos de esa adorable mujer que ya ha cumplido los 74 años pero que es más moderna que la mayoría de nosotros.

- No creerías que iba a perderme el cumpleaños de mi único nieto...
- No te lo hubiese perdonado.

Sabe que es mentira. A ella le perdonaría hasta que sacrificase a mi primogénito.

- ¿Qué haces así todavía? Vístete, que no vamos a llegar a tiempo.
- ¿A dónde?
- Te hemos reservado un curso para aprender a hacer sushi y cócteles del mundo. Hemos quedado a las nueve y media por Nuevos Ministerios con todos estos. Así nos lo pasamos bien haciendo nuestra propia cena y a lo mejor acabas en Urgencias intoxicado y conoces a un médico buenorro.

Amo a Jota. Si fuese hetero me casaba con ella.

- Pues te informaré de que al buenorro ya lo he conocido, el destino

se te ha adelantado, guapita.

Hago como que me escapo a la habitación, pero Jimena me persigue como un perro que no está dispuesto a soltar a su presa.

- Quiero toda la historia. ¡Ahora!

- Sólo te adelantaré que tiene un culo como para partir nueces con él. Ahora mejor nos cambiamos y nos vamos porque el plan me parece lo más. No sé si mañana no me echarán del trabajo por llegar ojeroso y con resaca, que ya nos conocemos; así que haced que al menos valga la pena.

- Mañana no vas a tener que hacer nada más que dormir y recoger todas estas guirnaldas. Hablé con Rebe y le solté una milonga sobre que iba a llevarte al pueblo de Yaya por tu cumpleaños, de sorpresa, y que si podría hacerme el favor de cubrirte el turno en la guardería. Hablé con la jefa y te he conseguido el día libre, para que lo empalmes con el puente de Semana Santa.

Me lanzo sobre ella y le pego un besazo en los morros porque no se merece menos.

Enzo

Jota y Yaya nos llevan a un pequeño local cerca de casa, por Princesa, que parece cerrado a cal y canto.

Álex se acerca a la puerta y toca el cristal con los nudillos. Al cabo de unos minutos, vemos cómo una luz se enciende en el interior y sale a recibirnos un hombre que podría hacer de doble de Chicote en la televisión. Es bajito y rechoncho y una sonrisa enorme recorre su cara, que se llena de arrugas ante el gesto, confiriéndole el aspecto de alguien que ha vivido mucho y ha sabido hacerlo bien.

- ¡Alejandro, qué alegría verte, muchacho!
- Y tanto que sí. Tío, quiero presentarte a mis amigos. Amigos, este es mi tío Tony.
- Es un placer. Pasad, ya os lo tengo todo preparado, -Tony cierra de nuevo la puerta con llave y apaga las luces, de forma que desde fuera, nadie se daría cuenta de que allí dentro hay gente- en estas mesas de aquí vamos a hacer el sushi. De eso se encarga Saori, mi mujer, y luego ya nos vamos a la barra a preparar unos cócteles. He dejado lista también una zona libre en medio del bar por si os apetece bailar, y la tarima por si queréis cantar un poco.

¡Es un karaoke de estilo japonés! Ah, coño... claro. Me echo a reír cuando lo entiendo y Gael da pequeños aplausos, emocionado, diciendo bajito que va a querer hacerlo todo. Veo que hoy termino cantando por La Pantoja.

Saori resulta ser una mujer preciosa y muy callada, que viste con un kimono - no sé si porque le gusta o por meternos a todos en ambiente- y que no sabría decir si tiene 50 años o 30.

Enseñarnos a todos a dar forma a la quinoa es un show digno de fotografiar. Ana se empeña en que quiere meter pollo en su rollito de maki y Saori se lo permite porque creo que huye de cualquier cosa que suene a conflicto. Ver a Jota intentando envolver con el alga el batiburrillo de ingredientes que ha metido en esa especie de arroz es un espectáculo aparte en sí. Paramos la clase y todo para que nos alcance. Al final, tiene que ir Yaya a ayudarlo.

- Madre mía...Cuando pasemos a los Temakis o a los Niguiris vamos a tener que hacer noche aquí para que Jota los termine.
- Deja que vaya a su ritmo, cariño.

Yaya riñe a Gael como si de verdad fuera la abuela de todos. La tengo al lado, y me quedo observándola un poco.

- Yaya, ¿cuál es tu nombre real?
- ¿Si te lo digo me empezarás a llamar por él?
- No, si no quieres.
- Entonces no necesitas saberlo. Me gusta Yaya. Has llegado el último, pero si eres parte de esta extraña familia que tenemos, para mí ya eres un nieto más al que pienso cuidar y proteger, así que llámame Yaya.
- ¿Así de rápido he entrado? ¿No tengo que superar unas pruebas de acceso, o algo así? -bromeo, pero ella me mira muy seria.
- No. Es así de fácil. Tú has llegado a nosotros. Si ha sido así, es porque nos necesitabas, así que aquí estamos.

La miro con muchísima ternura y algo de agradecimiento, porque no estoy solo en esta ciudad pero es cierto que ahora mismo necesito que me apoyen, que me quieran, que me hagan reír y que me recuerden que la lluvia puede ser fría y gris, pero que sin ella no conoceríamos el arcoíris.

- Gracias, Yaya -no sé muy bien por qué, pero me inclino a darle un beso en la sien.

- De nada, cariño.

Me sonrío con ese tipo de dulzura que sólo desprenden las personas mayores y a mí se me instalan en el pecho unas ganas de llorar que no logro identificar de dónde vienen.

Conseguimos terminar la clase de sushi y todos nos peleamos por probar el de Jota, porque tiene un aspecto horrible y queremos comprobar si sabe igual de mal. Curiosamente, no es así. Está bueno, muy bueno, pero parece que alguien lo hubiera comido antes y lo hubiese vomitado.

Al cabrón de Gael hasta se le saltan las lágrimas comentándolo. Tiene que apoyarse en Javi porque está doblado de la risa, aunque el novio de Ana no se queda atrás con el ataque que le ha dado cuando ha visto el *California Roll* que se ha marcado mi rubia.

Esperad, esperad. ¿He dicho *mi* rubia?

Buah, tengo que parar.

Tony nos lleva a la barra y coloca un montón de botellas encima, además de boles con todo tipo de frutas y especias.

Empezamos por unos mojitos de sabores.

Jota y Nit se pelean por ver quién ayuda a Yaya a elaborarlo, pero a mí me da la sensación de que la mujer sabe lo que se hace mejor que ellas. Tiene mucho arte con la coctelera. Haberla conocido de joven habría sido divertido, seguro.

La caipiroska tampoco tiene mucha dificultad, pero Álex se empeña en hacer una con sandía natural y azúcar moreno que su tío no conoce y que resulta estar riquísima.

El daikiri se bebe como agua y cuando llegamos a la explicación de la piña colada, Edu ya está bailando con una copa en la mano que no sé de dónde ha sacado y grita que a esas horas ya tenían que haber puesto algo de salsa.

Nuestro anfitrión le hace caso, muerto de la risa y el instigador de este baile

improvisado vuela al lado de Jota para sacarla a la pista. Su intento porque ella dé vueltas sin parar es mareante. Imagino que cree que así parece que sabe moverse mejor. Empieza a darme un poco de pena Jimena, así que pienso en acercarme para pedir el relevo a Edu, pero Álex se me adelanta.

Cuando veo cómo la coge por la cintura y la acerca a él hasta que entre sus cuerpos no pasaría una hoja de papel, me pongo de mal humor. Abre sus piernas un poco con la rodilla y encaja su muslo entre los de ella. Y yo aprieto fuerte la mandíbula.

Empieza a sonar *Déjà vu*, la bachata que han popularizado este año Prince Royce y Shakira. Verlos es hipnótico. Se mueven de forma natural, suave. Es bonito. Son una de esas parejas de baile que cuando se animan, acaban generando a su alrededor un círculo de personas entre admiradas y envidiosas.

Jota tiene los ojos cerrados y se nota que disfruta siguiendo el ritmo. No cuenta pasos, no sigue una coreografía aprendida, sólo... vive la música.

Ana baila con Javi y Gael hace lo propio con Saori. Nadie presta mucha atención a Jimena y al pulpo que la ha apresado, por lo que imagino que están acostumbrados a esa complicidad entre ellos. Yo no, y se me está acumulando la bilis de observarlos.

Álex se pega todo lo que puede y apoya su frente a la de ella, en un gesto tan íntimo y sensual que tengo que hacer un esfuerzo por vencer las ganas de ir hasta él y pegarle un sopapo.

- ¿Te importaría acompañar a una vieja? -Yaya corta mi plan asesino antes de que termine de perfilarlo.
- No me importaría en absoluto, pero como por aquí no veo a ninguna, quizás quieras hacerme el favor de bailar tú conmigo.
- Acabas de ascender varios puestos en mi lista de personas favoritas.

- Me alegro, porque tú ya estás en mi *top five*.

Y es cierto. Esa señora es amor.

Le rodeo la espalda y le ofrezco la otra mano para que me la tome y podamos empezar a movernos al ritmo de la nueva canción que acaba de empezar.

- Baila con la música.
- ¿Cómo?
- Jimena. No está bailando con Alejandro. Sólo está bailando, sin más. Por eso no abre los ojos. No le ve a él, sólo se concentra en lo que la canción le hace sentir.
- Ah. Vale. Eso está bien.
- Lo digo por si te preocupaba.
- No.
- Vale.
- No me preocupa.
- Cariño, cuando llegas a una determinada edad, la gente no te molesta mucho si te quedas en una esquina sin hacer ruido. Dan por sentado que quieres descansar. Eso te permite observar muy bien todo... y a todos. Hay gestos y miradas que hablan más alto que cualquier voz. Me alegro de que no te preocupe, pero quería que supieras eso.
- Nada de cuarto o quinto puesto. Acabas de subir al podio de la gente que quiero siempre cerca.
- Yaya, -Gael se acerca a nosotros con un mohín en la cara muy similar al que le ponía de pequeño a mi madre cuando quería salirse con la suya. Arrastra a Jimena de una mano- dile a Jota que es mi cumpleaños y que si quiero que me cante, está obligada a hacerlo.
- Ya sabe ella que sí.
- ¡Pero Yayaaaaa!

- Sabes las normas, cariño. Su cumpleaños, sus reglas.
- Joder.
- Aaaaaaaah, ¡Vivaaaa!, la versión de *I was made for loving you*, Jota, el cover que haces de Kiss.

Se marcha algo molesta murmurando algo de que espera que Tony no tenga guitarras y yo empiezo a sospechar que Yaya lleva razón y que Jota vive y disfruta cualquier cosa que tenga que ver con notas y pentagramas.

Por supuesto que en un bar karaoke musical hay guitarras. Y micrófonos y amplificadores. El dueño del local lo monta todo en un momento y se regodea con el espectáculo, bajado todas las luces del pequeño escenario exceptuando la que enfoca a Jota.

Rasga las cuerdas y el instrumento llora un acorde. Con el primer *tonigth* dejo de respirar. ¿Sabéis esas milongas cursis que nos cuenta Hollywood sobre cómo el mundo entero desaparece alrededor de alguien cuando estás mirando algo único? Pues resulta que no son cuentos chinos.

Os prometo que no veo nada más allá de Jota.

Me sorprendo pensando que ya sabía cómo cantarían ella antes de escucharla. Es dulce, intensa. Parece que cuenta un secreto con cada frase, que te muestra una realidad indiscutible. Consigue crear una atmósfera íntima que te estremece desde muy dentro.

Me imagino que sólo me susurra a mí esas frases, que intenta hacerme entender que hasta ahora no lo sabía, pero que es obvio que *fui hecho para amarla y que ella nació para quererme a mí*.

Sólo tiene nueve personas como público, pero el silencio que se forma a su alrededor es demoledor.

Aparto los ojos de Jota un minuto para comprobar que no soy el único que siento esto.

Todos disfrutaban de la canción a su manera.

Gael está sonriendo como lo hacía las mañanas de Navidad en Roma. Coge por los hombros a Yaya, que mira a Jota con un orgullo que me contagia.

Edu y Álex siguen la melodía de forma rítmica y suave, moviendo ligeramente los hombros y asintiendo con la cabeza.

Tony baila con Saori de una forma muy parecida a como lo harían mis padres, con las mejillas pegadas y a pasos pequeños.

Nit tiene los ojos cerrados y Javi la abraza por detrás en un gesto tan suyo que siento que estoy mirando algo que no debería, porque es un momento que sólo les pertenece a ellos.

Cuando Jimena termina, todos aplauden y yo me quedo mirándola con el ceño fruncido.

- ¿Qué te pasa? –mi hermano me apoya una mano en el hombro y me devuelve a la realidad.

- Me estaba acordando de la abuela.

La madre de mi padre murió cuando Gael tenía doce años. Era una mujer recia y seria, que nos daba algo de miedo. Nos reñía muy a menudo y a mi hermano y a mí no nos gustaba demasiado ir a visitarla.

Por suerte, no la vimos muy a menudo en nuestra niñez porque ella siguió viviendo en Francia y eran contadas las ocasiones en que nos desplazábamos allí toda la familia a verla. Pero lo cierto es que en las fiestas de Navidad, su carácter se dulcificaba mágicamente.

Siempre organizaba las mejores fiestas navideñas de todo su barrio. Las pocas veces que nuestros padres nos dejaron ir a una de esas veladas, mi abuela se transformaba cuando comenzaba la música. No bailaba demasiado. Ella sólo se quedaba quieta, te sentaba a su lado y te contaba al oído lo que el cantante le quería decir -en un inglés que nosotros aún no entendíamos- a esa mujer a la que amaba por encima de todo.

Nos enseñó una verdad absoluta sobre la música.

- Quienes sólo tienen voz, cantan con la garganta -recuerda Ga.
- Pero quienes tienen alma, lo hacen también con el corazón -
termino por él.

No recuerdo mi vida sin música.

Desde muy pequeña atesoré las noches en las que mi madre venía a cantarme a la cama para quedarnos ambas medio dormidas acariciándonos el pelo la una a la otra.

En cada verbena que se celebraba en el barrio, tengo grabado en la retina a mi padre acercándose divertido a su mujer para invitarla a bailar.

Verlos era especial. A veces no se movían muy acompasados. Mi madre le pisaba de vez en cuando y hasta yo me daba cuenta, aun siendo tan pequeña, que sus pasos de baile eran algo anticuados para las canciones de la época. Pero todo eso daba igual, porque ellos no paraban de dar vueltas, felices, riendo. Desde aquellas fiestas asocié la música con algo precioso. Algo que es capaz de alegrarte en los peores momentos o que puede expresar lo que tú no sabes decir pero que tienes latiendo dentro.

Durante años escuché todo tipo de letras. Ninguna melodía me parecía mala *a priori*. Todas contaban una historia que yo quería conocer, hasta que me di cuenta de que me ocurrían cosas que ninguna canción conseguía transmitir del todo correctamente.

Pensé mucho sobre ello y me di cuenta de que si quería decir algo, tendría que saber contarlo yo misma.

Ese verano les dije a mis padres que quería aprender a tocar la guitarra para poder escribir canciones. Me apuntaron a clases en cuanto se lo pedí.

Cada nuevo acorde que conseguía juntar, cada canción que aprendía a versionar, cada tarde que cambiaba el parque por las cuerdas de mi instrumento, fueron felicitaciones y ánimos por su parte que me alentaban a seguir aprendiendo incluso los días que más cansada me sentía.

Ellos fueron las únicas personas a las que dejé escuchar alguna de las cosas que yo había compuesto. No es que me diera vergüenza que Nit o Yaya me escucharan, es que era algo que no sabía si comprenderían porque eran vivencias muy mías que quizás otra gente considerase tonterías. Pero sentía que a mis padres se lo debía porque, sin su apoyo, nunca me hubiera atrevido a continuar con lo que se acabó convirtiendo con el tiempo en una pasión para mí y una forma de expresar tantas cosas que de otra forma se me hubieran quedado dentro.

Cuando ellos se fueron, creo que hubiese podido volverme loca sin la música.

Les dediqué más canciones de las que soy capaz de contar.

La rabia se diluía un poco cuando aporreaba mi guitarra. Las lágrimas escocían algo menos si rasgaba sus cuerdas mientras estaba sola en mi habitación.

Después de los primeros meses tras la muerte de mis padres, dejé de tocar una temporada. Sentía que si ellos no podían escucharme, no tenía demasiado sentido seguir. Pero no supe mantenerme alejada de aquello que me devolvía parte de la vida que sentía que me habían robado.

Es algo que forma parte de mí, que me ayuda a explicarme cuando las palabras normales no me alcanzan. Puede que no sepa decirle a alguien cuánto me importa, pero sí sé cantárselo.

Jota

Me levanto salivando. No entiendo demasiado por qué hasta que mi cerebro empieza a despertarse un par de minutos después que yo y me doy cuenta de que mi casa desprende un olor increíblemente bueno.

Asomo la cabeza por el quicio de la puerta y veo a Yaya en la cocina, muy resulta entre mis fogones.

- Eso que huelo, ¿es tu pollo al ajillo?
- Bien tostado, como a ti te gusta.
- Mmmmmm. Te quiero tanto...
- Normal.
- ¿Tienes recados para la tarde o te quedas y nos vemos alguna peli que te guste con una tarrina gigante de helado? -luego me quejo de caderas, pero es que me encanta comer, qué le voy a hacer.
- Ya hemos quedado.
- Ah, ¿sí?
- Con Gael y Enzo. Hablé hace un rato con ellos y como ninguno tenemos hoy obligaciones, he pensado que estaría bien ir a comer al Retiro y pasar la tarde por allí. Hace buenísimo.
- Uhm. Pues vale. Entonces... ese pollo...
- Lo voy a trocear y a meter en el tupper hermético. De primero y para el postre, ¿te parece bien gazpacho y fruta? Así llevamos todos los cubiertos y vasos de plástico y podemos tirarlos luego para no ir cargadas.
- Genial. Cojo un bolso grande y listo, que sólo tendría que traer de vuelta el recipiente del pollo y el termo del gazpacho.

- Pues ve a vestirte, que pasan a por nosotras en un ratito.

Le doy un besazo bien sonoro en la mejilla, como si la abuela fuera yo, y me piro escopetada a la ducha.

Ya estamos a mediados de abril y la primavera está siendo muy benévola con los rayos de sol que nos regala, así que me decanto por unos pitillos tobilleros y cazadora vaquera, con un top crop lencero blanco y unas bambas del mismo color. Moño despeinado para domar un poco mis rizos y maquillaje suave de día con tres kilos de rímel. Lista en 20 minutos. No sé quién se inventó esa patraña de que las mujeres tardamos dos horas en arreglarnos.

- ¿Te ayudo con algo?
- No, cariño, quiero llevar algo comestible.
- ¡Yaya! -se parte de risa ella sola.
- Ve preparando la bolsa con el termo y la fruta, anda.

Quince minutos después lo tenemos todo preparado y llamo a Gael para ver cuánto les queda. Para variar, no me lo coge.

- Ga no contesta.
- Llama a Enzo.
- No tengo su número.
- Apunta.

Yaya me da su teléfono. Anda que no se ha dado prisa ni nada en conseguir el móvil del bombonazo de ojos azules. Es una lista esta Yaya.

- ¿Sí?
- Dile a tu hermano que si tiene el móvil para sujetar puertas.
- ¿Perdón?
- Uy, claro. Soy Jota. Que he llamado a Ga para ver cómo lo lleváis, pero debe de tenerlo en silencio, como siempre. Nosotras ya estamos listas.
- ¡Ah! Hola. No te tenía registrada en el móvil. Vamos ya montados

en el taxi, así que en tres minutos estamos en tu casa. Llamamos a uno por Yaya. Imagino que lo prefiera al metro, e ir andando con ella hasta allí ni lo he considerado.

- No se lo digas o te deshereda.
- Entonces no te chives.
- Depende de qué me ofrezcas por mi silencio.
- ¿Qué quieres?
- Aún no lo he pensado, pero cuando lo haga, te lo haré saber.
- Pagaré el precio con gusto -¿y este tonto de dónde ha salido?
- ¿Ya vienen? -Yaya ha llegado a mi lado cargada con mi bolsón de víveres.
- Sí, y trae eso, que pesa más que tú. -oigo a Enzo reírse al otro lado de la línea- Ya bajamos. Os esperamos en la entrada del portal.
- Hasta ahora.

Hablar con Enzo siempre me noquea un poco. Ya estoy acostumbrada al deje italiano en la forma de hablar de Ga. Mi oído se ha hecho a él y casi no lo noto. Pero el acento de su hermano... puff.

Cuando salimos por la puerta, el taxi está parando en doble fila para que entremos. Enzo se baja por la puerta del copiloto y la sujeta para ceder el sitio a Yaya y que vaya más cómoda.

Madre del amor hermoso. Está para chuparle un pie. Y lo que no es el pie.

Viste unos vaqueros rotos con botines de piel marrones con cordones y un jersey beige de ochos y cuello abierto. Lleva gafas de sol de aviador y se ha recortado la barba, que empezaba a crecerle. Cuando me da los buenos días y me sonrío, me entran ganas de reírme como una adolescente histérica delante de un *Backstreet Boy*.

Con esto de ser la chica y ocupar menos espacio, me toca en el medio. No conozco a nadie que le guste ir en ese asiento en un coche, es como cuando

sólo quedan flashes de limón en el paquete multisabores que venden en los supermercados. La gente tuerce la boca cuando te toca en el medio o el flash de limón. Son los parias de su mundo.

Lo bueno que tiene en este caso que me destierren a ese asiento es que Enzo está a mi lado. Nuestras piernas se rozan cuando cogemos la primera curva algo cerrada y yo aprieto los muslos instintivamente. Ga va diciendo algo de que quiere pasarse por el Palacio de Cristal porque hace mil años que no lo visita y yo sólo asiento y pienso en si Enzo sabrá tan bien como huele.

Pedimos al taxista que nos deje en la entrada de O'Donnell para poder para a comer ya, porque nos han dado las tres de la tarde con los estómagos vacíos.

La zona de la montaña artificial está desierta a esas horas un miércoles laborable y hay mucha sombra y bancos donde montar nuestra mesa improvisada.

Yaya se sienta en uno de ellos y empieza a extender platos y vasos. Enzo se coloca al otro extremo del asiento y va pasando servilletas y tenedores. Gael y yo nos sentamos en el suelo, a sus pies, para poder estar de frente y hablar más a gusto.

El pollo está buenísimo, como siempre, y a Yaya se le ve feliz de pasar un día con nosotros.

Me siento algo culpable porque me doy cuenta de que en los últimos meses mis visitas se reducen cada vez más a ratos cortos en su casa que duran lo que suelo tardar en tomarme un par de cafés.

Es fácil acostumbrarte a tener siempre a alguien ahí cuando le necesitas y olvidarte de que esa persona también puede necesitarte a ti. Me prometo a mí misma alargar las tardes de domingo en casa de mi Yaya.

Cuando terminamos de comer, Ga nos arrastra al Palacio de Cristal y pasamos como veinte minutos señalando todas las tortugas que vemos en el lago. Parecemos Paco Martínez Soria recién llegado a la ciudad.

La digestión empieza a notarse y proponemos ir hacia el Estanque Grande para aprovechar la sombra de algún árbol y echarnos un ratito a descansar.

Enzo apoya la espalda en un tronco y cae en nada. Yaya es la siguiente en dormirse apoyando la cabeza en sus piernas. Gael se tumba bocarriba, con las manos enlazadas en su nuca a modo de almohada, y no tarda en seguirles a las tierras de Morfeo.

Yo, que ya me sabía esta, saco un libro de mi bolso y me preparo para saber qué le va a pasar ahora a Sancho en su cruzada contra la Congregación de los Hombres Puros. Qué genios me parecen Pérez Gellida y su pelirrojo.

A esas horas por allí sólo se escucha el canto de algún pájaro y voces lejanas de adolescentes que muy probablemente pasarán más horas en la calle que en su casa.

Estoy en la gloria. Se ha levantado algo de viento y como hemos elegido una zona muy poblada de hierba, el olor a naturaleza me absorbe mientras paso páginas.

Nunca me ha incomodado pasar el tiempo sola, menos aún si tengo la compañía de algún amigo literario que me apasione. Me ha costado más despedirme de algunos personajes que sólo han existido en las páginas de mis libros, que de personas reales.

Con una horita de siesta entre pecho y espalda, mis pequeños lirones empiezan a despertar.

Yaya se lleva la mano a los riñones y hace un gesto de molestia. Me fulminaría con la mirada si hago referencia a que no tiene edad para andar tirándose a la hierba a dormir, así que me callo. En su pecado lleva la penitencia.

Cuando terminamos de crujir la mitad de los huesos de nuestras espaldas, propongo acercarnos a las barquitas de remos. Sé que sonará raro, pero habiendo vivido siempre en Madrid, no he montado nunca.

Enzo y Gael me miran incrédulos cuando lo comento y aseguran que a ese fallo se le busca pronta solución.

Me emociono tanto que empiezo a correr hacia la zona donde se sacan las entradas y tropiezo con una piedra que no he visto y que estaba algo escondida por la hierba. La hostia que me pego es digna de ‘Vergüenza Ajena’.

Ga y Enzo corren hacia mí mientras Yaya se lleva la mano a la boca, pero cuando alcanzan el sitio en el que estoy tumbada bocarriba, sólo se encuentran con una Jota descojonada que se lleva una mano a un costado. No sé si no me habré roto una costilla, pero soy incapaz de contener el ataque de risa. Que estas cosas siempre me pasen a mí...

Al verme sana y salva, Ga empieza a llamarme desastre y me ayuda a ponerme en pie para seguir hacia las barquitas. Los otros dos integrantes del grupo aún siguen un poco asustados, pero se les empieza a pasar cuando comprueban que no muestro signos de dolor al caminar.

Como es temprano y entre semana, no hay casi cola, así que al cabo de un ratito estamos los cuatro en mitad del estanque, viendo a los chicos resoplar mientras disimulan el esfuerzo que les cuesta recorrer todo el lago a base de brazadas con las palas.

Me emociono y señalo todo lo que veo, moviéndome más de la cuenta y haciendo que el bote se menee de una forma un tanto preocupante.

Cuando Gael me amenaza con atarme y dejarme allí, prometo comportarme.

Al bajar, me da pena que el día se acabe, así que intento alargarlo.

- ¿No queréis dar un paseo de vuelta a casa y cenamos algo por el barrio?
- Cariño, me parece una idea maravillosa, pero me temo que yo no puedo seguiros el ritmo más. Pero id vosotros que yo me cojo un taxi; a fin de cuentas, no voy hacia el mismo lado que vosotros.

- ¿Estás segura, Yaya?
- Sí, sí. Déjame las cosas del picnic, que así no las cargas y te las guardo en casa hasta la próxima vez que vayas. Y vosotros id a disfrutar.
- Gracias, reina.
- Pues, venga, tiramos por la salida de Alfonso XII y es algo más de media hora de paseo hasta el *Txirimiri* de Ferraz, ¿os parece? -Ga organiza el plan en un momento y a mí me encanta que se apunten.

Acompañamos a Yaya a por un taxi y la llenamos de besos antes de coger el camino hacia Gran Vía.

Llegando ya a Plaza España, Ga mira su móvil y suelta un grito que nos para en seco a Enzo y a mí.

- ¿¿Qué pasa??
- ¡Me ha escrito Beto para quedar ahora por Callao!
- Joder, Ga, que pensé que se había muerto alguien, coña.
- ¡Que me ha escrito ya, Jota! ¡Que sólo ha pasado un día! Lo tengo loquito.
- ¿Y vas a decirle que sí? -me muero de la risa con este hombre. Nunca me aburro cuando estoy con él.
- Pues claro. A mí eso de hacerse el interesante me parece una soberana gilipollez. Así que ahí os quedáis ¡Pedid el risotto por mí! -y con las mismas, se da la vuelta para desandar el camino que acabamos de hacer.
- Nos hemos quedado solos -señala Enzo.
- Eso parece.
- ¿Aún te apetece cenar algo?
- Claro -Ay. Esa sonrisa va a derretirme un día de estos.
- Genial. Vamos.

Jota

Llegamos al restaurante comentando si Gael debería haber hecho sufrir un poco más a Beto o no.

- A mí me parece que eso de las reglas de los tres días para llamar a alguien, o esperar a la tercera cita para acostarte con un hombre que te gusta, o cualquiera de esas normas no escritas que nadie sabe de dónde han salido, son todas una estupidez. Si vives tan reprimida, al final te vas a perder un montón de cosas por el camino.
- Puede, pero dejar ver tus cartas de entrada desde el principio te posiciona en una situación de vulnerabilidad con la que no todos se sienten cómodos.
- En cuatro quedadas o tres polvos no puede importante tanto alguien como para sufrir. No seamos de esos locos que hablan de amor a las dos semanas de conocerse.
- Hablas con un poco de resentimiento, ¿no?
- Bueno, no eres al único al que han hecho daño alguna vez.
- ¿No crees en los flechazos?
- Creo en la atracción instantánea. El amor es algo más profundo que hay que cuidar cada día.
- Ya. Y, sobre todo, tienes que encontrar a alguien que quiera cuidarlo contigo. Si remas solo, acabas girando en círculos eternamente sin moverte del sitio.

Hemos llegado al *Txirimiri*. Me pide que elija por los dos algunas cosas para pinchar, porque conozco mejor el sitio. Me gusta el gesto. Me gusta que no quiera controlar todo. Me gusta él.

- Nos pone las fajitas de carpaccio de buey, mahonesa de trufa, rúcula y parmesano; las delicias de queso Ideazabal en tempura con piparras y las croquetas de boletus, trufa y jamón, por favor. Y un par de cañas.

- Me ha dado hambre sólo de oírte. Tiene que estar todo buenísimo.

- Si luego te apetece algo dulce, tienen una mousse de queso que es un pecado.

- Estaría bien terminar la cena con algo dulce, sí -levanta la comisura derecha de los labios como si lo que fuera realmente comestible, fuese yo.

- Oye, ¿fue eso lo que te pasó con Lucía? ¿Te dejó remando solo?

Me ha puesto nerviosa y no quiero que me lo note, así que prefiero volver a terrenos menos pantanosos.

- Eh, sí, bueno.

Parece que mi pregunta le ha descolocado un poco. Se mueve algo incómodo en la silla.

- Perdona, igual no te apetece hablar de ello. Aún lo tendrás muy reciente e imagino que duela.

- No te creas. Cuando alguien te deja sin más, el duelo es horrible. Puedes no entender por qué ha pasado eso, te hechas la culpa, extrañas horriblemente a la otra persona... pero cuando descubres un engaño... bueno, digamos que del amor al odio hay un paso pequeño.

- Supongo que es más sencillo pensar que has superado una relación cuando hay mentiras de por medio.

- ¿PENSAR que lo has superado?

- A ver... el odio es un sentimiento, y uno muy fuerte. Sólo se pasa página de verdad cuando llegas a la indiferencia. Dices que del amor al odio sólo hay un paso. A la inversa también funciona así.

- Puedo decirte con sinceridad que odio a Lucía.
- No lo creo.
- Ha sido mi mayor error.
- No digas eso. Una persona con la que has estado más de año y medio no puede haber sido sólo “tu mayor error”, no después de tantas sonrisas.

El camarero deja nuestra comanda en la mesa y entre bocado y bocado empezamos a ponernos filosóficos y a intentar arreglar el mundo de las relaciones sentimentales.

En este país, si necesitas algún experto en lo que sea, búscalo en los bares.

¿Que no?

Decidme que ninguno de vosotros ha solucionado toda la problemática de la economía española entre vinos, apoyado en la barra de su garito preferido.

Ya decía yo.

- ¿Me estás diciendo que tú perdonarías una infidelidad? ¿Qué volverías a amar a quien te traicione así?
- Yo no he dicho eso. Lo que te planteo es que a la gente le da mucho miedo decir la verdad desde el principio. Tenemos unas pautas de lo que se debe y no se debe hacer en las relaciones.
- Hombre, poner los cuernos creo que encaja bastante bien en lo que no deberías hacer a alguien que quieres.
- Por supuesto. Pero imagina que no hay cuernos porque no hay engaños. Si no quieres pasarte la vida acostándote sólo con una persona, plantéaselo a tu chico. Contemplad la posibilidad de una relación abierta. Si no queréis, obviamente, atente a lo que elijas y no mientas, pero es que la gente ni siquiera se plantea tener una relación que no se considere convencional.
- Porque es muy difícil.

- Porque las personas tendemos a considerar a nuestras parejas como algo nuestro, algo que poseemos. Es una visión equivocada, según mi parecer.
- ¿Tú podrías soportar pensar en tu novio en la cama con otra?
- Si es algo consensuado, sí. Lo que no le perdonaría es que me jurase que sólo quiere estar conmigo para el resto de la eternidad, rechazase de plano cualquier otra opción que no sea la monogamia y luego se acostase con la primera que pasara por allí y le pusiera ojitos a mis espaldas. Puedo discutir sobre cualquier cosa que alguien a quien quiero pretenda plantearme. A veces llegaremos a un acuerdo y a veces no, pero nos respetaremos. Lo que no toleraría son las mentiras. Ya he tenido demasiadas en mi vida.
- Suena muy bien, aunque algo utópico.
- Puede. Sólo definiendo el derecho de cada cual a ser feliz como elija serlo. Siempre que su felicidad no pase por dañar a otros, claro. Porque, a ver, ¿qué problema hay si yo quiero tener un hijo pero prefiero inseminarme porque no creo poder estar con el mismo hombre toda mi vida? ¿o si decido que no quiero ser madre? ¿o si el amor de mi vida no quiere casarse y decidimos pasar de capillas y vivir en pecado por siempre jamás? ¿o si lo que a mí me hace feliz es que me arreen a diario con una fusta estando en ropa interior? ¿o vivir en mitad del campo con tres perros y una *jartá* de cerdos vietnamitas con nombres como *Porki* y *Ricitos*?
- Estoy seguro de que me llevaría genial con *Porki* -se ríe a mandíbula batiente.
- Las personas tendemos a juzgar mucho y nos olvidamos de que no hay un solo camino correcto.
- En eso te doy la razón. Nos falta gente positiva y nos sobran

cotillas alrededor.

- Me encanta esa frase. Me la apunto.

- A mí me encantas tú. -me atraganto con la mousse que nos han servido hace un rato -Perdona, quería decir que... ya sabes, que es refrescante encontrar a alguien que hable de forma tan sincera y sin tapujos. No te preocupas por decir sólo lo correcto o lo que tu cita pueda querer escuchar -Enzo se ha puesto como un tomate y hasta tartamudea un poco.

- ¿Mi cita? -¿esto es una cita? ¿quiero que lo sea?

- Oh, joder. Anda que lo estoy arreglando.

- No, tranquilo.

- Que ya sé que eres la mejor amiga de mi hermano pequeño. No pretendo hacerte sentir incómoda. Pero bueno, que he estado muy a gusto. Y, bueno... es fácil hablar contigo y... bueno, eso, -si sigue agachando la cabeza se va a comer la mesa entre “bueno” y “bueno”- pues que me gusta estar contigo.

- Ah.

- Sí.

Nos sonreímos algo tímidos.

La situación me recuerda un poco a la vez en que Mario se me declaró el primer año de primaria. Me hizo un anillo con cartulina y una piedrecita que encontró en el patio y me dijo que quería ser mi novio. Me dio muchísima vergüenza y sólo acerté a decir que sí muy bajito antes de darle un beso en la mejilla y echar a correr hacia clase.

Vuelvo a tener ganas de responder que a mí también me gusta estar con él y vencer las ganas de salir escopetada de allí, para ver qué podría pasar. Me mira tan fijamente que estoy segura de que tengo las mejillas más rojas que Pikachu, o al menos tengo la misma electricidad recorriéndome el cuerpo.

Enzo comienza a acercarse a mi cara. Me va a besar. ¡¡¡AY DIOS MÍO, QUE ME VA A BESAR!!! ¿Qué hago? Venga, rápido, ¡decidme qué hago!

- ¿Enzo?

Mira, no hace falta que me digáis nada. La rubita pechugona que acaba de acercarse ya ha roto el momento.

La miro algo confusa. Es muy guapa. La media melena que luce le encuadra la carita de niña llena de pecas. Se relame mirando a mi *notancitadespuésdetodo*.

No es un decir, se pasa la lengua por los labios de verdad, de forma provocativamente estudiada.

- Eh, vaya. Hola Irene.

- Qué casualidad verte por aquí. Estaba a punto de irme, que he estado tomando unas cervezas con los compañeros del trabajo.

- Estupendo, aprovechando que mañana empieza el puente, ¿no?

- Sí. ¿Te vas a algún lado?

- Me marchó con unos amigos de casa rural

Primera noticia.

- Y, ¿salís temprano?

- No mucho.

- Entonces a lo mejor te apetece tomarte la última en mi casa. Había pensado llamarte, la verdad. El jueves me quedé con ganas de más.

¡Zas! Toma bofetada que acaba de darme la tía sin dignarse a mirarme si quiera. No se anda con chiquitas, no.

- Pues, es que estábamos terminando de cenar.

- ¡Uy!, perdona, no me había dado cuenta. Pero si ya estabais terminando...

- Sí, tranquilo. Yo me encargo de la cuenta, vete con ella -Aaaarrg. No sé si he conseguido no sonar resentida.

- Qué maja tu amiga.

Joder, para la sonrisa de falsa que acaba de lanzarme, creo que prefería que hubiese seguido sin mirarme.

- No, Jota, no es...
- No le importa, ¿a que no? -y dale con la sonrisita.
- Para nada. Es verdad que ya estábamos terminado y seguro que tu plan implica mucha más diversión que el que podría proponerle yo.

Me río, porque en el fondo me hace gracia la situación y porque me relaja comprobar que Enzo sólo coqueteaba un poco conmigo, pero nada más.

Me hubiera gustado que me besase, pero no sé dónde podría llevarnos eso, ni si es de los que al día siguiente hacen una montaña de un grano de arena.

Odiaría sentirme incómoda con él después de un polvo, porque es obvio que Enzo va a pasar mucho tiempo con nosotros.

A lo mejor la tal Irene me ha salvado de mí misma, porque lo que sí que os aseguro es que si llega a haber beso, me lo llevo a casa y le hago llegar al cielo. Dos veces.

Me pongo de pie y cojo mi bolso.

- Pasadlo bien, chicos. Imagino que ya te vea a la vuelta del puente - miro a Enzo con una sonrisa de medio lado y una ceja levantada.
- Sí.
- Genial. Dile a Ga que, si el finde no tiene planes con Beto, me pegue un toque.
- Claro -tiene el ceño algo fruncido y cara de resignación.
- Encantada, Irene.
- Igualmente... Jota, ¿no? -la cara de triunfo que se le ha quedado es como para plasmarla en un retrato.
- Jimena, sí. Hasta luego.
- Adiós,

Y dejo allí a Enzo, con Irene colgada de su brazo hablándole encantada.
No me giro al dirigirme a la barra ni al escucharla a ella detrás de mí saliendo del restaurante, pero estoy segura de que él me mira a mí.

Enzo

Mi antigua pandilla había montado un puente *remember* con la excusa de mi vuelta. Traducido al castellano, esto significa que habían buscado un pueblo a un par de horas de Madrid que tuviese algo de vidilla, pero que fuera lo suficientemente pequeño como para no vernos obligados a salir mucho de la casona para hacer turismo.

Este idílico paraje había sido encontrado por Álvaro en Villabrágima, una población de Castilla y León, de la provincia de Valladolid, que contaba con más habitaciones que colegas éramos, pero tenía barbacoa y *play station*, así que no hubo mucha queja al respecto.

- Vale, ya sé que no hay plan de salir mucho por ahí, pero la distribución de los cuartos es fácil. Somos cuatro solteros y tres casados, así que las habitaciones de matrimonio para nosotros y las dobles para los pringados.

Seis minutos ha tardado en pensar en traer una tía a la casa. Fer ha superado su propia marca. Pero es que por algo es el soltero de oro de la pandilla.

- Yo no estoy casado -protesta Alfonso.
- Ya, pero tienes novia desde hace siete años. Para el caso... - Samuel, el otro pájaro libre de ataduras conyugales junto con Álvaro, le palmea la espalda como quien da el pésame a alguien.
- Oye, no me jodáis, que hemos venido a estar juntos unos días. Dejad de empezar a pensar con la polla según pisamos el pueblo -ya me estoy temiendo las incursiones nocturnas a los bares de por allí en plan caza y captura.
- Yo sólo he venido aquí a dormir tres noches seguidas, que ya no

me acuerdo de lo que es eso -el pobre Juan acaba de ser papá otra vez. Tres críos en seis años... hay que estar loco.

- No te quejes, que verlos reírse compensa de sobra la falta de sueño -Rodrigo aún es optimista con la paternidad. Claro que sólo tiene una niña. Vero y él aún están en mayoría con respecto a su prole. Juan ya perdió esa partida.

Empezamos a repartir cuartos y a deshacer maletas.

Cuando terminamos, repasamos los juegos que hemos traído para la consola y las películas que aportamos cada uno.

Hacemos una lista de la compra -que básicamente se compone de embutido, alcohol y pan- y optamos por acercarnos al súper y dar una vuelta por el pueblo después a ver si encontramos algún bar cercano que ofrezca un menú decente para el mediodía.

Con la nevera y el estómago llenos, decidimos echarnos una siesta.

A medida que nos vamos despertando nos reunimos alrededor de la *play*, donde ya hemos ubicado nuestro cuartel general. Hay más cojines por el suelo que encima del sofá.

A las siete de la tarde, Samu empieza a poner las primeras copas. Es lo bueno que tiene estar de vacaciones, que te vuelves un poco más laxo con los horarios a los que se debería o no tomar alcohol.

Cuando Álvaro escoge al Real Madrid en el Fifa y Juan al Barça, cada uno empieza a gritar y a animar a su equipo como si estuviésemos viendo una final de *Champions* auténtica. Nos vamos alternando los mandos y los cubatas no dejan de llegar de la cocina.

A las once, pensamos que sería buena idea cenar unos bocadillos antes de seguir bebiendo, por eso de no terminar abrazados todos a 'Braulio' esta noche.

La verdad es que estamos muy a gusto allí, así que decidimos que esa noche

podemos quedarnos en casa y pasar de fiesta fuera. Ya nos la montamos nosotros allí.

Con la cuarta ronda de gin tonics, llegan las anécdotas de las liadas que montábamos hacía unos años cuando nos juntábamos los siete.

Mis frases para ligar y las tías que se había llegado a ligar Fer eran los temas favoritos.

- ¿Os acordáis de aquella morena que le tiró la copa en la cara? - pobre Fernando. Pero la verdad es que liarse con ella e intentarlo con su hermana dos horas después no había sido muy buena idea.
- ¡Yo qué sabía que eran familia! No se parecían en absoluto nada.
- No fue peor que cuando este bobo se comió mis babas, y algo más, porque no se enteró de que la rubia de la Latina Turner me la había estado chupando en el baño -todos menos yo se descojonan. Esa aún se la tengo guardada a Álvaro.
- Eres un cabrón, ¿lo sabías?
- Nunca dije lo contrario.
- Se me cortó todo el rollo cuando me enteré. Me quedé a medias por tu puta culpa.

Seguimos así, metiéndonos los unos con los otros entre bromas y piques, hasta que cerca de las cuatro de la mañana decidimos retirarnos por esa noche.

No se lo reconoceré en voz alta, pero echaba de menos a esta panda de mamones.

Al día siguiente nos levantamos casi a la hora de comer y volvemos al bar del día anterior, porque la verdad es que tenían unas morcillas riquísimas. Hoy

parece que toca cocido. Cojonudo.

Por la tarde nos aventuramos por las calles del pueblo y nos entretenemos en un parque con columpios que invadimos para horror de los niños y los padres que hay cerca.

- Dejad el balancín, anda, que lo vais a joder y los pobres críos no van a tener dónde jugar luego.
- Joder, Juan, eres un papi coñazo. ¿Me vas a reñir también por no comer verduras? -Alfonso se queja demasiado, teniendo en cuenta que es muy probable que en un año o dos esté igual que él y que Rodri.
- Puede ser. Estoy seguro de que sólo comes mierdas.
- Tu conversación es fascinante.
- Seguramente tenga charlas mucho más profundas de lo que crees. Por ejemplo, ¿hace cuánto que no te preguntan a ti cuál es tu tercer pájaro preferido?

Todos nos echamos a reír.

Los padres del grupo nos cuentan algunas anécdotas de los enanos esa tarde y aunque protestan mucho por el trabajo que dan y lo cansados que están a veces, la realidad es que cuando hablan de ellos siempre lo hacen con voz de orgullo.

Esa noche sí que nos arreglamos para dejarnos caer por el ‘Chule’ y el ‘Felisín’. Ahí es nada.

No son las discotecas de la capital, pero ponen músicaailable, copas ricas y por la mitad de precio que en Madrid.

Como no somos de por allí, las chicas del pueblo nos tienen como una nueva atracción de feria.

Se acercan varias a hablar con nosotros. Tampoco me extraña. No voy a pecar de falsa modestia, somos un grupo de tíos que llaman la atención. Nos cuidamos y procuramos que se note.

Nos lo bailamos y nos lo bebemos todo. Un par de chicas muy monas que no tendrán más de 24 o 25 años me hacen proposiciones nada decentes, pero yo no estoy por la labor. Se las paso educadamente a mis amigos y sigo riéndome con Alfonso y Rodri de las técnicas tan depuradas de nuestros colegas para ligar.

Esa noche, nos metemos en la cama pasadas las seis, aunque Fer y Samu lo hacen en compañía.

El dueño del bar ya nos saluda como si fuésemos clientes de toda la vida al vernos entrar por tercer día consecutivo en su local para comer.

En los cafés le preguntamos dónde podemos hacernos con algo de carne por allí. Hemos decidido prender la barbacoa esa tarde para preparar una buena cena de despedida.

Cargados de hamburguesas, panceta, chorizos, salchichas y morcillas, nos dirigimos de vuelta a casa para hacer la digestión tirados en los sofás.

Parece que acabamos de llegar de la matanza. Nos va a sobrar más de la mitad, pero es que somos así de brutos. Ande o no ande...

Mientras ponemos las brasas en la parrilla unas horas después, los dos que pillaron anoche nos cuentan sus hazañas. Todos los jaleamos como a héroes.

Hablan de volver a quedar con ellas esa noche para despedirse y nos insisten a Álvaro y a mí para que los acompañemos, porque las tías les dijeron que iban a estar con unas amigas por los mismos bares de ayer.

- A mí no me apetece demasiado.

Cada vez que pienso en estar con una mujer, sólo consigo imaginarla con rizos rubios y unos ojos enormes y verdes. No quiero sustitutas baratas.

- Eres un abuelo, macho.

- Sí, sí, sí. Lo que digáis, pero si no hay ganas, no me vais a

convencer.

Fer me abuchea y Samu me llama desgraciado. Pero no insisten. Nunca hemos sido de presionarnos los unos a los otros.

- ¿Cómo se llama? -Álvaro se acerca por mi derecha y me habla bajito, para que los demás no nos oigan.

- ¿Cómo?

- La tía por la que andas suspirando, esa por la que ayer pasaste olímpicamente de las dos niñas que te tiraban los trastos de manera nada sutil. ¿Cómo se llama?

- No hay ninguna tía.

- Ya. -Da un trago largo a la cerveza que tiene en la mano -Mery.

- ¿Eh?

- Bueno, se llama María, pero yo la llamo Mery. Estamos liados desde hace sólo un mes, pero... es diferente. Me gusta de verdad, no quería cagarla con ella. Ni siquiera sé si va en serio, pero ayer me pareció que debía guardarle las espaldas, por eso no entré a jugar.

Es... alegre. Bueno, decir alegre es como decir que el mar es grande. Es como un sol que va iluminando todo cuanto toca. Siempre está sonriendo y lo contagia. Cuando estoy con ella, solo quiero reír. Es diferente a todas las que me he encontrado hasta ahora.

Vaya.

Es cierto que pensé que era raro que Álvaro estuviese tan centrado en permanecer al lado de la barra con Rodri y Alfonso, pero no imaginé que era porque estaba en una situación parecida a la mía.

Imagino que no se lo haya contado a ninguno de estos aún y por eso ha aprovechado que estoy al mando de la barbacoa, algo apartado, para venir a sincerarse. No quiere gafarlo.

- Suena serio.

- No sé si es serio o si pasará de mí en dos meses más. Pero lo que sí tengo claro es que voy a estar a su lado todo el tiempo que ella me deje. Si tiene que ser un 'para siempre', pues iré comprando las perdices para la cena.

Ambos nos echamos a reír con ganas. No me imagino a mi amigo así de pillado. Siempre fue uno de los 'cuatro jinetes' del grupo, aunque también es cierto que yo no ando por un camino muy diferente... creo.

- Jimena.
- Bonito nombre.
- Es que es una bonita mujer.
- ¿Te gusta mucho?

La carcajada que me sale me suena irónica hasta a mí.

- Tanto, ¿eh?
- Gustar no es la palabra que usaría.
- ¿Y cómo lo describirías tú?
- No sé. Ella es... especial. No se esfuerza en parecer sexy o interesante, simplemente es que no puede evitar serlo. Es sincera, abierta, preciosa. Siempre que estoy a su lado me siento cómodo, como en casa.

Nunca me había pasado eso con una mujer. Todo fluye y es sencillo cuando estamos juntos, como si nos perteneciéramos el uno al otro.

Es extraño. Estuve mucho tiempo con Lucía y nunca me pareció que lo nuestro fuese fácil, pero me acostumbré a tener que luchar por una relación. Cuando estoy cerca de Jota siento que todo es como debería ser. Fácil, natural y bonito.

- ¿Estáis juntos?
- No. Ni siquiera nos hemos besado. La cagué justo antes de venir.
- Pues arréglalo.

- Vaya, qué fácil. ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes?
- Sí es sencillo. Insiste. No te rindas tan rápido.
- No me rindo, pero...
- ¿Merece la pena?
- Creo que sí.
- Entonces es fácil.

Jodido Álvaro con su jodida verdad.

Pues nada. A por ella.

Enzo

Habían pasado diez días desde el *Irenegate*.

Así había decidido llamar a la mierda de noche en la que en vez de terminar besando a una mujer bonita, interesante, risueña e inteligente, terminé rechazando educadamente a otra que no me interesaba lo más mínimo en la boca de metro más cercana al *Tixirimiri*.

Gael no me comentó nada del ‘no beso’ en los siguientes días y yo tampoco quise sacar el tema. Supuse que si Jota no lo había sacado a colación quizás era que yo me había imaginado lo que no era. A fin de cuentas, me animó a irme con otra tía.

Pero no. Yo lo noté. Ella supo que iba a pasar, y aunque luego se comportó como si la diera igual que apareciese Irene, sentí que deseaba que fuésemos más allá tanto como yo.

Creo que he analizado todas las posibilidades unas quince veces desde diferentes perspectivas. Para que luego digáis que son las mujeres las que dan vueltas a las cosas. ¡Ja!

Pero vamos, que estoy como hace una semana: sin saber qué pasó esa noche por la cabeza de Jimena ni lo que hacer ahora.

Mi hermano sólo ha quedado con ella una tarde entre semana y como no me lo dijo con antelación, no pude apuntarme.

No me he atrevido a llamarla para quedar a solas. Lo sé. He vuelto a mis quince años. Tanto que cuando Gael me dice que si nos pasamos por su casa esa tarde para raptarla después del trabajo e irnos a tomar algo, empiezan a sudarme las manos.

- Casi no he visto a las chicas esta semana. He quedado mucho con

Beto y ando muy *missing*. Nit hoy cena con la familia de Javi y los chicos querían sábado tranquilo, se han ido al cine a ver una de superhéroes. Pero me apetecía ver un rato a Jota y que me cuente chorradas de sus niños.

- Sí, bien. Puedo acompañarte, si quieres -creo que el tono indiferente me ha quedado demasiado Bogart.

- ¿Qué puedes acompañarme? Vente si te da la gana. Estás más rarito, tú...

- Bueno, pues me pego una ducha y voy, que estoy harto de estar metido en casa.

Me falta preguntarle a Gael qué tal estoy cuando salgo vestido de la habitación.

Llegamos a casa de Jota en un cuarto de hora. Sólo son las ocho pasadas, así que no sé qué plan haremos. Igual terminamos en casa de Yaya un sábado por la noche.

Acabo de pasar de los quince años a los setenta, estupendo.

Gael saca las llaves que tiene del piso y abre sin más. Ya me estoy acostumbrando a que esa es la norma entre estos dos.

- Jotaaaaa. -Silencio -JOTAAAAA.

Nada. Ni un ruido. A lo mejor ha salido. Quizás tenía una cita.

Ya estoy empezando a rechinar los dientes.

Si estuviera con un tío Gael lo sabría. Calma.

Vamos avanzando por el pequeño pasillo que va a dar al salón y comenzamos a oír algo. Una canción.

Cuando entramos a la habitación más grande de la casa, vemos a Jota en la cocina. Es una de esas estancias abiertas, para crear sensación de amplitud.

Lleva puesta solamente una camiseta vieja holgada que se le escurre por un hombro, unas braguitas rojas y unos cascos gigantes azules con lunares

blancos.

Canta como una posea con los ojos cerrados, girando sobre sí misma y con una espátula en la mano.

- *“Seremos dos desordenados, un laberinto a descifrar; seremos dos que lo han logrado. Seremos fábula. Un libro abierto que han dejado, para que escribas el final, como aquel gato en el tejado. Seremos fábula”.*

Cada vez que da una vuelta el pecho le salta dentro de la camiseta y va sin sujetador. Lo sé porque me he fijado mucho y porque distingo los pezones. He pensado mucho en ellos estos días. He pensado en ellos en la ducha, he pensado en ellos en la cama y hasta he pensado en ellos en el sofá las noches que Gael ha salido con Beto.

Me estoy poniendo duro y eso puede ser un problema. No quiero que mi hermano lo note. Menos aún ella.

Jota sigue sin enterarse de que estamos allí. Si llegamos a ser unos ladrones, nos había dado tiempo a desvalijar medio piso antes de que Juan Dorá terminase de hacerle los coros.

Entonces me doy cuenta de por qué tiene la espátula en la mano. Está cocinando.

Veo cómo se acerca a una sartén e intenta sacar algo de ella. Un poco de aceite salta en ese momento y ella pega un grito y da un saltito hacia atrás de forma muy cómica. Gael y yo nos reímos y mientras se frota el brazo donde se ha quemado, se da la vuelta y al fin repara en nosotros.

- Anda, ¿cómo vosotros por aquí?

Se baja los auriculares y los deja apoyados en su cuello. No me extraña que no se enterase de nada; oigo la música desde el salón.

- Te tenía muy abandonada. Quiero plan divertido y nuestro.

- Mmmmmmm, vaaaale. Déjame que piense.

Se sienta en la encimera y se muerde el nudillo del dedo pulgar. Parece que a nadie le incomode que ella esté en bragas, así que yo me hago el loco.

- Aparta eso del fuego, anda, que se te va a quemar la cocina -Dios, qué padre he sonado.
- Uy, sí. Además, están para tirar.
- ¿Qué se supone que son? -me asomo a la sartén, pero no consigo diferenciarlo.
- Buñuelos. Es la primera vez que pruebo a hacerlos y me da que no es tan sencillo que suba la masa como yo creía.
- ¿Unos bolos? -se ve que Gael pasa de postres.
- Puf, no. Qué pereza.
- Pues propón tú, lista.
- A ver qué te parece: si me visto de prisa nos da tiempo a ir a cenar algo rápido al *Gato Canalla* y cruzar luego al Teatro Rialto a las ‘Noches del Club de la Comedia’.
- Ve arreglándote que miro por Internet si hay entradas. Tienes veinte minutos.
- Me sobran cinco.

Entramos por el restaurante a las nueve de la noche. Los tres hemos hecho el camino entre bromas sobre la relación de Gael con Beto y anécdotas de relaciones fallidas de mi hermano, y como veo a Jota muy relajada conmigo, me voy calmando.

- Es que tú llevas dos años fuera, Enzo, pero tenías que ver el currículum que gasta aquí el amigo.
- No es para tanto.
- Tío, te enamoras del palo de una escoba.

- No es verdad. Lo que pasa es que soy un romántico.
- Y un solete que cree que todo el mundo es bueno. Y lo que yo te quiero por ello, coña -le abraza y le besa como una loca y yo me río disfrutando de ambos.

Durante la cena sacamos a relucir los mayores ridículos que hemos hecho por el sexo opuesto en nuestras vidas, las conversaciones más surrealistas que hemos tenido en una cita y las peticiones sexuales más estrambóticas que nos han hecho.

Nos atragantamos con el vino de la risa y hasta el camarero tiene que llamarnos la atención para que bajemos la voz.

Txabi Franquesa, Nacho García y Maribel Salas alargan las carcajadas hasta pasada la una de la mañana. Los monólogos son buenísimos y las dos botellas de verdejo que nos hemos metido entre pecho y espalda, también ayudan.

Cuando salimos del teatro y nos encaminamos hacia casa de Jota para dejarla sana y salva en su portal, yo sólo puedo pensar en que quiero que todas mis noches sean como esa. Con gente a la que quiero y que me hace reír.

Y cuando Jimena se inclina sobre mí para abrazarme y darme un beso algo más largo de lo que se consideraría normal, cambio de opinión y deseo más noches con ella entre mis brazos.

Jota

- No sé por qué narices me he dejado engañar para esto.
- Porque eres mi mejor amiga, me amas y no querías dejarme sola con Álex toda una *masterclass* de tango.
- Deberías de dejarle claro a ese pobre chico que no quieres nada con él, Jota.
- Nit, lo sabe de sobra. Él nunca se me ha lanzado ni me ha insinuado algo de manera directa. ¿Qué hago? ¿Mandarlo a la *friendzone* de manera preventiva sin que haya hecho nada?

Ana chasquea la lengua contra el paladar en señal de disgusto, pero se calla porque sabe que en el fondo tengo razón.

Todos sospechamos que a Álex le gusto como algo más que una amiga, pero jamás se ha propasado o ha hecho algo que pudiera poner en peligro nuestra amistad o la unidad del grupo.

Imagino que eso se debe a que, aunque soy una tía cariñosa por naturaleza, nunca le he dado pie a nada. Me cuido mucho de mantener las distancias necesarias con él.

Es una pena que no me atraiga lo más mínimo, porque es un cielo de chico. Pero es que lo miro ahí parado, atendiendo a la explicación de los profesores de baile y...nada.

Sin embargo, cuando me fijo en el moreno que está a su lado, me relamo.

Me extrañó muchísimo que Enzo se ofreciese a sustituir a Gael cuando este se cayó del plan de nuevo por quedar con Beto, aunque no me molesta para nada el cambio.

- Ya sé que no vas a rechazarlo a lo loco, pero es que me da pena,

Jota.

- Joder, ¿y qué hago?

- Nada. Si no es culpa tuya. Que ya lo sé. No estoy echándote la bronca. Pero es que encima viene hoy Enzo y tú pareces un dibujo animado. Falta que te salgan estrellitas de los ojos.

- Exagerada.

- Sí, exagerada...

- Bien, clase. Nos ponemos por parejas y nos colocamos a lo largo y ancho de toda la sala -el profesor da unas palmadas para acabar con los murmullos que los asistentes hemos levantado por corrillos.

- Jimena, ¿bailas conmigo? -Enzo es más rápido que Álex, pero no le sirve de mucho.

- No, campeón. -¿campeón? Si después le llama 'muchachote', yo me tiro al suelo y salgo de allí haciendo la croqueta -Jota se había apuntado conmigo.

- Ay Álex, pero yo había pensado que tú me ayudarías a mí. Que vosotros ya sabéis bailar y si nos juntamos los dos que no somos capaces ni de girar sobre nosotros mismos, no vamos a adelantar nada. Por favor.

En serio, AMO a Nit.

- Pero...

- Igual sí que es mejor idea, ¿no? -la cara de decepción que me pone mi amigo hace que me sienta como una bruja.

- Como queráis.

- Gracias, Álex, eres un sol.

- Ya.

Enzo me coge de la mano sin dar demasiado tiempo a cambios de opinión y se coloca algo separado de esos dos.

Atendemos a las explicaciones de la pareja de bailarines que nos muestran los cuatro primeros pasos del tango clásico, bastante sencillos. Tenemos que repetirlo unas cuantas veces antes de que nos enseñen cuatro más, y así hasta los 16 que conforman un baile convencional normalito.

A Enzo se le da mejor de lo que pensaba. Mientras baila no se mira los pies ni cuenta los pasos. De hecho, está bastante pendiente de mí y me sujeta con una fuerza que me pone un poco nerviosa.

- Se te da bien.
- Ya lo había bailado antes.
- Ah, ¿sí?
- Sí. En la época en la que mis padres recorrieron medio mundo, mi madre se enamoró de este baile en Viena. Argentina es considerada la cuna del tango, pero en Austria también se estila mucho.
- No tenía ni idea.
- Cuando yo era un niño y ella bailaba con mi padre en alguna fiesta, yo me quedaba fascinado y cuando tendría unos 10 u 11 años, le pedí que me enseñara.
- Vaya, vaya. No te tenía por un Fred Astaire frustrado -se ríe por el comentario.
- Hay muchas cosas de mí que aún no sabes.
- ¿Y me las vas a enseñar?
- Si me dejas, me encantaría.
- Oye, y ¿por qué no has dicho que sabías bailar tango? Igual podías haber ayudado a Nit más que Álex.
- Es que no quería bailar con Ana.
- Aaaaah. Así que esto era un malvado plan para arrimarme cebolleta.
- No es malvado. Y no estoy arrimando nada. Eres tú la que se pega

a mí.

- ¡Qué mentira!
- No pasa nada, tranquila. Sé que es difícil resistirse a mis encantos.
- Suerte que yo soy de hielo.
- El hielo se derrite.
- Sí, con fuego. Y cuando juegas mucho con él, además, sueles acabar quemada.
- Además de bonita, ácida y rápida. Para, o me enamoro.
- Y eso sería horrible.
- Completamente.

Entre el tonto que nos traemos, el tiempo se nos pasa volando y el profesor empieza a explicar los cuatro últimos pasos para que los retengamos y los repitamos, de forma que después podamos hacer el baile de corrido.

Los hemos hecho ya tantas veces que los ocho primeros nos salen un poco de forma automática. Pero al llegar a la última parte soy yo la que me pierdo un poco, pero me doy cuenta de que con Enzo todo es más sencillo. Si me dejo llevar, es él el que marca el ritmo de los pasos de baile y a mí me salen de una manera mucho más natural.

- Y además de tango, ¿bailas otras cosas?
- Me defiendo con bachatas y salsas.
- ¡Vaya!, a lo mejor podíamos ir un día a bailar para verte en acción.
- ¿Ves como soy irresistible? Ya estás hasta pidiéndome una cita.
- No se me ocurriría. Siempre que saliese contigo tendría que preocuparme de llevar carabina, por si aparece algún ligue antiguo y me quedo colgada y con ganas de mambo. Del baile, claro.
- Ouch. Tiras a dar.
- Sólo cuando me lo ponen tan fácil como tú.

Me sorprende hasta yo, pero no hay tensión en la conversación. Estamos

cómodos juntos y disfrutamos picándonos. Me gusta el tira y afloja que nos traemos, me estimula. No me importa si a veces él queda por encima de mí, o si soy yo la que tengo la última palabra. Sólo quiero que no acabe.

- Pues parece que Enzo sí sabía girar sobre sí mismo -la clase ha terminado y Álex está a nuestro lado.
- Sí, me he quedado alucinada cuando te he visto empezar a bailar como si nada -Nit también ha llegado a nuestra altura.
- Siempre tienes que esconder un as en la manga con la que dejar al público boquiabierto.
- Ya se ve que te gustan las trampas.
- ¿Quieres decirme algo, Álex?
- Unas cuantas cosas...

La forma de mirarse de esos dos no es nada amistosa, así que prefiero cortar por lo sano y propongo ir a buscar a Javi a la salida de su trabajo y tomar una cerveza todos juntos.

La idea no parece emocionarlos, pero creo que ninguno quiere retirarse y dejar el camino libre al otro.

Sé que quizás debería tomar la iniciativa y hablar con mi amigo para explicarle que yo no lo veo de la misma manera que él a mí, pero me da pánico que no se lo tome bien y cree un conflicto en el grupo. Por nada del mundo querría que Álex se alejara de nosotros. En ocasiones los hombres no se toman demasiado bien que una mujer solo esté interesada en ellos como amiga.

Por desgracia, lo sé muy bien.

Y me siento mal por él, pero lo cierto es que yo me marché de allí pensando únicamente en lo mucho que me gustaría que Enzo me volviera a sacar a bailar.

Entré en casa llorando tanto que casi me tropiezo con el mueble de la entrada y causo un accidente.

Yaya se asomó preocupada por la puerta de la cocina. Hacía unos meses que había cumplido los 17. Mi pobre 'abuela' estaba aprendiendo aún a manejarse con una adolescente llena de hormonas, confusa y muy atolondrada. Este tipo de estallidos le traían por la calle de la amargura, pero aseguraba que los iba a echar de menos cuando me independizara en seis meses para empezar la Universidad.

- Cariño, pero ¿qué ha pasado?

- El imbécil de Rubén Sáez, que ha ido diciendo por todo el instituto que soy una puta y una estrecha porque intentó meterme mano y no me dejé.

- Ah...

Pobre Yaya, ella era una mujer muy moderna, pero supongo que hablar de estas cosas con alguien a quien tú ves como una cría, nunca es fácil

- Y, ¿es verdad?, ¿habéis estado juntos?

- ¡No! ¡Qué asco! Ese tío es un creído y un subnormal. No dejaría ni que me respirase cerca. Intentó entrarme hace tres meses y le dije que sólo quería que fuésemos amigos, pero parece que él tenía otros planes.

- Entonces no tienes por qué estar mal, cielo.

- Pero ¿cómo no voy a estar así, Yaya? Ahora todos se piensan que soy una guarra que se enrolla con ese asqueroso.

- Pero tú sabes que no es verdad.

- Ya, pero...

- ¿Te preocupa que lo crea alguien en concreto?

- Puede.

- Entiendo. Y, ese alguien, ¿tiene nombre de chico?

- Sí.

- Y supongo que piensas que ya no va a mirarte de la misma forma.

- ¿Cómo iba a hacerlo? Pero de verdad que yo quiero estar con él, no con Rubén.

- Bien, pues entonces lo que tenéis que hacer es hablarlo. Si le importas te creará a ti.

- ¿Y si no?

- Es igual de imbécil que Rubén Sáez y no merece ni que pienses en él.

La vehemencia con que lo dijo consiguió que me riera y que un surco de babas se me escapase de la boca. Eso le hizo reír a ella y mi drama me pareció menos importante en ese momento.

- A veces es difícil ser tan valiente como para abrir tu corazón a un chico sin tener ninguna red de seguridad.

- A veces la recompensa merece la pena.

En ese momento recuerdo que pensé que de verdad esperaba llegar a ser, algún día, igual de sabia que las mujeres que habían formado parte de mi vida.

Gael

Hace mes y medio que estoy saliendo con Beto y estoy como en una nube rosa y blandita.

Es un tío cariñoso y guapísimo. Si es que parece un surfero salido de California para meterse en mi corazón.

Soy un moñas. Lo sé. Dejadme en paz.

La verdad es que ando tan en modo Oso Amoroso que en este tiempo he descuidado a la panda y me da un poco de rabia. Odio a esos tíos que cuando se echan pareja desaparecen, así que me niego a convertirme en uno. Por eso le he dicho a Beto que me gustaría que la próxima semana, aprovechando que llega junio y hace buenísimo, nos fuésemos todos a pasar un día a la Warner.

A Jota y a Nit les ha entusiasmado la idea. Hablo tanto de mi chico en nuestras cañas de los miércoles que es como si ya le conociesen.

Y Enzo...pues está feliz de verme feliz.

Me preocupaba un poco estar dejándole solo estas primeras semanas de su vuelta, pero la verdad es que mantiene el contacto con su anterior pandilla y quedan a menudo. Además, ha hecho muy buenas migas con mis amigos. Javi y él han quedado un par de veces solos, y se ha ido al gimnasio con Edu a probar algunas clases.

Jota y él han quedado mucho últimamente. Cada vez veo más confianza entre ellos. Me mosquea un poco, porque me huelo por dónde va la cosa. Tengo ojos, y encima ninguno de los dos ha estado con nadie desde hace más de un mes.

Bueno, ya son mayores. Ellos sabrán dónde se meten. No voy a andar detrás de ellos como una niñera. Cuando haya algo que contar, imagino que lo

hagan.

Estoy arreglándome porque es viernes y le he propuesto a Beto acercarnos hasta las terrazas de Salvador Bachiller de Monterera.

Voy con prisa porque me he entretenido preparando unas actividades para los enanos de mi guardería y aún estoy sin duchar.

Cuando salgo, aún con la toalla alrededor de la cintura y con el pelo empapado, llaman al timbre.

Miro la hora. Mierda. Voy MUCHO más tarde de lo que creía.

Veo por la mirilla a mi hombre, perfecto, con unos chinos beige, una camisa azul Oxford remangada, un cinturón de piel marrón y unos *wingtips* del mismo color. Me lo comería.

Le abro y se me queda mirando con las cejas levantadas, en una interrogación que no llega a realizar.

- Lo sé, no tengo perdón de Dios. Me he liado solo. Perdón.

Le doy un beso rápido y me dirijo corriendo a la habitación antes de que pueda reñirme.

- Hombre, si vas a recibirme siempre así, a lo mejor deja de importare que me hagas esperar.

¿Soy yo o viene de humor? Ya me entendéis...

Me doy la vuelta sonriéndole y él se acerca despacio. Me coge los bordes de la toalla y empieza a desenroscarla de mi cintura.

Me quedo desnudo y empalmado en menos de un minuto.

Beto se aprieta contra mi pecho, violándome la boca con su lengua.

Empieza a mojarse la camisa porque no había tenido tiempo de secarme bien, así que se separa un poco de mí para quitársela. Aprovecho la invitación y le desabrocho el cinturón y el pantalón.

- ¿Sabes que llevo cinco días sin tenerte dentro de mí?

Estamos en esa fase de la relación que una semana equivale a una sexta parte

del tiempo que hemos estado juntos, así que cinco días es una eternidad.

- Eso tiene fácil remedio. Date la vuelta.

Beto ya se ha deshecho de los pantalones y le agarro del pelo para tirar un poco hacia atrás y llegar a su cuello, que muerdo de forma nada suave.

Sé que le gusta que sea brusco.

Con la mano que me queda libre, bajo acariciando su vientre hasta que llego al elástico de sus bóxer. No me hace falta meter la mano. Está tan duro que su cabeza ya empieza a asomar por la parte superior de la goma. Le quito la única prenda que aún conserva puesta y empiezo a acariciar su sexo arriba y abajo, masturbándole despacio.

Cierra los ojos y apoya la cabeza contra mi mejilla.

Acelero el ritmo y empieza a jadear. Decido que es el momento de empujarle contra la cama y dejarle expuesto para poder jugar en su entrada.

No me hace falta mucha preparación para poder meter dos dedos despacito y hacer que se vaya acostumbrando a mí.

Alcanzo el lubricante de silicona y los preservativos que guardo en la mesita de noche y lo empapo bien.

Entro despacio, parando cada pocos centímetros para que él se adapte y también disfrute. Cuando me detengo por segunda vez, él mismo echa el culo hacia atrás para tragarme de golpe y suelto un gruñido tan gutural que suena más a animal que a humano.

No me controlo bien y embisto con más fuerza de la que pretendía, pero lejos de quejarse, él me anima entre gemidos.

Lo tengo a cuatro patas en el borde de la cama y yo le sujeto por la cintura, de pie detrás de él. Le agarro tan fuerte que noto los huesos de la cadera clavándose en mis manos.

No sé el tiempo que pasamos así. La mente se me queda en blanco y sólo puedo pensar en el placer que me da follarme a Beto.

Después de un rato que a mí se me hace muy corto, le aviso de que no aguanto más. Como respuesta, vuelve a hacer fuerza contra mi pelvis, devorándome por completo.

Aprieta fuerte para que no pueda separarme y yo no paro de gemir y gritar su nombre.

Cuando termino de descargar dentro de él, me desplomo sobre su espalda y voy besando la línea que dibuja su columna.

Él sonrío y se separa de mí. Se levanta y me besa en los labios.

- Voy a por algo fresco para beber y luego puede que necesite darme un agua antes de salir -se marcha sonriente hacia la cocina, pero le alcanzo cuando está cerrando el frigorífico.
- Espera a tener motivos reales para ducharte.

Cuando estaba saliendo de la habitación me he dado cuenta de que él aún iba con una erección descomunal y no pienso dejar que se quede así.

Le quito la botella de agua de las manos y la dejo en la encimera, donde apoyo a Beto. Me pongo de rodillas y me meto de golpe en la boca todo lo que puedo. Aguanto así unos segundos hasta que me falta el aire y me la saco para empezar a mordisquear con dulzura el prepucio. Sé que a él le encanta que juegue así.

Empiezo a imprimir a mis gestos un ritmo más rápido y Beto coloca su mano de forma instintiva en mi nuca y acompaña mis movimientos, marcando la velocidad.

Relajo la garganta para evitar las arcadas y me sujeto a su culo para tomar impulso.

Cuando noto que comienza a tensarse oigo unas llaves en la cerradura y unas risas demasiado cerca.

- ¡¡¡¡¡¡JOOOOOODER!!!!!!
- Ostias.

No pienso. Mi hermano y mi mejor amiga acaban de pillarme haciéndole una mamada a mi novio, que aún no conocen, en la cocina.

Me levanto y me pongo de pie para taparle, pero claro, ya he dicho que no pienso y no me doy cuenta de que yo también estoy desnudo.

- Gael, coño, ¡tápate!

Enzo se ha dado la vuelta, tapándose los ojos con una mano. Jota está tratando de contener un ataque de risa y la veo bastante encantada de la vida con la situación.

- Un placer

Se acerca con la mano extendida hacia Beto, que me ha seguido hasta detrás de la barra de la cocina.

La cabrona no puede lucir una sonrisa más grande.

- ¿Qué tal?

- Tan bien como tú no, desde luego.

Le falta preguntarme que si puede lamer un poquito la tableta de chocolate ella también. Pero mira, no hay mal que por bien no venga, gracias al descaro de Jota parece que Beto se relaja un poco y hasta echa una risita comedida.

- Jimena, ¿verdad? He oído hablar de ti.

- Llámame Jota. Yo también he oído hablar de ti, pero hay detalles que se me habían omitido.

Al menos esos dos se lo están pasando bien, porque yo estoy muerto de la vergüenza y puede que a Enzo le haya creado un trauma que nunca logre superar.

- Vale, venga. Yo prometo presentarme en condiciones otro día que llevemos la misma cantidad de ropa encima, pero también es un placer.

Eso es lo más parecido a una broma que podría hacer mi hermano ahora mismo, aunque siga de espaldas, y en ese momento lo adoro por intentar ponerme las cosas fáciles.

- Lo siento, tío. Íbamos a irnos, pero nos hemos liado y...
- Ya, ya. Si no hace falta mucha explicación. Otra vez, deja las llaves echadas por dentro, anda. Nosotros nos piramos -tira un brazo hacia atrás buscando a tías a Jota, que sigue poniendo ojitos a Beto.
- ¿Tú eras gay o bi? -sí hombre, lo que me quedaba.
- Llévatela, Enzo -mi chico ya se descojona sin disimulo.
- Jotaaaaa, venga.
- Aguafiestas. Saco de marcha a tu hermano mayor a ver si bebe lo suficiente como para olvidar. Te lo devuelvo mañana.
- O pasado. Igual no paro de beber hasta el domingo, para asegurarme la amnesia.
- Pasadlo bien y hasta otro día -se despide Beto, que ya no disimula que la situación le hace gracia.
- Hasta cuando quieras tú, bombón.
- Jotaaaaaaa.
- Que sí, que sí. Que ya dejo en paz a tu chico. Si no te gusta que lo mire, no me lo pongas desnudo en la cara.
- En eso tiene razón, cariño -bah, estos dos ya se han hecho coleguitas.
- Disfrutad.

Y Beto y yo volvemos a quedarnos solos. Pues ya que estamos, digo yo que podemos terminar el asalto...

Enzo

Jota llama a Ana antes de llegar al ascensor.

- Con todo al aire, Nit. Tooooooodo.

Me encanta oírle reírse así.

- ...

- Ya, pero las fotos que nos ha enseñado de su Facebook no te dejan ver lo que he visto yo hoy. Que en ese abdomen se podía lavar la ropa a mano, y llevaba perchero incorporado para tender.

Ahora al que le da la risa es a mí. ¡Qué bruta puede llegar a ser a veces esta mujer!

- ...

- Bueno, ¿no os apuntáis entonces? Enzo necesita alcohol en vena ya mismo.

- ...

- Ok, pues hablamos mañana. Sed malos.

Cuelga y se gualda el teléfono en el bolso.

- ¿No se apiadan de mí?

- Nada. Que ya están con la peli elegida y el pijama puesto y que no tienen ganas de parranda. Que mañana se apuntan a quemar Madrid, pero hoy se quedan con el modo abuelitos 'on'.

- Pues prepara el hígado. Acaban de dejarte sola en la difícil tarea de hacerme olvidar el culo de mi hermano y el de su amante.

- Como por tu culpa también se me olviden a mí esos dos pedazos de culos, te mato.

De verdad que la adoro.

Cogemos la línea tres y en algo más de media hora nos plantamos en Sol. Nos decantamos por Huertas porque tenemos ganas de música de los 80 y los 90.

Entramos en *Sunset 80's* y empezamos con las rondas de mojitos de sabores. Cae una de los de sandía, otra de tropicales, también de melón y para la cuarta nos decidimos por el mejicano. Entran como agua.

Lo de los chupitos se me hace más duro, pero soy yo el que acaba pidiendo la tercera tanda.

Bailamos como locos, dejándonos llevar como sólo te sueltas cuando escuchas las canciones que adorabas en tu adolescencia.

Son sólo las doce de la noche y nos estamos animando a pasos agigantados, así que decidimos cambiar de garito y nos vamos a *La Lupe*.

Ponen música de hace un cuarto de siglo, sobre todo, pero lo divertido de este bar es que hay un millón de erasmus por metro cuadrado. Erasmus arriba, erasmus abajo.

Jota, que ya tiene la risa floja, intenta hablar con un grupo que viene de Birmingham. Mira que su inglés es bueno, pero no le entiendo dos palabras de cada tres.

Los pobres chavales están intentando ser agradables, pero se miran entre ellos como si se encontrasen ante la mismísima niña del Exorcista.

Decido librarles de esa terremoto y me la cargo al hombro como si fuese un saco de patatas. A pesar de las patadas, sólo la libero cuando llegamos de nuevo a la barra.

Las copas en este sitio son baratísimas, intuyo que el precio real lo pagaremos mañana con la resaca por el garrafón, pero de eso que se encargue mi yo del futuro.

A las tres de las mañanas nos echan de allí porque van a cerrar.

Hemos sabido ser responsables y llevamos nuestra segunda botella de agua

de la mano, aunque la bomba que tenemos encima creo que necesita algo más que eso para desaparecer.

Como Jimena va con bambas planas pensamos en ir andando hasta su casa para que nos dé un poco el aire.

Hacemos parada en boxes por el *Papizza* de Sol y emprendemos el camino con una porción de barbacoa y una de cuatro quesos que nos vamos dando a probar el uno al otro.

Jota va cantando algunos de los temas que han pinchado hoy y baila de una forma muy graciosa. Cada vez que nos topamos con un grupo de borrachos como nosotros, se para a hablar.

Nos va a dar tiempo a coger el chocolate y los churros al paso que vamos, pero me lo estoy pasando genial.

La verdad es que con Jimena no me aburro nunca.

- ¿Por qué me miras así? ¿Se me ha corrido el rímel y voy en modo mapache?

La “ch” se le escapa entre los labios formando una especie de siseo y me mira con los ojos muy abiertos y preocupada.

- No, no pareces un *mapashe*, tranquila.

- ¿Entonces?

- Sólo pensaba que entiendo por qué Gael te quiere tanto. Es fácil hacerlo, eres adorable.

- Adorable. Vaya, qué bien. Acabas de ascenderme de colega a hermanita pequeña.

¿Lo ha dicho molesta?

- Eres lo menos parecida a una hermana que puedo imaginar.

- Ya, seguro.

- Pero ¿estás de coña? ¿cómo narices iba a poder verte de modo fraternal? ¿tú te has visto?

- Así que... ¿te gusto? -se para en mitad de la calle.
- Si todavía no te has dado cuenta, debes de estar ciega.

Sonríe de medio lado con una mirada un poco borracha. Da un paso hacia mí y se para, como si se estuviera pensando algo. Entonces su sonrisa se vuelve más amplia y se muerde un poco el labio inferior. Termina de recorrer los escasos metros que nos separan y posa una de sus manos en mi entrepierna, acariciándola de arriba abajo. Mi respuesta es inmediata y suspiro, cerrando los ojos. Ambos notamos como mi polla responde a su contacto y el roce se vuelve más enérgico.

- ¿Te excito?

Se queda muy cerca de mi boca. Joder.

- Más de lo que me había excitado nunca ninguna mujer.

Pues ya no hay vuelta atrás.

- ¿Aún te encanto?

Me doy cuenta de que se está refiriendo a la noche que cenamos juntos en el *Txirimiri*. La noche del 'no beso'. La noche en que Irene lo estropeó todo.

- Jimena, ese día, yo no... yo...
- ¿Ibas a besarme?
- Sí.
- Pero te fuiste con ella.
- No. No como tú crees. La acompañé al metro y le dije que no íbamos a volver a vernos, que no era con ella con quien quería estar.
- ¿Y con quién quieres estar?

Se ha acercado aún más a mí y puedo oler la mezcla de su perfume y el ron que ha bebido.

Está jugando conmigo y yo diría que va ganando, porque estoy tan nervioso que me cuesta tragar.

- Contigo. Sólo contigo.

No hay mucho más que decir, así que recorro los pocos centímetros que les quedan a nuestras bocas para encontrarse y la beso.

¿Os acordáis de que Hollywood no nos mentía con eso de la gente que desaparece alrededor de uno mismo en momentos místicos? Pues tampoco es trola lo de los fuegos artificiales cuando te dan EL BESO, aunque coros celestiales no oigo, la verdad. Será que tienden a exagerarlo para enternecer al público.

No tengo ni idea de cuánto tiempo pasamos así. No me importa. No quiero que acabe.

Al separarnos, nos sonreímos y echamos a andar cogidos de la mano. Ambos sabemos lo que va a pasar, pero no tenemos prisa.

Paramos cada pocos pasos para besarnos de nuevo, haciendo nuestra toda la Calle de Princesa. Jota se pega a mi cuerpo cada vez que nos apoyamos contra una pared. Mi erección, que a estas alturas empieza a dolerme, no disminuye ni un ápice y amenaza con salir del pantalón si no la atiendo en breve.

El camino ha sido un mundo de salivas mezcladas y suspiros a media voz, pero cuando empezamos a acercarnos a su portal, la pasión empieza a ganar terreno.

Entramos en su casa pegados y con los pantalones de ambos desabrochados.

- Me muero por ti.
- No voy a parar nunca de besarte.

Estamos tan acelerados que el mimo por desnudarnos el uno al otro o el cuidado por hacer de aquella primera vez algo especial, se nos olvida.

Nos desvestimos nosotros mismos, dejando un reguero de ropa desde la entrada hasta la habitación, comiéndonos con desesperación.

Cuando Jota se queda con el pecho al aire, me lanzo sobre ella como si mañana mismo se fuese a acabar el mundo y tuviera que aprovecharla esa

noche.

Lamo sus pezones, los muerdo, los froto. Están durísimos. Tanto como yo.

Jimena se retuerce para quitarme la ropa interior y poder acariciarme, pero la aparto y la tumbo sobre la cama. Quiero dedicarme a ella. Llevo demasiado tiempo tocándome solo imaginándome cómo sabe. Necesito saberlo ya.

Cuando deslizo la palma de la mano por su monte de venus y no encuentro nada de vello que frene mi paso, casi cedo y abandono mi primera intención. Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para dedicarme a ella como quiero.

Abro sus piernas con delicadeza y voy besando el interior de sus piernas hasta hundir la nariz entre sus pliegues. Ella da un respingo y jadea.

Notarla tan cachonda me enciende aún más y me lanzo a devorarla. Hago círculos alrededor de su botón, que está hinchado y rosáceo. Jimena se retuerce y arquea la espalda, así que aprovecho para meter dos dedos dentro de ella.

Grita y mi lengua abandona por un momento su sexo para besarla con furia, aunque sigo masturbándola y apretando su clítoris con el nudillo del pulgar.

Noto que empieza a temblar y el estómago y los muslos se le contraen en pequeños espasmos. Me empapa la mano sin previo aviso y yo empiezo a mojarme al pensar en que se ha corrido sólo para mí.

Voy a levantarme a limpiarme, pero entonces ella me la coge y empieza a lamerme los dedos con vicio, mirándome a los ojos.

Bramo. No hay otro nombre para el sonido que se forma en mi interior. Me sale una especie de bramido ronco del pecho y la levanto en volandas para sentarla encima de mí y terminar ambos en el borde de la cama.

- En el primer cajón de esa mesa.

Adivina lo que busco y siguiendo sus indicaciones, cojo un condón mientras me masajea la polla con una calma que sólo consigue ponerme más nervioso.

Me lo coloco y cuando empiezo a meterme en ella despacio, Jimena se deja caer de una sola vez sobre mí, arrancándonos un grito de placer a ambos.

- No me gusta despacio.
- ¿Quieres que te folle fuerte?
- Tan fuerte que crea que me vas a romper.

Yo impongo el ritmo. Clavo los dedos en su culo y la empujo hacia adelante y hacia atrás a mi antojo. Ella se deja hacer, con la cabeza enterrada en mi cuello, amortiguando así los jadeos.

Estar dentro de ella es mil veces mejor de lo que había llegado a imaginar. La siento entera de una manera que no comprendo. Con cada suspiro que sale de su boca, creo enloquecer nuevamente.

Cuando creo que no voy a aguantar más, la pongo de pie para cambiar la postura y tomarme un respiro.

La tumbo de nuevo bocabajo y me coloco pegado a su espalda.

Pongo un cojín debajo de su pelvis y la embisto de nuevo.

- Oh, ¡por favor!
- Dios, Jimena...
- No... pares... nunca -sus gemidos llenan la habitación.
- Tócate, nena. Llega conmigo.

Jota lleva sus manos hacia la parte baja de su vientre y se queda apoyada en la colcha únicamente contra su mejilla. Se abre los labios con una mano y con la otra empieza a frotarse muy rápido.

No habrán pasado ni cinco minutos cuando siento que contrae todos los músculos que rodean mi verga. Se cierra para mí y noto el doble cada movimiento. Me voy en dos arremetidas más.

Giro sobre mí mismo para no aplastarla, me quito el preservativo, al que hago un nudo, y lo dejo en el suelo.

Me quedo mirando el techo mientras recupero el aliento. Jimena se hace un

ovillo a mi lado, enroscado sus piernas con las mías. Paso el brazo por detrás de su cuello y ella se acomoda en mi pecho mientras ronronea.

Pienso que debería levantarme a lavarme un poco, pero la respiración tranquila de Jota es como una nana que tengo que seguir.

Nos quedamos dormidos así: abrazados, sudados y felices.

A la mañana siguiente me despierta el sonido del agua corriendo.

Alzo la cabeza y veo que Jota no está ya a mi lado. De eso nada, no se va a escapar tan pronto.

Me levanto y me dirijo decidido al baño. Tiene una de esas bañeras con cortina, así que me meto por el lado contrario al grifo de la ducha y la agarro por detrás, deslizando las manos hasta sus tetas.

- Mmmmm. Buenos días, preciosa.
- Coño, ¡qué susto!
- ¿Esperabas a alguien más? -sonríó en su nuca.
- No. Ahora que me doy cuenta, el del contador del gas no me visita hasta el miércoles y con el de la carnicería he quedado mañana, así que... estoy libre para ti.

La última frase parece más un gemido bajito que una afirmación. Será por la zona por donde he decidido empezar a enjabonarla...

- ¿Te apuntas a un segundo asalto?
- Y a un tercero.
- Llama a Ana. Dile que hay cambio de planes y que hoy no van a vernos en todo el día.

Y es una promesa que cumplo.

El domingo por la mañana seguimos reclusos en su piso. Hemos pedido comida japonesa y mientras llega, le pido a Jota que toque una canción para mí.

Saca la guitarra del cuarto de invitados y me pregunta si quiero algo en especial.

- Lo que te apetezca.
- Así que vas a dejarme a mí tomar las decisiones... interesante.
- Bueno, yo ya me curré la conquista, ahora ya puedo relajarme.
- ¿Qué te la curraste tú? ¿Qué me estás contando?
- Hombre, perdona, pero clarísimamente caíste rendida ante mis encantos la primera noche que cenamos solos.
- Claro. Obvio. Por eso te animé a que te fueras con otra.
- Detalles.
- Uhum.
- Ayer ya solo recogí los frutos de este mes y medio de espera.
- Mira, Enzo, corazón, te voy a abrir las puertas a la mente femenina. Si una noche te vas a casa con una mujer y ella va depilada y con la ropa interior a conjunto no has ligado, te han ligado.
- ¿O sea que ayer pretendías seducirme?
- ¿Crees que soy Sharon Stone?
- Venga, contesta. ¿Ibas pensando en que pasase algo?
- No sé si lo llevaba pensado, pero no te voy a mentir: llevo un mes llevando la ropa interior del mismo color cada vez que quedaba contigo.

Estallo en carcajadas y ella me sigue. Me encanta que sea tan sincera. Es más fácil hablar con alguien así, sin tener que intentar adivinar lo que quiere o siente.

- Yo llevo fantaseando contigo desde la primera noche que te vi en

el cumpleaños de Gael.

- Pues lo del camarero te sentaría a cuerno quemado.
- No me lo recuerdes, anda. Esa mañana quise pegar un puñetazo a unas cuantas paredes. Pero mira, ahora vas a cantarme sólo a mí, así que ¡que le den por culo al chico ese!
- Calla anda. A ver si te gusta esta.

Se sienta sobre sus piernas en el suelo y al colocar la guitarra delante de ella, cubre todo su cuerpo.

Reconozco los primeros acordes de “Kiss me”, de Ed Sheeran. Me encanta esta canción, pero oírse la cantar a Jimena es... como si la oyera por primera vez.

Hay algo alrededor de ella cuando canta. Es especial. Todo mi cuerpo reacciona al escucharla y rezo porque la melodía no acabe nunca, porque cuando pare de rasgar la guitarra, se llevará la magia que ha creado con ella. Me mira mientras canta y yo quiero creer que no ha escogido esa canción por casualidad. Quiero creer que me pide de verdad que la bese como si creyese que ella quiere ser amada. Y como quiero creerlo, decido hacerlo.

Jota

- Sacamos los libros de colorear, *kids*.
- Sí, *teacher*.
- ¿Os acordáis de los colores que estuvimos repasando ayer?
- El blue.
- Y el yellow.
- ¡Red!
- ¡Green!

La clase ya se ha convertido en una batalla a ver qué niño sabe más. Esto me pasa a menudo. Hasta que consigamos empezar con la actividad pueden pasar diez o quince minutos tranquilamente.

Me lo tomo con calma. Es viernes, falta media hora para que termine mi jornada y Enzo va a pasar a buscarme para irnos con todo el grupo a cenar y conocer por fin de forma oficial a Beto.

Hace tres semanas que Enzo y yo “coincidimos” con el novio de Ga, pero él se empera en que eso no cuenta como presentación y que tenemos que salir de nuestra reclusión de vicio y fornicio para ir a cenar.

Yo encantada, que me muero de ganas.

Nit y Ga me vacilan mucho con lo de Enzo, pero en plan bien. Me daba un poco de miedo la reacción de Gael, la verdad. Y ya veis, resulta que está encantado de que “la pendón” de su amiga y el “cabraloca” de su hermano se hayan liado.

Ya lo de que nos metamos mano en público le resulta más incómodo, peeeero... ajo y agua. Ya me conoce, no voy a andarme yo con remilgos a estas alturas del cuento.

Después de que mis enanos se repasen toda la gama de tonalidades de Titanlux, consigo que saquen las libretas con dibujos en blanco y negro y les pido que elijan uno para colorearlo.

Voy pasando por las mesas para supervisar el trabajo y felicitarles cuando no se salen de las líneas.

- Estás dejando el vestido de esa mamá muy bonito, Isa.
- Gracias, pero no es una mamá.
- Sí lo es, cariño.
- No tiene ningún bebé.

Oigo que llaman a la puerta con suavidad y veo que Enzo ha llegado pronto. Como sólo quedan quince minutos para que termine la clase, le digo mediante gestos que pase y me llevo el índice a la boca indicándole que se quede en silencio y le señalo mi silla para que se siente allí.

- Pero está embarazada -continúo mi conversación con Isabel para que no presten demasiada atención a Enzo y se alboroten de más.
- ¿Qué es eso?
- Que tiene un niño en la tripa.
- ¿¿Se lo ha comido?? -escucho a Enzo intentar ahogar la risa.
- No, cariño.
- Y entonces, ¿cómo ha llegado ahí? -Ay Dios. Ya me he metido en un berenjenal.
- Pues... lo pone el papá.

No soy partidaria de mentir a los críos, pero no me corresponde a mí esa conversación. Podría hasta buscarme algún lío con los padres.

- ¿Cómo?
- ¿Y ese señor quién es? -bendito Jesús y su oportunismo.
- Hola, soy Enzo.

De repente, toda la clase se gira para observarle mejor. Es una novedad, y las

novedades son muy apreciadas en esa aula de pequeños cotillas.

- ¿Eres amigo de la *teacher*?
- Algo así.
- ¿Eres su novio?

Nos sonreímos incómodos. Malditos enanos, no me va a dejar tener el viernes en paz.

- No puede ser su novio porque la *teacher* se va a casar conmigo - qué caballero es Carlos.
- ¡Anda! ¿Que ya estabas ocupada y no me comentaste nada?

Se nota que Enzo no pasa mucho tiempo con niños. Le hace gracia cualquier conversación que surge con ellos.

- Hablas raro, pero me gusta -ay Mónica, cariño, qué buen gusto desde qué pequeña.
- ¿Tú vas a poner bebés en la tripa de la *teacher*?
- ¡Dios, no!

Me sale del alma. Es muy, muy pronto para pensar en Enzo como padre. Es demasiado pronto para pensar en Enzo como en nada.

- Pero ¿cómo se ponen ahí?
- Venga, ya vale de preguntas, que se va a terminar la clase y no tenéis casi ni empezados los dibujos. Os los vais a tener que llevar a casa para acabarlos.
- ¿Lo puedo hacer mientras veo la Patrulla Canina? -Carlos a lo suyo.
- ¿Te dejan tu mamá y tu papá?
- Si les digo que lo ha mandado la *teacher*, me tendrán que dejar.
- Anda, te has echado de novio al listo de la clase -mi mini pretendiente mira a Enzo asintiendo, con una sonrisa enorme en la cara.

Suena por los altavoces la musiquita que anuncia el fin de la clase. Todos los niños se ponen en pie y empiezan a recoger sus mochilitas. Luego, se las voy revisando una a una y miro que no haya nada olvidado en los percheros.

Las mamás y los papás empiezan a llegar para recogerlos y cuando el último abandona mi clase suelto un suspiro de tranquilidad y cojo mis cosas para salir al encuentro de mis amigos de la mano de Enzo.

La cena resulta un éxito. Beto enseguida se alía con Nit y conmigo para desesperar a Ga. No paramos de contarle cosas vergonzosas sobre él y el Ken Malibú que tiene por churri se retuerce de la risa pidiendo más.

Gael intenta contraatacar sacando a relucir mis peores hazañas universitarias y mis noches de borrachera más oscuras, pero no me importa. Me lo estoy pasando tan bien que hasta añado detalles de cosecha propia cuando Enzo se acerca atraído por los cantos de sirena que supone obtener detalles de mi vida que pueda usar para sacarme los colores más adelante.

Ha encajado bien.

Cuando termina la velada y algunos nos decantamos por seguir la noche tomando unas copas en plan tranquilo en el *Vaova* (sólo se retiran Javi y Edu, que tienen que madrugar al día siguiente), ya avisamos a Beto que está admitido en nuestra pequeña familia de dementes.

Para celebrarlo, nos regala un bailecito ridículo que las chicas no dudamos en seguir. Como no podía ser de otra manera, yo intento bajar más de lo que debería moviendo las caderas en plan sexy y me caigo de culo a los pies de Nit. Culparía a las copas, pero lo cierto es que estas cosas también me pasan yendo sobria.

Ga intenta disimularlo, pero está contento. Es importante para él que nos llevemos bien con su chico.

Dos gin tonics después, nos despedimos y cada uno coge rumbo a casa.

Enzo me agarra de la cintura y sin necesidad de preguntar nada, se encamina hacia la mía.

Jota

Abro los ojos. Apenas son las ocho y media, pero me he desvelado. Me pasa a menudo. Una vez que me despierto, me cuesta horrores volver a dormirme. Estamos a mediados de julio y la luz entra a raudales por las ventanas que ayer dejamos abiertas con la vana esperanza de que entrase algo de aire nocturno.

Enzo aún duerme a mi lado. Como él no tiene que trabajar hasta después de verano y Ga está en pleno apogeo amoroso con Beto, les dejamos vivir su romance a sus anchas. Es sólo por eso que Enzo pasa tantas noches en mi piso. Una cuestión práctica.

Bueno, eso y que llevamos casi dos meses juntos. Podemos querer no ponerle nombre, o fingir que somos amigos que se acuestan, pero la verdad es que sólo ha habido tres noches en este tiempo que no hayamos compartido cama. Nos besamos cada vez que nos vemos, me abraza por los hombros caminando por la calle y hemos salido en plan parejitas unas cuantas veces con Nit, Javi, Ga y Beto.

Vamos, que no voy a ser yo la que saque el “tú y yo qué somos”, pero porque no me hace falta. Que él no se haya acostado con nadie más en este tiempo y la forma en que sonrío cuando yo entro en una habitación, me dicen todo lo que necesito saber.

Una etiqueta no va a hacer que me sea más fiel o que tenga más ganas de verme.

Le miro dormir un rato más. Espero que no se despierte justo ahora, porque parezco un poco psicópata. Pero es que me encanta verlo así. Y os diré que tengo muchas ocasiones de hacerlo, porque él duerme muuuucho más que yo.

Creo que he llegado a memorizar los lunares que tiene en la espalda. Conozco la cicatriz de su torso y la pequeña marca de nacimiento en su antebrazo. Ya resulta natural para mí que me caliente los pies cada noche - que tengo fríos hasta en verano-, o rascarme la nariz contra su barba cuando me pica y tengo los brazos ocupados rodeando su cintura. Reconocería su olor entre un grupo de cien desconocidos, con los ojos cerrados. Hasta he llegado a la absurda conclusión de que mi cabeza encaja a la perfección en el hueco que forman su hombro y su cuello (claro que se acopla bien. Es un surco semiovalado... cualquier cabeza encaja bien, pero a las chicas nos gusta pensar que sólo la nuestra es perfecta para esa almohada que nos proporciona nuestro chico. Somos más felices así y no hacemos daño a nadie).

Me incorporo con cuidado y cojo el libro de José Luis Martín Vigil cuyas páginas ya amarillean y que me estoy relejendo por novena vez en mi vida. “La vida sale al encuentro” fue la primera novela que me regaló mi padre. Cuando terminé sus capítulos recuerdo que pensé que iba a amar los libros siempre. No me equivoqué.

Al dar las diez, me levanto con cuidado para darme una ducha y ponerme un café porque al final van a ser los rugidos de mi estómago los que le despierten.

Salgo del baño ya vestida y peinada y Enzo asoma por la puerta de la habitación con una cara de sueño adorable, frotándose los ojos, con los labios fruncidos y el pelo alborotado. Me recuerda a mis niños cuando se levantan de alguna siesta.

- ¿Tienes que salir?
- No. Iba a ponerme un café, que me muero de hambre y así engaño un poco al estómago.
- ¿Has vuelto a levantarte pronto?

- Un poquito.
- Qué poco te gusta dormir.
- Porque lo que vivo despierta es mejor que lo que sueño dormida.

¡Bum!, cursiladas mañaneras a tope.

Pero funcionan. Viene hasta mí feliz como un crío al que acaban de dar una piruleta y me besa toda la cara.

- ¿Te apetece que me vista en dos minutos y bajamos a desayunar algo en condiciones en alguna terraza de aquí cerca?
- Eso suena estupendo.
- Voy.

Me pido el café más grande que pueden poner, amén de una napolitana de chocolate y un zumo de naranja. Enzo me mira parapetado detrás de su cappuccino con ojos divertidos.

- Te dije que tenía hambre. No te rías mientras me pongo como una cerda.
- Tranquila, si ya sabes que luego lo quemamos.

Aaaah. Que es eso en lo que está pensando. Bien, secundo la idea.

Terminamos de desayunar y decidimos dar un paseo por el parque del Templo de Debod porque hace una mañana para ello.

Vamos pegados como adolescentes, riéndonos muy alto, persiguiéndonos para hacernos cosquillas... vamos, que somos una de esas parejas a las que os darían ganas de abofetear por moñas si os cruzáis con nosotros cuando habéis tenido un mal día. Pero nos da igual, porque en los primeros meses de una relación, todo es algodón de azúcar y nubes blanditas. No nos amargaría ni...

¿Jaime?

¿Aquél que viene de frente es Jaime? Mierda, mierda, mierda.

Me tenso y Enzo lo nota.

- ¿Qué pasa, nena?

- Mi ex.
- ¿Qué ex? -él también se ha puesto en guardia.
- ¿Jimena?

Ya le han respondido por mí.

El hombre que más me hizo llorar en mi vida está delante de mí mirándome con una ilusión que no entiendo. Y encima el cabrón sigue igual de atractivo.

- Hola Jaime.
- Madre mía, ¡cuánto tiempo!
- Siete años.
- ¿Cómo te va todo?
- Muy bien. Perdona, este es Enzo.

No añado “mi novio”, ni “mi amigo” ni ningún calificativo, porque esa es la parte mala de no poner nombres a las cosas, que no sé cómo presentarle y me da miedo que le siente mal si no acierto con cómo querría ser presentado.

- Encantado -le da la mano sin mirarle siquiera. Está demasiado ocupado observándome a mí con una sonrisa de oreja a oreja. Y a Enzo se le empiezan a marcar las venas del cuello -Te veo preciosa.
- Gracias. Oye, estábamos dando un paseo así que...
- Sí, claro, no quiero molestar. Sólo... ¿te apetecería tomar algún día una caña? ¿sigues teniendo el mismo número?
- Jaime, no es buena id...
- Lo de Alba no funcionó, ¿sabes?
- No me importa, Jaime. Siete años son suficientes para que haya dejado de importarme. Te repito que estoy muy bien y que Enzo y yo nos vamos.
- ¿Puedo escribirte algún día?
- No.
- Oye tío, me parece que no quieres entender lo que te está diciendo.

-Enzo decide que no se va a quedar callado más tiempo -Está conmigo. Y no, no son bien recibidas tus llamadas, tus mensajes ni tus gilipolleces. Deja de mirarla así y pírate.

- He pensado mucho en ti estos años.

Sigue ignorándole y Enzo da un paso al frente y se encara con él, colocándose en su campo de visión para que le mire a él.

- Te repito que la dejes en paz.

- No estoy hablando contigo. Creo que debería ser ella la que decidiese si quiere que la deje o no.

- Déjame en paz, Jaime -lo digo muy tranquila, tirando suavemente de Enzo para alejarle de él y evitar que la lucha de machos alfa vaya a más -Ya te lo he dicho y te lo repito. Estoy feliz. Yo no me he acordado de ti. Te superé hace mucho y no me interesa qué ha sido de tu vida. Nos vamos. Cuídate mucho.

- Princesa, yo... -me da la risa al oír ese mote.

- Por Dios, ¿estás de coña? -suspiro y meneo la cabeza -En serio, Jaime, que te vaya muy bien en la vida.

Me marcho de allí arrastrando a Enzo conmigo, que se da prisa en rodearme la cintura y darme pequeños besos en la cabeza mientras mira hacia atrás por encima de mí para ver a Jaime allí plantado, observando cómo nos alejamos.

- ¿Ese era tu ex?

- Sí.

- Pues no parece que haya pasado página contigo, ¿no?

Está rabioso. No le culpo. Jaime ha sido un cretino integral.

- Ni lo sé ni me importa.

- ¿Puedo preguntarte qué pasó?

Él me ha contado todo acerca de Lucía, así que veo justo que también conozca mi historia.

- Fue hace tantos años que es como si hubiera sido en otra vida, la verdad. Yo estaba empezando el último año de carrera y...

Jota

Hace siete años

- Mmmmmm.
- Buenos días, princesa.
- Hola -no puedo evitar sonreír como una boba.
- ¿Quieres que me levante a hacer café?
- No. Quiero que me hagas el amor.
- Esa respuesta me gusta infinitamente más que la que había imaginado yo.

Jaime rueda por la cama y se coloca de lado sobre mí, acariciándome la cara con una mano. Me besa con dulzura, despertándome, y yo abro la boca para jugar con su lengua y hacer que algo en él también decida que es hora de levantarse.

Baja la sábana y empieza a recorrer mi vientre. Evita deliberadamente la zona que más reclama su atención y salta hasta los muslos, que abre y roza por dentro. Se quiere hacer de rogar. Cuando empieza a subir por ellos yo ronroneo y él suspira fuerte contra mi boca.

- Dios, Jimena, me vuelves loco.
- Acaríciame, Jaime.
- Es lo único que voy a hacer todo el día.

Agacha la cabeza para atrapar un pezón entre sus labios, que está duro y anhelante de atención. Se me escapa un gemido ahogado y él vuelve a mi boca con violencia justo en el momento en que enterra un dedo en mí. Juguetea con su pulgar sobre mi clítoris y yo empiezo a mover la cadera en

círculos. Se me acelera la respiración y cierro los ojos. Él aprovecha para colar otro dedo en mi entrada. Siempre sabe cómo hacer que me abandone.

- ¿Estás cachonda?
- Sí, mucho.
- ¿Te gusta lo que te hago?
- Me encanta.
- ¿Quieres correrte ya en mi mano?
- No. Jaime, para, para. No quiero terminar tan pronto. Quiero sentirte dentro de mí.
- Dímelo.
- Házmelo, Jaime. Métemela.

Ni se lo piensa.

Se coloca encima de mí, coge uno de los condones que siempre tenemos en la mesilla de noche y se lo coloca en dos movimientos.

Me penetra despacio, mirándome a los ojos y a mí se me queda en la garganta un grito que pugna por salir.

Coge ritmo deprisa, yo levanto las caderas para sentirle más profundo.

Me he lubricado enseguida y él no nota prácticamente resistencia cuando las cosas empiezan a ponerse algo más sucias.

Me lame el cuello y hunde su nariz en mi pelo, aspirando su olor. Me agarra del culo para darse impulso y el sonido de nuestros sexos al chocar inunda la habitación.

- Jimena, estoy a punto...
- Sigue. Córrete.
- No quiero hacerlo sin ti.
- Córrete dentro de mí. Lléname entera.
- Oh, nena...

No va a poder evitarlo. Lo noto. Cada vez está más dura. Siento las

palpitaciones que preceden siempre al orgasmo de Jaime. Sé que puede parecer que es contraproducente para mí misma, pero a veces disfruto muchísimo haciendo que un hombre como Jaime se corra en apenas diez minutos, como si no pudiera controlar lo que le excito.

Han pasado pocos minutos, pero no puede contenerse más tiempo. Descarga dentro del preservativo y maldice entre dientes.

- Joder, me pones demasiado.
- Tranquilo, en un rato repetimos.
- De eso nada, no voy a dejarte sin fiesta.

Empieza a serpentear por mi cuerpo, llenándolo de pequeños besos y mordiscos, hasta que llega a mis labios y los separa con cuidado. Da un lametazo por todo mi sexo y yo me estremezco. Noto cómo sonrío aún sin mirarle. Le encanta hacer que me corra.

- Me encanta hacer que te corras -¿veis?

Sigue chupando, soplando y presionando. Mi clítoris ya se ha erguido orgulloso y cada estímulo nuevo hace que tiemble y gima.

Le cojo del pelo y le alzo un poco la cabeza, para que se centre en un punto muy concreto un poco más arriba.

- Oh, por favor. Sigue, sigue. Madre mía, Jaime.

Empiezo a notar unas cosquillas calientes que se acumulan entre mis piernas. Aquí llega. Empiezo a temblar y me contraigo entera. Jaime no para de lamerme y del placer incontrolado, me da hasta la risa e intento retirarme hacia atrás para canalizar los aguijonazos de placer que me sacuden.

- Quiero pasarme la vida haciendo que sientas eso.

Me mira con tal cara de enamorado que me lanzo a sus labios, que saben a mí y a él, mi sabor favorito en el mundo.

- Te he puesto perdido.
- Eres lo mejor que he probado en mi vida, princesa.

Nos estiramos de nuevo en la cama entre risas, abrazos y confianzas a media voz. Y así pasamos las siguientes dos horas, porque cuando estoy con Jaime no hay relojes, ni prisas, ni nada más allá de las cuatro paredes de mi habitación.

- Vaya, ¿a quién tenemos aquí? Pero si es mi amiga “*de-nuevo-desaparecida-en-combate-por-un-rabo*”. ¿Hoy vas a poder regalarnos un poco de tu preciado tiempo?
- Ga, no seas así. Sabes que nunca puedo dormir con Jaime. Este fin de semana hemos aprovechado un poco.
- Ya...ya sabemos los dos por qué no puedes dormir nunca con él.
- Oye, ya lo sé, ¿vale? No hace falta que me lo digas cada vez que le nombro.
- Es que estoy un poco harto de que te toree.
- Jaime no me torea. Los dos sabemos lo que hay.
- Déjame que lo dude, Jota.
- Mira, en nada vamos a terminar la carrera. Yo ya no seré su alumna y todo será más fácil.
- Todo no.
- Ya vale, Ga, te lo advierto.
- La promesa del “felices para siempre” suena increíble.
- ¿Por qué tienes que ser tan cínico, tío? Yo no le pido un cuento de hadas.
- No se lo pides porque sabes que sólo va a darte sobras. Eres la mujer más maravillosa que conozco, Jota. Vales mucho más de lo que quieres ver y no me gusta que ningún cabrón se aproveche de su aire de hombre de mundo de vuelta de todo para camelarte y prometerte

cosas que nunca va a darte.

- Ga, no quiero discutir, ¿vale? He pasado dos días increíbles con él, así que si no quieres oírlo todo, al menos no me des el peñazo y vámonos a clase. Total, Edu no ha venido, así que nos faltaría uno para poder echar un mus.

Gael me mira disgustado pero me sigue hacia el aula.

Sé por qué me dice todo esto. Puedo querer fingir que vivo en un mundo rosa, rodeada de purpurina y arcoíris sin fin, pero no soy imbécil.

Mi historia con mi profesor de Psicología de la Educación empezó en mi último curso. En el aula cruzábamos miradas, sonrisas... Yo me ponía más escote el día que teníamos clase con él y me hacía mejor la raya del ojo cuando iba a sus tutorías, que solía ser más a menudo de lo que en verdad las necesitaba.

Ambos nos habíamos dado cuenta y aceptábamos el juego. Si a él no le importaban los doce años que nos separaban, a mí aún menos.

Con esa edad, yo lo veía como un HOMBRE. Ya sabéis a qué me refiero. Con 20 años, los treintañeros nos parecer el culmen de lo sofisticado. Cada vez que nos explicaba una nueva lección en clase, yo lo miraba como si estuviese asegurando que él mismo había descubierto los agujeros negros. Lo admiraba.

Cuando un sábado por la noche, después de un mes de clases, me lo encuentro de fiesta por *Morocco* no puedo creer la suerte que tengo -o la desgracia, ahora que lo miro con perspectiva-. Está espectacular. Va con traje negro y camisa blanca. Me quedo mirándole con tal cara de lela que no me doy cuenta hasta un rato después de que el grupo de hombres con el que va visten todos igual que él y que llevan, además, armas de juguete en las manos.

Cuando me marchó a por una copa veo en medio de todos ellos a otro amigo

vestido de alien, y las piezas encajan. Son los *Men in Black*. Deben estar de despedida de soltero.

- Vaya, hola -al verme en mitad de la barra se ha acercado a mí.
- Hola. Curioso atuendo para venir a un sitio como este.
- ¿Es una crítica? -le divierte esto.
- Para nada. A mí, me has alegrado la vista y la noche.
- Aún queda mucha noche como para que te la haya alegrado entera tan pronto.
- Entonces esperaré a ver si te decides a mejorármela más dentro de un rato...
- ¿Es una invitación?
- Un reto -dicho lo cual, levanto una ceja, sonrío de medio lado y me voy dejándolo solo con su bebida, riéndose y meneando la cabeza de un lado a otro.

No ha pasado ni media hora cuando abandono a mis amigos para ir al baño.

Jaime sigue con su grupo, disparando al novio extraterrestre y brindando sin parar. Cuando salgo del aseo, unas manos me agarran la cara y noto un cuerpo duro y tenso aplastando el mío contra la pared.

- No te me vas de la cabeza.

No hay más palabras. Tampoco hay mucho más que decir. Me besa con desesperación, de la forma en que sólo las ganas acumuladas en meses y meses de deseo pueden conseguir. Yo me derrito y le sujeto de la cintura para asegurarme de que no se va a ningún sitio.

No sé cuánto tiempo estamos allí. No podemos parar. No queremos parar. Solo nos separamos para coger aire y seguir devorándonos.

Cuando sus manos empiezan a subir por debajo de mi camiseta y apresa uno de mis pechos, apretándolo, reacciono y desabrocho su cinturón. Abro el primer botón del pantalón del traje para poder meter la mano más libremente.

Está completamente duro y algo mojado ya en la punta. Recorro su erección de arriba abajo y le hago blasfemar.

Estamos tan pegados que le noto por todos sitios. Se mueve empujando las caderas contra mí, como si ya estuviese follándome.

- En mi casa.

Es todo lo que consigo decir antes de que Jaime se coloque el pantalón, me coja de la mano y me suba en un taxi al que doy mi dirección con la boca de él de nuevo pegada a la mía.

Cuando me despierto a la mañana siguiente, estoy sola en la cama. No es el primer tío con el que me acuesto. Sé el mensaje que me está lanzando Jaime. Es mi profesor, tonteamos, se nos fue de las manos y acabamos follando. Puedo aceptarlo. No soy una groupie loca que le vaya a reclamar amor eterno o sobresalientes a cambio de mamadas. Así que ese vacío a mi lado al abrir los ojos no me afecta, la verdad.

Me quedo unos minutos desperezándome y regodeándome en el sexo de anoche, que fue increíble, todo sea dicho.

Paso el domingo con Nit y Ga, a quienes cuento mi hazaña, por supuesto, y que se mueren de la envidia por haber conseguido tirarme al profesor macizo de la Facultad.

El lunes, durante su clase, le sonrío como siempre y me muerdo un poco el labio cuando me mira, pero nada más. No tonto más de lo habitual, aunque tampoco me corto y me convierto en una niñita tonta que se sonroja nada más verlo.

Recojo mis cosas cuando da por finalizada la lección y me marchó a la siguiente asignatura con Ga.

Después de una semana de esa dinámica, entiendo que Jaime ya se ha dado

cuenta de que no lo voy a acosar ni a montarle un pollo épico por haberse marchado en mitad de la noche. Supongo que eso le aliviará, pero parece ser que no sé leer muy bien a las personas.

- ¿De verdad te la soplo tanto?

Estoy flipando pepinillos.

Ha sonado mi timbre, he abierto y un Jaime algo alterado ha entrado en mi salón como un elefante en una cacharrería.

- ¿Perdona?

- Nos acostamos, me piro sin decirte nada y tú sigues como si nada en clase. Ni me buscas un poco, ni me preguntas qué pasó...

- ¿Para qué? El que te pirases así ya me dice todo lo que tengo que saber.

- No sabes una mierda, Jimena.

- Jaime, ¿has venido a pagar conmigo un cabreo que no sé muy bien de dónde viene o a decirme algo concreto?

- El cabreo viene de que desde hace una semana no dejo de pensar en ti, ¡joder!

- ¿Y eso es tan malo?

- ¡Sí!

- Oye, mira, me gustas. Me gustas mucho Jaime. Pero eso tú ya lo sabes.

- ¿Cómo lo voy a saber si pasas de mi cara de una forma tan descarada?

- Me gustas. Pero entiendo que esto es complicado porque eres mi profesor. No te culpo por huir.

- Yo no hui.

- Hombre...

- Joder, sí, vale. Es que... sé que es una idea pésima, pero cada vez

que te veo... Dios.

Decide que ya ha dicho más de lo que debería y se lanza a besarme.

No sé si aquello está bien o mal, pero a mí me parece el cielo.

Llevamos liados más de seis meses y cada vez que estoy con él es como si flotara. Estoy enamorada. No se lo he dicho, ni tengo intención de hacerlo, pero me he enamorado de Jaime como sólo llegas a querer a tu primer amor. Todo es él. No hay nada más allá de nosotros.

Me gusta la manera en que llena las tostadas de mantequilla hasta que rebosan o la forma en que frunce las cejas y achina los ojos cuando se concentra mucho delante del ordenador.

Adoro que se ría con *Friends* tanto como yo o que me acaricie las piernas sin darse ni cuenta cuando está leyendo a mi lado.

Me fascina cuando me habla de teorías psicológicas y el modo de susurrar mi nombre cuando se va a correr.

Me derrito cuando se desespera porque me tropiezo sin parar y cree que acabaré haciéndome daño, y hasta cuando berrea en la ducha canciones de U2 en un inglés espantoso.

Es... como si todo este tiempo hubiese estado caminando hacia él sin saberlo. Siguiendo mi camino, pero sin desviarme de su estela.

Estamos siendo muy discretos. No se ha oído ni un solo rumor sobre lo nuestro por la Facultad, pero a pesar de ello, cada vez que Jaime está conmigo noto como un rescaldo de culpabilidad en él.

- ¿Es la diferencia de edad? -acabamos de hacer el amor, y él se ha vuelto a quedar en silencio, con un gesto como de vergüenza que no logro entender.

- ¿Qué?

- Lo que te preocupa tanto. Oye, ya nos vamos conociendo un poco. Son unos cuantos meses juntos. Sé que hay algo en esto nuestro con lo que no estás a gusto y creo que si supiese qué es, podríamos buscar una solución.
- El problema, Jimena, es que me he pillado por ti como un gilipollas.
- ¿Y qué hay de malo en eso?
- Que nada de esto debería haber pasado, pero ya no sé cómo pararlo, ni si quiero pararlo.
- Jaime, cuando te pones tan críptico me dan unas ganas de darte un bofetón... -y encima se descojona, el idiota.
- Por eso me encantas. Eres directa, fuerte, independiente, lista...
- Uy madre. Mucho me estás haciendo tú la pelota. ¿Qué pasa?

Por la intensidad con la que me mira y la forma en que se atusa las ondas de su pelo castaño, ya sé que no estoy preparada para lo que tenga que decirme. Miro el negro de sus ojos y le pregunto una vez más qué pasa.

- Estoy casado, Jimena.
- Perdona, ¿qué?
- Llevo casado con Alba tres años.

Alba.

Un nombre.

Alguien real.

Alba.

Está casado.

- Vete -me siento en el borde de la cama y empiezo a vestirme.
- Jimena, por favor, vamos a hab...
- Vete -repito.
- Princesa...

- No se te ocurra llamarme eso.
- Por favor, por favor. Sé que no merezco que me dejes explicarme, pero no pensé que esto fuese a llegar tan lejos. Sé que no tenía ni que haber dado pie a que pasara la primera vez, pero es que... no sé, no me lo sé explicar ni a mí mismo, pero te necesito, Jimena, te juro que te necesito.
- Jaime, vete.

No sé ni yo de dónde estoy sacando la entereza para seguir así de fría, porque por dentro estoy temblando de la rabia.

- No, no, no. Habla conmigo, nena, por favor. Dime que esto no se ha acabado. Sé que es horrible, pero no quiero perderte. Me muero si no puedo tenerte, Jimena. Podemos arreglarlo, podemos hacer que funcione.
- ¡¡Que te vayas, coño!!

El silencio inunda de repente la habitación. Me aprieto los lacrimales con el índice y el pulgar, tapando parte de mi cara, intentando pensar y recobrar la calma.

Jaime se queda de pie a mi lado, desnudo aún. Tiene lágrimas asomando a los ojos que lucha por no dejar escarpar.

- Jimena, yo...
- En serio, Jaime, márchate de mi casa.
- Bien -comienza a vestirse mientras yo evito mirarle -Te llamaré.
- No lo hagas.
- No voy a renunciar a esto.
- Pónmelo fácil, joder.
- Lo siento, pero no puedo.

Cumple su promesa. Me llama a todas horas, pero no se lo cojo.

Prueba con los mensajes, hasta que le bloqueo.

Se presenta en mi casa y no le abro.

Pero en la Universidad no puedo evitarle y ambos lo sabemos.

Pasadas tres semanas sin conseguir hablar conmigo, aprovecha una práctica que ha corregido hoy en clase para pedirme que me quede a repasar unos puntos de la misma.

- Te espero fuera, imagino que no tardéis mucho -Ga se asegura de que Jaime le oiga.
- Dime.
- ¿Podemos quedar hoy, por favor?
- Mira, no creo que haya nada de lo que hablar. Estás casado. Fin de la historia.
- Jimena, te quiero.

Me da la risa. No sé si es una carcajada histérica, irónica o rabiosa. Puede que un poco de cada.

- Jaime, empiezo a pensar que no tienes ni puta idea de lo que es querer, porque está claro que a tu mujer no la quieres, o no le harías esto. Y a mí... no sé si será amor o estás encoñado, o si es que te pica y venías buscando quién te rascara, pero desde luego, si es lo primero, no me sabes querer bien.
- Eso no lo niego. Pero te quiero. Si lo que necesitas es que deje a mi mujer para convencerte de ello, sabes que lo haré.
- Tengo entendido que esa canción siempre suena igual y suele terminar rallada.
- No estoy bromeando.
- ¿Me ves reírme?
- ¿Podemos vernos fuera de la Facultad? Por favor... ¿No me echas

ni un poco de menos?

- Ahora sí que debes estar de coña. Jaime, YO sí te quiero. O te quería. O yo qué sé... ¿entiendes lo que es esto para mí?

- Nunca me lo habías dicho.

- ¿El qué?

- Te quiero

- Hay cosas que es mejor demostrarlas. No espero que tú lo entiendas, visto lo visto.

- Jimena, por favor... sólo un café en tu casa.

Y como soy idiota acabo cediendo. No hay café, ni explicaciones, ni fuerza de voluntad. Cuando abro la puerta y le veo con la cabeza gacha, sus gafas de pasta negra y una rosa roja en la mano -disculparse con flores... la madre que lo parió- él ya sabe que me he rendido. Porque le extraño demasiado. Porque sin él sólo sé llorar.

Caemos en el deseo y en las ganas y follamos como animales sin abrir la boca durante más de dos horas. No queremos decir nada que rompa esta tregua porque puede no haber otra.

Caemos rendidos y sudorosos, pero seguimos en silencio. Y entonces suena su teléfono.

Lo coge del tocador y mira la pantalla. Lo silencia y cierra los ojos.

- Cógelo. Querrá saber dónde estás.

- Jimena, no es tan fácil.

- No he dicho que lo sea, pero yo sí lo encuentro sencillo. O quieres estar con ella o quieres estar conmigo.

- Tienes veinte años.

Lo miro levantando las cejas de forma interrogativa, invitándole a que siga con su explicación, a que diga lo que crea que tiene que decir para disculpar su comportamiento y que se marche

- Ahora me quieres, todo te parece maravilloso y ya le habrás puesto nombre a nuestros hijos. Pero ¿qué pasará en tres años? ¿o en cinco? Cuando en unos meses acabes la carrera y te ofrezcan trabajo en otra ciudad, o quieras probar otras cosas, o te apetezca liarte con otros porque eres una cría y es lo que te toca experimentar, entonces ¿dónde quedaré yo?

Sigo sin decir nada y eso le pone más nervioso aún.

- Dime algo, joder.

- ¿Y qué quieres que te diga? Ya has tomado la decisión, Jaime. No vas a estar conmigo, aunque sea lo que quieres hacer, porque estás cagado del miedo. Has decidido por mí que en un tiempo te dejaré tirado y tú habrás perdido a una buena mujer que no quieres pero que te da estabilidad. Has puesto en una balanza lo que arriesgas y lo que puedes ganar, y yo pierdo. No me vengas jurando amor, ni que vas a dejarla. No quiero oír esas mierdas. Soy más lista que todo eso. Te quiero, pero te voy a superar.

- ¿Y si no quiero que eso pase?

- No puedes jugar al perro del Hortelano.

- No quiero perderte.

- Eso ya me lo has dicho, pero es que no depende de ti.

Su móvil vuelve a sonar. Aún lo tiene en la mano. Esta vez suspira y lo coge.

- Hola, cielo.

- ...

- Sí, sí no se me ha olvidado. Te paso a buscar en un rato por casa. Tranquila, que llego a tiempo.

- ...

- Vale, dale un beso a tu madre. Ok. Hasta ahora.

Ha mantenido la breve conversación de espaldas a mí y frotándose la cara

como si estuviera muy cansado.

- Tengo que irme.
- Aha.
- Voy a volver, Jimena. Tú decides si quieres abrirme la puerta.

Se acabaron los engaños. Eso es lo que me ofrece. Abrirle la puerta cuando venga buscando sexo. Sin promesas, sin esperanzas.

Los siguientes tres meses se convierten en un puñetero infierno.

Ga está desesperado, me riñe y me consuela a partes iguales. No puede creer que sea tan tonta como para haber vuelto a caer con Jaime tres veces más en este tiempo, pero es que no sé desengancharme.

La mayoría de las veces consigo no caer en la red, pero cuando viene a mi piso y me pilla en un día de bajón, no soy capaz de no dejarle pasar, como si fuera un yonki que se promete que ese será el último chute.

Él llena las horas de palabras bonitas que yo quiero creerme y finjo ser feliz durante un rato. Pero siempre terminamos igual, con llantos, gritos, insultos y la promesa de que la próxima vez seremos mejores.

Yo, que siempre me he vanagloriado de llevar el orgullo y el amor propio por bandera.

Yo, que comulgo con el pensamiento de que una mujer debe valerse por sí misma y quererse por quién es, independientemente de lo que los hombres le digan que vale.

Yo, que grito al mundo que una tiene que quererse por encima de todo y de todos, porque solo contigo pasarás seguro el resto de tu vida.

A la mierda mi filosofía y mis valores. Consejos vendo que para mí no tengo.

Este año termino la carrera. Estamos a un mes del final de exámenes y mi vida y la de casi todos los alumnos se desarrolla en el Campus y la biblioteca

de la Universidad.

En las escaleras de la última es donde alguien decide por mí que ya es hora de desintoxicarse.

- ¿Eres Jimena?

Una mujer de unos treinta años, morena, con el pelo muy corto, ojos marrones muy claritos y una nariz respingona y bonita me mira con odio a pocos pasos de donde Ga y yo nos hemos detenido al oírla.

Sé quién es antes de que me lo diga.

- Aquí no.

- ¿Por qué? ¿Tus compañeros aún no saben que te gustan los hombres casados?

Eleva la voz más de lo necesario. Unos cuantos alumnos ya empiezan a mirarnos.

- No le jodas la reputación. Sabes que puede jugarse su trabajo -susurro, y me siento como una gilipollas por tratar que Jaime no salga perjudicado.

- ¡Vaya! ¡Si encima es una buena chica! -está histérica y no voy a conseguir sacarla de aquí.

- No, no lo soy. Si lo fuera, tú no tendrías que estar aquí.

- ¡Exacto! Sólo te lo voy a decir una vez: aléjate de mi marido, zorra.

- Entendido -intento darme la vuelta y marcharme de allí, pero no me lo permite.

- ¡No, ni entendido ni hostias! -me empuja con tanta fuerza que casi caigo al suelo -Entérate bien. Si te vuelvo a ver cerca de él, si empiezo a notar que esconde de nuevo el móvil, si le veo borrar mensajes demasiado rápido, si desaparece sin decir a dónde va, si se inventa más reuniones y más cursos fuera de la ciudad en fin de semana... -se ha

ido acercado a mí señalándome con el dedo. La tengo tan cerca de la cara que noto su aliento- él va a acabar muy mal, pero no te creas que no te partiré la cara por ser una puta cría. Si tienes edad para meterte en la cama de maridos ajenos, la tienes para acarrear con las consecuencias. Esto no es un puto patio de recreo, estás destrozando vidas reales.

La gente ya nos rodea sin disimulo.

- Lo sé y lo lamento.
- No te hagas la santa conmigo, putita. -Sisea. Echa veneno por la boca... y yo la entiendo de verdad -Eso te funcionará con él, pero yo sé cómo eres en realidad. Eres una guarra sin principios ni moral.

Alba era sólo un nombre para mí. Podía permitirme no pensar mucho en ella, pero allí está, destrozada, intentando luchar por un hombre que no la merece. Que no nos merece a ninguna de las dos.

Una lágrima se me escapa rodando por la mejilla.

Aprieto fuerte mi bolso contra el pecho como armadura contra ella, que sigue alterada y con ganas de poder desahogarse conmigo porque no puede hacerlo como le gustaría con Jaime.

Levanto la cabeza y entre algunos alumnos curiosos le veo a él. Me observa preocupado, abochornado.

Alba se fija en que ya no estoy pendiente de ella y sigue mi mirada para toparse con la suya.

Baja la cabeza. ELLA baja la cabeza. Juro que eso hace que lo odie un poco.

- Estás avisada. Déjanos en paz.
- Vale.

No creo que mi respuesta le valga de nada. Sé que, si pudiera, me cogería del pelo y tiraría hasta arrancármelo.

No sé si ellos podrán superar esto y me siento una auténtica mierda al ser

consciente de que puede que haya roto un matrimonio.

La gente cuchichea aún a nuestro alrededor y Ga tira de mi brazo para sacarme de allí. Cuando conseguimos salir del Campus y estamos en una zona más apartada oigo a Jaime llamándome por mi nombre.

- Jimena, espera. Te juro que no sabía que iba a venir. Yo... sé que sospechaba algo, pero nunca creí que sabría quién eras tú ni qu...
- Déjala en paz, tío, ¡déjala en paz de una puta vez!
- Ga...
- Ni Ga ni hostias, Jota. ¡Es un hijo de puta, y sólo quiere comerte la cabeza para que vuelvas a abrirte de piernas cuando a él le venga en gana!
- Eso no es así, Gael. Si no sabes de qué va esto no deberías...
- ¿Cómo coño no lo voy a saber? ¿Quién te crees que le seca las lágrimas cuando tú te piras después de correrte?

Empiezan a levantarse mucho la voz el uno al otro y ya han acortado distancias unos cuantos pasos.

- Vale, basta. Ga, por favor, ¿puedes esperarme dos minutos?
- Jota, no...
- Sólo dos minutos. No voy a tardar más.

No le gusta dejarme sola con Jaime, pero es mi amigo y me respeta por encima de todo. Si me cayera mil veces más en el mismo agujero, él me levantaría mil y una sin soltar jamás un maldito “te lo dije”.

Mira de nuevo de una forma más que amenazadora a Jaime y después se aleja unos metros, sin dejar de observarnos.

- Lo siento, lo siento, lo siento. Ha debido de leer alguno de los mensajes que te mandé cuando te enteraste de que estaba casado, o no sé... igual me ha seguido o, yo que sé. No creí que fuera a tomarla contigo.

Pensé que explotaba allí dentro sin poder acercarme a defenderte, pero es que no podía hacer eso y que todo el mundo supiera qu...

- Jaime, de verdad que no quiero oírlo. No podías acercarte a defenderme porque eres un cobarde, pero también porque Alba tenía razón.

Nunca en toda mi vida me había sentido tan mal como ahora, tan mala persona, tan poca cosa. Tú me haces sentir así. Lo nuestro me hace sentir así.

Se acabó. Y sé que puedes no creerme porque es algo que ya te he dicho antes, pero ya me encargaré yo de que entiendas que esta vez, es real.

- Princesa, no digas eso. Nos queremos.

- Ya sólo me queda un examen contigo. Entraré en el aula, lo terminaré y me iré. No quiero que me hables ni que me mires ese día. Después de eso, la Facultad se terminó.

No eres bien recibido en mi casa. Da tu número por borrado. Olvídate de que una vez existió un “nosotros”.

- Entiendo que ahora sientas eso, Jimena. Alba ha sido muy desagradable.

- Ha sido sincera.

- No, claro que no. No eres una zorra cualquiera. No eres un rollo sin más, nena. Eres... eres... joder, Jimena, de verdad que te quiero. No me dejes, por favor.

- Adiós Jaime. Cuídate mucho.

- Jimena. ¡JIMENA!

Pero ya no me giro. Paso al lado de Gael y él me sigue.

Nos alejamos de Jaime, que sigue parado en medio de la calle, pasándose las manos por el pelo y con la cara descompuesta.

Puede que, después de todo, haya entendido que este sí que es un adiós definitivo.

Hay muchas cosas que me avergüenzan de la época que compartí con Jaime.

La manera en la que me rebajé por estar a su lado.

Haber sido tan estúpida como para albergar la pequeña esperanza de que algún día me elegiría a mí por encima de ella.

Ser consciente de que dejé de lado a mis amigos por ganar horas con él.

Pero sin duda, lo que más hizo que agachase la cabeza fue pensar en cómo se sentiría mi madre si me hubiese visto liada con un hombre casado. Qué habría pensado de mí si hubiera descubierto que estaba rompiendo una familia.

Ni yo me soportaba en aquella época. La fuerza de mis sentimientos por Jaime a veces conseguía ahogar la vergüenza que sentía por mí misma y por la mujer en la que me había convertido.

Mi madre me había educado para que comprendiera la importancia de que valorarse una misma, de saber que quererse es más importante que sólo querer. Yaya me recordaba a diario lo orgullosa que estaba porque me hubiera convertido en una mujer fuerte, independiente y brava.

Las estaba decepcionando a ambas, aunque ninguna pudiera saberlo.

Era la otra. Podía adornarlo como quisiera. Podía querer creer que ese matrimonio estaba roto antes de que yo apareciera. Podía creer que Jaime dejaría a su mujer el día menos pensado para correr a mis brazos. Podía creer que no estaba haciendo algo tan malo porque en el amor no manda nadie y no se elige a quién se ama.

Podía consolarme como me hubiese dado la gana, pero lo cierto era que yo era la amante, a la que tenía que esconder, con la que todo se hacía con discreción.

No podíamos besarnos en público, no podía cogerle de la mano en la Universidad, no me estaba permitido salir al cine con él si no era en una zona lo suficientemente alejada como para que no nos encontráramos con alguien conocido... Era un secreto.

Lo peor de todo es que lo comprendía y aun así no sabía pararlo.

Discutí mucho con Ga en aquella época.

Nit casi ni me veía el pelo.

Estaba perdida y había sido yo misma la que había elegido meterme en ese laberinto en el que la salida se me antojaba imposible.

En el fondo siempre estaré agradecida a Alba, porque tuvo el coraje de hacer lo que yo, siendo una niña, no me atreví. Encaró la situación y luchó por lo que quería.

Puede que no esté de acuerdo con la elección que hizo. Me parece que un hombre como Jaime no tenía derecho a que una mujer como aquella le perdonara cualquier cosa, pero no seré yo quien la critique habiendo hecho exactamente lo mismo.

Así de bobas somos a veces las mujeres. Anteponemos el bienestar del ideal de nuestro hombre a nosotras mismas, y digo "ideal" porque ni por asomo Jaime era como yo había querido imaginarlo. Sólo fue un cobarde que no supo querer como Alba o yo merecíamos.

Enzo

Quiero arráncale la cabeza a ese tío.

Es un hijo de puta que se aprovechó de la admiración que despertaba en una cría para meterla en caliente, que engañó a su mujer y amargó la vida de ambas.

Cuando Jota recibe su primer mensaje habiendo pasado dos días desde que nos lo encontrásemos, deseo partirle la cara más de lo que he deseado nada en mi vida. Una semana después y siete mensajes más tarde, directamente quiero matarlo.

- Ignóralo. Ya lo he bloqueado. No voy a dejar que me atormente, Enzo.
- Es un cabrón, Jimena.
- Eso ya lo sé.
- ¿Seguro?
- Enzo... no empecemos. Sabes que no siento nada por él.
- Pero estuviste muy enganchada. Tanto que te dio igual que estuviera casado. Seguiste acostándote con él.
- No te conté todo eso para que me eches mierda a la cara. Si vas a juzgarme, prefiero que dejemos aquí la conversación.
- No, espera, Jota. Lo siento, es sólo que...
- Es sólo que te crees que Jaime me va a decir tres cosas bonitas y yo voy a volver a caer como una subnormal y te voy a engañar. No soy Lucía, Enzo. No pagues conmigo tus inseguridades.

Me lo merezco.

- Sé que no eres ella. Sé que no me harías algo así.

- Mira, no puedo hablar por Jaime pero sí por mí. Yo no le quiero. Quiero estar contigo y mientras sea así, no te voy a mentir nunca. Juro que si llega un día en que no soporte tus manías o dejen de hacerme gracia tus bromas, si llega el día en que no sienta un cosquilleo entre las piernas cuando me besas o no me quede embobada mirando esos ojazos que tienes, si llega el día en que se me pasen las ganas de morderte cuando me abrazas fuerte o de dejar de querer bailar contigo en la cocina... te lo diré. Simplemente hablaré contigo, no te mentaré.

Necesito que entiendas que poder confiar en mi pareja de forma ciega es todo para mí, por eso ofrezco lo mismo.

- De acuerdo -la creo. Me mira así y la creo.
- Ven aquí, anda, idiota.

El timbre interrumpe nuestro beso.

Al acercarse a la mirilla, a Jimena se le escapa un “joder” rabioso.

Cuando abre la puerta y veo a ese profesorucho de mierda plantado en la entrada, aprieto tanto los puños que me hago daño.

Jota me echa una mirada de advertencia.

No es una damisela en apuros, nunca se ha mostrado débil y no le gusta que otros luchen sus batallas, así que lo respeto y dejo que hable ella, aunque me cueste una vida no cruzar el salón y sacar a Jaime de una patada al pasillo.

Ni siquiera se saludan. Se quedan allí parados, midiéndose. Jota sigue con la mano apoyada en el quicio, de forma que bloquea el paso de Jaime al piso. Es su manera de decirle que no es bienvenido.

- No has contestado a mis mensajes.
- Ya. Me había dado cuenta.
- Princesa...

- Vuelve a llamarme eso y esta vez sí que te ganas la hostia.
- ¿Podemos hablar en privado? -levanta la vista levemente hacia mí.
- A ver si te queda claro, Jaime: no voy a hablar contigo ni del tiempo que está haciendo.
- Cometí un error. Quiero remediarlo.
- Un error es combinar rojo con rosa. Tener una relación conmigo durante seis meses sin decirme que estabas casado es una cobardía digna de un mamonazo.
- Jimena, -oír su nombre completo en su boca me gusta aún menos que ese ridículo “princesa” -tenías veinte años. Si lo hubiese arriesgado todo por nada...
- Que me da igual. Que no quiero excusas, ni explicaciones. ¡Que me da igual! Métetelo en la cabeza y déjame tranquila.
- ¡¡No te da igual, no puede darte igual!!

Las cosas se precipitan un poco.

Él la coge del brazo más fuerte de lo que debería mientras la grita. Los dedos se le tornan blancos en las puntas y Jota se encoge un poco ante ese gesto y se retira de la puerta. Jaime lo aprovecha para acercarse a ella hasta dejar sus caras a un palmo de distancia y ella le frena como puede colocando su palma contra el pecho de él.

Me lanzo a por Jaime como si fuera un toro bravo. No soy carne de gimnasio, pero estoy fuerte, más que él. No me cuesta separarles presionando con saña entre su omoplato y la clavícula.

Le agarro del hombro y le empotro contra la pared más cercana, de espaldas a mí. Bloqueo sus movimientos colocándole el antebrazo en el cuello y la rodilla cerca de la corva, mientras retuerzo uno de sus brazos a su espalda.

- Vuelve a tocarla si te atreves.
- ¡Enzo, para!

- No eres tan hombre si no doblas en estatura y peso a quien te enfrentas, ¿no?
- Nunca le pondría una mano encima a Jimena.
- ¡Ya vale! -Jota me separa de él -Jaime, márchate. Y te lo digo por última vez, no me escribas, no me llames y no te presentes en mi casa. Hemos estado siete años sin saber el uno del otro, podemos estar otros setenta.
- No lo entiendes.

Se frota el brazo que le había bloqueado con evidentes signos de dolor. Me alegro.

- No, el que no lo entiendes eres tú. Podría estar enamorada de ti hasta la médula, que te aseguro que no es el caso, no te confundas, y seguir sin querer ni verte porque no confiaría en ti de nuevo ni en un millón de años.

Eres un mentiroso dispuesto a todo por salirse con la suya y a mí no me interesa alguien así ni como conocido.

Me dejé convencer una vez de que todo lo que hacíamos no podía estar tan mal si la causa era el amor, pero quien ama no engaña así, Jaime.

Me mentiste, me traicionaste y no me fío de ti. Para mí, tu palabra vale tanto como papel mojado.

Jota no ha levantado ni un ápice la voz mientras hablaba. Ni siquiera hay dolor en sus palabras o en su gesto y he de reconocer que eso me tranquiliza mucho. No siente odio, ni rencor. Directamente, él no le hace sentir nada.

Jaime se encoge sobre sí mismo y asiente en silencio. Se ha rendido.

- De acuerdo. Entendido. No te molestaré más. Pero quiero que sepas que me arrepentiré toda la vida de haber dejado escapar a una mujer como tú.
- Mala suerte. Aprende a vivir con ello.

Jota cierra con suavidad la puerta cuando un Jaime completamente abatido sale por ella.

Se abraza a mí y con la cara enterrada en mi pecho y suspira.

- Me revienta que te hiciese tanto daño.
- Bueno...a veces te tiras a la piscina por alguien que resulta no merecerlo. No pasa nada. Aprendes la lección y sigues adelante, procurando no olvidarte de tener los pies en el suelo.
- Pero es muy triste dejar de arriesgarte porque te saliese mal una vez.
- No me rindo. Si no, no estaríamos juntos. Hubiese huido de ti. Lo que digo es que aprendes a no pegar saltos al vacío por nadie.

Quiero animarla, enseñarle que hay quien sí merece que se corran riesgos. Y creo que sé cómo hacerlo.

Jota

Puenting.

El tarado de Enzo quiere que haga puenting.

Me ha venido súper emocionado ayer con una copia impresa de las reservas, como si me estuviese regalando un maldito Alexander McQueen.

A ver, que no es que no me tiene la idea. Los subidones de adrenalina siempre me han llamado la atención, pero es que quiere que empiece coronando el Everest.

- Venga, nena. Va a ser una pasada. ¿Confías en mí?

Y lo dice tan orondo. Como si confiar en él fuese una garantía de que la cuerda no se va a partir, o que no van a equivocarse al apretar los mosquetones de seguridad, o a poner sogas de más para que yo me coma algún árbol.

Pero como la verdad es que sí que confío en él, allí estamos un domingo por la mañana, en el coche de camino al puente de Buitrago, en la Sierra de Madrid.

- ¿Seguro que te vas a atrever?

- Ya que estoy aquí...

- Oye, de verdad que sólo tienes que hacerlo si te apetece.

- Lo sé, pero quiero comprobar si soy capaz.

- Yo sólo pretendo hacerte entender que a veces, cuando te arriesgas a lanzarte a por algo que a priori te asusta, aunque no tengas seguros de que vaya a salir bien o aun sabiendo que puede ser arriesgado, lo que sientes al lanzarte al vacío sin condiciones ni reservas, puede ser increíble.

- Vale, que sí. Que pareces mi *coach* emocional. A fin de cuentas, el que se arriesga a que le deje cuando volvamos a Madrid si acabo bocabajo llorando colgada de un puente, eres tú.

Lanza una carcajada tan auténtica que me llega directa a la boca del estómago. Es tan guapo...

Llegamos al punto que nos han indicado y caminamos paralelos a unas viejas vías de tren abandonadas. Tengo que reconocer que la zona es muy bonita. Me voy relajando un poco mientras paseamos cogidos de la mano.

Al divisar el puente, vemos a un grupo de personas que hablan y se ríen como si estuvieran entre amigos.

- Hola chicos. Soy Hugo, creo que he hablado contigo por teléfono - se dirige a Enzo.
- Sí, encantado. Esta es mi chica, Jota.
- Hola -sonrío sin mucha convicción.
- ¿Vais a saltar los dos?
- Sí.
- Genial, pues vamos preparando al primero. ¿Quién se anima antes?
- Déjame a mí, que como te vea lanzarte y me dé mucho *yuyu*, igual me rajo -le pido a Enzo.
- Las damas primero, entonces.

Sin más ceremonia, Hugo da una voz a otro chico que estaba acariciando a un cachorro que descansa sobre una manta.

- Este es Fran y va a ayudarme a colocarte el arnés y las sujeciones de seguridad.
- Vale. Que perro tan rico.
- Gracias, -Fran parece más tímido que su compañero -nos lo encontramos hace un mes solo por la sierra, muy asustado y en los huesos, así que decidimos que podía ser uno más de la familia.

Fran me cae bien de manera instantánea.

- ¿Cómo quieres hacerlo? ¿de pie, de espaldas, agarrada al arnés integral, de cabeza y de frente, agarrada al arnés por los tobillos...?

Me he mareado y aún tengo los pies sobre tierra firme. Mal asunto.

- Pues supongo que ya que he venido hasta aquí, de la manera que más emoción se sienta.

- Agarrada por los tobillos y tirándote de cabeza mirando hacia delante, entonces

Suena mejor que un baño con espuma.

- A ver, te explico. Vas sujeta con anclajes dobles, no hay ningún peligro.

Ya. Ya sé cómo me dice.

- Tienes que pasar al otro lado de la barandilla del puente con cuidado y colocarte en el saliente de cemento.

El susodicho saliente tiene la anchura de la mitad de uno de mis pies.

- Te sujetas bien al pasamanos con los pulgares colocados detrás del mismo y miras al frente.

Mientras me habla va colocando un montón de mosquetones y cuerdas por todo el cuerpo.

- Cuando estés preparada, haré una cuenta atrás desde tres y gritaré tu nombre. Entonces saltas. Al quedarte suspendida en el aire, te iremos bajando poco a poco desde aquí arriba soltando cuerda y Sandra te cogerá allí abajo, ¿la ves?

Distingo una figura que me saluda desde un punto que me parece muuuuy lejano

- No intentes tirar de sus manos porque puedes arrastrarla por el movimiento pendular que llevarás. Ella te agarrará.

Si no llegases a saltar, repetiré este proceso una vez más. En caso de

que sigas sin atreverte a lanzarte, te cogemos de los hombros y te ayudaremos a volver al otro lado del puente, ¿entendido?

- Sí.

- Está preparada. Venga, a disfrutar.

Con mucho cuidado y más miedo que once viejas, paso una pierna por la barandilla y, por pura inercia, la otra la sigue.

Cuando estoy agarrada a ese trozo de metal tan fuerte que los dedos se me ponen blanquecinos, pienso que soy idiota.

Todos mis instintos me gritan que me dé la vuelta y vuelva a la seguridad del ancho y sólido suelo del puente. Tirarme en caída libre de una altura de 30 metros va en contra del raciocinio humano.

Y entonces oigo a Hugo contar.

- Tres, dos, uno... ¡Jota!

No puedo decir que aquello fuera un salto en toda regla, más bien me dejo caer. Pero lo hago.

Me reto a no cerrar los ojos. Si he llegado hasta allí, quiero disfrutarlo todo.

Sé que el salto en sí no debe de durar más de uno o dos segundos, pero os prometo que veo perfectamente todo lo que voy dejando a los lados como a cámara lenta.

El suelo se va acercando y los árboles de alrededor se vuelven de un tamaño más real mientras caigo.

Noto cómo el estómago me sube hacia la garganta, pero la sensación se detiene de golpe al apreciar un tirón seco en los tobillos que hace que empiece a moverme de lado a lado como si fuera un metrónomo invertido.

El grito que se me ha quedado congelado en la garganta al saltar sale de golpe al sentirme suspendida en el aire.

Veo a Sandra con los brazos extendidos intentando atrapar los míos y trato de agarrarle las manos para ayudar, pero se me olvidan las leyes físicas y la

advertencia de Hugo y casi me llevo a la pobre chica de paseo conmigo.

- No, no. Tranquila, tú no me agarres, que ya te sujeto yo.
- Ay, sí, perdona. Los nervios.
- ¿Te ha gustado?
- ¡Ha sido una auténtica pasada! -lo grito bien alto, para que Enzo pueda oírme desde allí arriba.
- ¡¡Eres increíble, nena!!

Se me escapa una sonrisilla tonta al distinguir algo de orgullo en su voz.

Cuando Sandra me quita toda la parafernalia, da una voz a Hugo y a Fran y estos la recogen para colocarle todo a mi chico.

Ver saltar a Enzo es maravilloso. Se lanza como tres metros hacia adelante, sin ningún miedo. Porque sé que es su primera vez, que si no me creo que hace esto fin de semana sí y fin de semana no.

Sandra nos indica el caminito por el que podemos llegar de nuevo al coche y nos da una tarjeta con una dirección para que podamos descargar el vídeo que nos han grabado.

En cuanto tomamos el sendero de tierra, empiezo a pegar brincos y a describirle a Enzo las sensaciones que he tenido y cómo lo he vivido.

Me encanta comprobar que coincidimos en muchas de nuestras impresiones y que está tan excitado como yo.

- Me ha gustado mucho hacer esto contigo, Jimena. Sé que es una experiencia que no voy a olvidar nunca y haberla compartido es algo único.
- Gracias por convencerme para hacer esto. No te lo tomes como algo habitual, pero te voy a dar la razón.
- Nunca me acostumbraría a que me la des, -comenta con media sonrisa -pero ¿en qué tengo razón exactamente? Soy un hombre muy sabio, tendrás que especificar.

- Cuando sales de tu zona de confort, cuando te arriesgas un poco, experimentas cosas que no sabías que querías sentir.

Se para en mitad del paseo, a unos pocos metros ya del coche, y me coge por la cintura, acercándose a él y frotando su nariz contra la mía.

El beso que me da me dice muchas cosas y todas son especiales.

- Empiezo a pensar que yo no sabía nada hasta que te encontré.

Y yo ya no sé si quiero sentir lo que siento al oír eso, pero no puedo evitarlo.

Jota

- En serio, Nit, tienes que probarlo. Es una pasada.

Hace ya una semana que Enzo y yo fuimos a hacer puenting y no dejo de hablar de ello.

Soy una pesada oficial, pero no me importa. Estoy contando por enésima vez cómo viví la experiencia porque hoy nos hemos juntado todos para aprovechar que los días son cada vez más largos y que se está de vicio a las diez de la noche en cualquier terracita de Madrid.

- Jota, maja, si no me tiraría por un puente ni aunque me esté persiguiendo un payaso siniestro con un cuchillo, no lo voy a hacer por voluntad propia. Se os va la pinza...
- A mí encantaría probar algo así pero desde un puente como el Golden Gate.
- Álex, eso es imposible -Edu le mira con cara de hastío.
- Ya salió Míster Negatividad. Nada es imposible si te lo propones de verdad.
- Mira el positivo de mierda. Intenta tocarte la espalda con una rodilla, a ver.
- Pues a mí me parece genial- Javi intenta romper la absurda pelea.
- Cariño, ni lo intentes. Si quieres probar a convencer a Gael, adelante, pero conmigo no contéis -le advierte Ana.
- Pues igual me animo a mirarlo cuando volvamos del viaje. ¿Tienes el número de los tíos, hermanito?
- Claro. Te lo paso luego al Whats App.

Gael y Enzo se marchan a Roma en un par de semanas a ver a sus padres.

Fabien y Audrey han amenazado con retirar la palabra a su hijo mayor si seguía retrasando su visita a la ciudad desde su vuelta de Nueva York.

- ¡Qué envidia de la mala! Vosotros dos, en tres días estáis en Cuba tomando mojitos con una pulsera en mano y la playa a vuestros pies, - Nit y Javi llevan hablando de su viaje un mes y suena tan idílico que dan ganas de potar -y vosotros en dos semanas os marcháis a una de las ciudades más bonitas del mundo. Os odio a todos.

- Madrid en verano no está tan mal. Se marcha mucha gente y es menos agobiante.

- Javi, si sigues intentado ser míster optimismo, te tiro la caña a la cara. Me voy a ir pegando al asfalto a medida que me derrita. Pero bueno, al menos descansaré mucho.

- ¿Por qué no te vienes?

Gael y yo giramos la cabeza a la vez hacia Enzo con el mismo gesto de extrañeza.

- ¿No te importa? Ya se me había pasado por la cabeza decirle que se uniera, pero no te lo había propuesto porque no sabría si querías, como ahora las decisiones que atañen a Jota no sólo puedo tomarlas yo...

Los hermanos hablan entre ellos como si yo no estuviera allí delante mirándolos anonadada y rezando para que no sea una broma.

- ¿Cómo va a importarme?

- Bueno, como no tengo muy claro si estáis liados, o sois novios formales o amigos que duermen todos los santos días juntos...

- ¡Eso sería increíble!, además eso da igual, puedo ir como tu mejor amiga, que también lo soy, ¡eh! Tus padres me conocen de sobra por ese título.

- Hombre, pero no vas a tirarte más de diez allí con nosotros y

pretender que no te dé un triste beso o que durmamos en camas separadas, ¿no, nena?

- Pues... no sé.

- Oye, mis padres no van a empezar a preparar el ajuar porque estemos juntos desde hace unos meses. Yo hablo con ellos. Que no te den la paliza ni te hagan insinuaciones raras. Prometo que no habrá momentos incómodos.

Miro a Ga buscando apoyo y aprobación.

- Yo le echo una mano, tranquila.

- ¡¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaah!! ¡¡vale, vale!!¿De qué día a qué día teníais los vuelos?

Media terraza se me ha quedado mirando del susto por mi chillidito a lo Paris Hilton.

- Salimos el viernes 25 y volvemos el martes 5 de septiembre. Como el curso escolar no empieza hasta el 7, a ti también te daría tiempo a preparar lo que necesitaras para los dos primeros días de clases.

Es lo bueno de compartir profesión con Ga, que nuestras vacaciones siempre coinciden.

- Perfecto. Yo me reincorporo el lunes siguiente, pero me pasaré por la oficina el viernes para hacer una primera toma de contacto y ponerme al día con mi jefe.

Enzo parece emocionado de verdad porque yo vaya.

- Ok. A ver, decidme las horas de vuestros vuelos que miro si queda alguna plaza. Si no, pues COJO el siguiente que haya libre y me apaño.

Ya estoy sacando la tablet y metiéndome en la página de *Skyscanner*. Voy a darme prisa no sea que se lo piensen mejor.

- Espera, que tengo las reservas en el mail. Te lo miro por el móvil.

- Si todavía están las horas a las que volamos nosotros, comprueba

bien que ese avión llega a Ciampino, no vaya a ser que coincidan los horarios pero no los aeropuertos.

Encuentro una plaza en el mismo avión para el viaje de vuelta, pero el de ida ya no aparece como disponible, aunque hay otro para esa misma mañana a las 13.30 horas (que casi mejor, porque ellos vuelan a las 06.30, que no lo veo tampoco necesario, oye). Me sale solamente por algo menos de 100 euros, así que ni me lo pienso.

- Reservado.

- ¿Ya?

- Sí, así no tenéis tiempo de arrepentiros de haberme invitado a ir.

- No seas tonta, nos encanta que te apuntes. Lo único que siento es que tengas que hacerte la ida sola.

- Ya ves, si son sólo dos horas y media. Así me termino el final de la trilogía de Santiago Posteguillo, que yendo a Roma, no puede ser más oportuno que esté justo con “La legión perdida”.

Ay, dios mío. Que voy a ver el Coliseo y el Palatino. ¿Tenemos que sacar entradas para esas cosas? ¿Me vais a enseñar sitios chulos que conozcan poco los turistas? ¿Podemos acercarnos al Panteón? ¿Y alquilar unas Vespas? Eso sería taaaaaaaan de película.

- Quitadle a esta chica la cafeína unos días, eh. Abstenerse de cafés y red bulls, maja, que te quiero tranquilita por allí -Ga es un muermazo.

- Pues a mí me encanta que te emociones tanto por conocer nuestra tierra.

- Venga, llamad a Audrey y decidle que en dos semanas llegan sus hijos con un equipaje de mano un poco más grande del que pensaban llevar en un principio.

Gael se ríe por lo bajo ante mi entusiasmo y Enzo me besa en la mano.

Me encanta tener a mis dos hombres sólo para mí durante este viaje.

Insisto en que no hace falta que me vayan a buscar al aeropuerto, que puedo coger unos autobuses rosas que pasan por allí cada poco tiempo de una empresa llamada Terravisión. He comprobado que te dejan en la estación De Termini y desde allí puedo coger casi cualquier autobús a Roma o una de las dos líneas de metro que existen (sí, dos. He flipado al comprobarlo) para llegar al Trastévere, que es por donde viven los padres de Enzo y Ga y que, además, resulta ser uno de los barrios más emblemáticos de Roma.

Durante estos días he estado mirando muchísimas cosas por Internet, aunque tener a dos romanos auténticos para conocer la ciudad es mejor que cualquier web, aunque sea Google.

No me hacen ni caso. Cuando salgo de la terminal dispuesta a hacerme entender por señas con alguien, los veo a los cuatro plantados con un cartel con mi nombre y una sonrisa en la cara.

- ¡*Benvenuto, cara!*

Oír a Enzo hablar en su idioma natal hace que contraiga un poco los muslos. Y es que por mucho nombre francés que eligieran sus padres para mantener las raíces galas, Gael y su hermano se sienten italianos hasta la médula.

- ¡No!, ¡no teníais que haber venido! Si os doy guerra no vais a querer que vuelva.

- No digas bobadas, estamos encantados de tenerte *con noi*.

Audrey es una mujer bellísima de quien han sacado su melena azabache mi chico y su hermano. Los ojos azules y la nariz recta hacen que mirarla sea como ver un reflejo de Enzo, mientras que Fabien comparte con Gael la negrura de sus ojos y la envergadura de los tres hombres de la casa.

Son una pareja joven. Ella tiene 52 y él sólo 55. Tuvieron hijos muy pronto

porque querían tener edad de seguir disfrutando cuando ellos se independizasen. Está claro que lo han conseguido. Más que una pareja de padres mayores parecen unos enamorados contentos de recibir a unos cuantos amigos.

Hace muchos años que pasó la etapa que compartieron en España, pero sé que su periodo viviendo como nómadas los llevó a residir en mi país durante un par de años y las visitas a sus hijos consiguen que mantengan fresco el idioma, así que la comunicación con ellos nunca ha sido un problema entre nosotros desde que me conocieron hace ya más de una década. Una suerte, porque yo no tengo demasiada idea de italiano y mi francés anda algo oxidado.

- La *donna* de nuestros *figlios* siempre tendrá una casa en Roma.

Fabien tiene el encanto de Ga, sin duda. De joven debía llevarse de calle a las mujeres. Me hace gracia la mezcla de acentos que tiene, aunque creo que si no supiera que tanto él como su mujer son franceses, pasarían por dos romanos más sin problemas. A fin de cuentas, llevan aquí más de media vida.

- Vamos, que estarás con ganas de dejar la maleta. Cuando estemos ya en casa y comas algo miramos plan para la tarde-noche.

Gael me pasa el brazo por los hombros y me dirige hacia el aparcamiento. Puede que esté con su hermano, pero él siempre será mi chico.

- Eso suena maravilloso. Yo me dejo llevar, como una turista más.

- Pero con guías particulares. -Enzo se coloca a mi otro lado y me da un beso rápido en los labios, lo que hace que me sonroje un poco -Me encanta que te de vergüenza que te bese delante de mis padres.

- Calla.

- Pues no es lo peor que pienso hacerte bajo su techo.

- ¡Enzo!

Se aleja corriendo como un niño pequeño pillado en una travesura.

Unos metros más adelante alcanza a su padre, que le interroga sobre su estancia en Estados Unidos y lo que tendrá que hacer una vez que se reincorpore en un par de semanas, o eso me parece entender cuando trato de poner el oído.

- Es bonito verle reír otra vez, -Audrey llega a mi vera y me sonrío mientras me mira con curiosidad -los últimos meses de Enzo en América fueron... duros. Me alegro de que haya encontrado a alguien que le devuelva la ilusión.

- Bueno, yo...eh...

- Mamá, dijimos que nada de charlas de amor -te quiero, Ga.

- Sí, lo sé. Perdón. Sólo quería agradecer a Jimena que mi Enzo esté *felice*. Después de todo, es cosa suya.

Me aprieta la mano en un gesto de cariño y empieza a preguntarme por las clases con mis niños, diciéndome sin palabras que durante esos días nadie tocará mucho el tema de mi relación con el mayor de sus hijos pero que la ven con buenos ojos.

Bueno, pues estoy de vacaciones en la casa de los padres de mi novio... Allá vamos.

Enzo

Jota se muestra más tímida que nunca durante el viaje de ida a casa de mis padres.

A ellos les hace gracia porque la conocen de sobra y saben que es un torbellino que debió de perder la vergüenza con unos seis años y ya no volvió a encontrarla, pero la dejan a su aire para que se dé cuenta sola de que nadie va a tratarla diferente por estar conmigo.

Ver cómo se baja del coche, mirando todo a su alrededor con los ojos como platos, es maravilloso. La forma en que sonrío sin ser consciente de hacerlo, mordiéndose el labio inferior, cuando llegamos a la *Piazza di Santa Maria*, es una de las imágenes más bellas que he visto en mi vida.

La zona donde residen mis padres es verdaderamente de cuento. La Basílica más famosas de la zona, que lleva el nombre de la Plaza, se ve desde la ventana de su habitación.

Las calles del barrio siempre están llenas de oriundos y foráneos que se deleitan con la música de los artistas callejeros y las decenas de negocios que ofrecen cenas y cafés a todas horas del día.

Los suelos empedrados cohabitan con las paredes de las casitas bajas decoradas con plantas trepadoras que tiñen de verde callejuelas y rincones por donde quiera que mires.

- ¿Cómo pudisteis ir de aquí? -Jota parece embrujada.
- Eso les digo yo -mi madre se hincha orgullosa.

A veces nosotros nos preguntamos lo mismo.

Cuando deshacemos las maletas de Jimena le insistimos en que duerma un poco, pero se empeña en que no está cansada. Quiere salir cuanto antes a ver

lo que Roma puede ofrecerle.

- Venga, sólo una vuelta rápida por aquí cerca, por favooooor. Podemos cenar en casa e irnos pronto a la cama para ir mañana al Coliseo.

- Vale, pero solo un rato de verdad, Jota, que la visita al anfiteatro es larga.

No sé decirle que no.

- Coliseo y Palatino, ¿no?

- No. Lo dividimos. El Palatino es otra paliza si quieres verlo como es debido. Si lo juntamos, vas a acabar harta de piedras. Dejaremos un par de días entre una cosa y otra.

- ¿Quieres que nos acerquemos al barrio judío?

La propuesta sale de Gael. Tampoco sabe negarle casi nada a Jimena.

- Ya son las siete. Es un poco tarde para eso. Había pensado ir a dar una vuelta por el *Gianicolo*.

- ¡Genial!

Jota sigue nuestra conversación como si estuviera en un partido de tenis, pero no replica cuando le mandamos coger su cartera de mano y salir detrás de nosotros.

El *Gianicolo* es la octava colina de Roma. No se incluye dentro de las siete tradicionales que conoce todo el mundo porque no formaba parte del primer núcleo histórico de la ciudad.

Es una puerta natural de acceso a la ciudad y está a un paseo de apenas diez minutos desde la casa de nuestros progenitores.

Jimena nos pide que le contemos su historia.

- Según la leyenda, el Dios romano Jano, padre de Tiberino, de quien recibe su nombre el río Tíber, fundó aquí un pequeño poblado. En 1849 este fue el escenario de una cruenta batalla entre las tropas

francesas y los republicanos liderados por Garibaldi, que cayeron ante la superioridad del enemigo en número de combatientes y armas.

Me siento un poco como la Wikipedia pero Jota me mira como si fuera el ser humano más interesante de la tierra, así que sigo comentando cada monumento y busto que vemos en nuestro paseo: la *Fontana dell'Aqua Paola*, mandada construir a principios del siglo XVII por el Papa Pablo V para celebrar la reapertura del acueducto de Trajano, que llevaría de nuevo agua a todos los barrios cercanos de la zona; la estatua de Anita, esposa de Garibaldi, y el monumento ecuestre al militar italiano; el *Faro Manfredi*, un regalo que en 1911 hicieron los italianos emigrados a Argentina a la ciudad... Jota no para de señalar cosas y preguntar por su origen. Parece una adolescente que ha probado por primera vez el éxtasis.

Cuando pasamos por el mirador de la zona más alta del parque, Gael y yo nos miramos cómplices y seguimos recto sin parar, como si no fuera algo importante.

Vemos por el rabillo del ojo cómo Jimena se ha quedado parada de golpe, con la boca abierta y sin terminar una idea que estaba verbalizando sobre la magia de Roma.

- ¿Pasa algo, Jota? -Gael se está divirtiendo.
- Madre mía...

La verdad es que la vista es increíble.

Llevamos andando cerca de dos horas y en este tiempo el sol ha empezado a bajar. El naranja predomina en el horizonte, dando a la escena una áurea aún más especial.

Veo que Jota tiene los ojos brillantes y, no sé muy bien por qué, yo también me emociono por tenerla allí, compartiendo eso con nosotros.

- Bienvenida a Roma, cariño.

Mis padres se empeñaron en acompañarnos al Coliseo cuando supieron que Jimena vendría en este viaje, así que allí estamos los cinco al día siguiente, en el autobús que nos deja delante de una de las mayores atracciones del mundo. Hacer turismo con alguien que visita por primera vez la ciudad es muy divertido. Al girar la esquina donde todos menos Jota sabemos que aparecerá el antiguo anfiteatro, las cabezas de toda mi familia se dirigen hacia ella.

Mi chica frena un poco el paso y comienza a echar la cabeza hacia atrás, despacio, levantando una ceja con gesto incrédulo.

La reacción no nos decepciona a ninguno. El Coliseo causa ese efecto en toda persona que lo ve por primera vez, aún con los andamios que afean uno de sus laterales de forma casi perenne.

- Dios mío...

Es casi un susurro, pero yo la oigo y me hace sonreír.

En realidad, Jota siempre me hace sonreír. La verdad es que no sé si me gusta más ese efecto que tiene en mí o ser yo quien consiga que a ella se le ilumine el rostro. Pero sí sé que cuando pasan ambas cosas a la vez... la sensación en mi estómago es una puta maravilla.

La cola que rodea el monumento le preocupa un poco, pero como nosotros sacamos las entradas por adelantado nos dirigimos a otra zona de acceso donde apenas tenemos que esperar quince minutos para pasar al interior con unas audioguías.

Nos vamos parando en cada punto del recorrido para que ella pueda disfrutar de la experiencia completa y nos ponemos de acuerdo para comenzar con las explicaciones pregrabadas y escuchar así a la vez qué pasó en ese increíble recinto desde que Vespasiano ordenase levantarlo en el año 70.

Jota va señalando encantada los arcos de las paredes que ejercen como enormes ventanas, el suelo de madera -que hoy se ve levantado- donde los

combatientes se jugaban la vida cada vez que salían a la arena que lo cubría, el complejo entramado de túneles y celdas que se vislumbran en el subsuelo del Anfiteatro Flavio -donde los gladiadores eran recluidos antes y después de la pelea-, o la cávea desde la que los romanos gritaban por la vida o la muerte de sus luchadores favoritos.

Mientras la voz robotizada de las audioguías te narra la utilidad de cada espacio, puedes llegar a imaginar el alboroto del pueblo, la sangre derramada, la desesperación de los perdedores, el alivio y el orgullo de los que ese día salían victoriosos... Es algo sobrecogedor.

Pasamos allí la mañana entera. Al salir, Jota y Gael no paran de comentar todo lo que han oído. La última vez que mi hermano había hecho una excursión como aquella tenía siete años, así que es como si lo viviese con ella por primera vez.

Rodeamos el Circo Máximo donde se celebraban las carreras de carros en la Antigua Roma y paramos a comer en el *Apuleius*. Alargamos el café y la sobremesa.

Ha sido una mañana intensa y aún quedan muchos días por delante como para tener que ir corriendo. Quiero que Jota disfrute de Roma como una nativa más, no como una turista con prisas.

Esa tarde la llevamos al Jardín de los Naranjos, en el Parque Savello. Este rincón era algo más secreto hace unos años. Los blogs de viajes hacen que casi ningún escondite de una ciudad escape a la mirada de los que vienen de fuera a conocerla. Aun así, es un espacio precioso y tranquilo, donde se respecta el silencio. Su mirador ofrece otra perspectiva grandiosa de la Ciudad Eterna, que desde allí saluda al Tíber.

Al salir del recinto y pasear junto a la *Piazza dei Cavalieri di Malta* veo que está vacía.

- Ven.

- ¿Qué tengo que ver aquí? Si es como un aparcamiento pequeño, ¿no?

- Calla y hazme caso sin quejarte por una vez.

Le señalo la cerradura de la Puerta del Palacio del Aventino, que alberga la Orden de Malta, y ella se inclina desconfiada.

- ¡Oh! -coge aire, conteniendo un poco la respiración -Enzo, es precioso.

- Es...

- La cúpula de la Basílica de San Pedro.

- Sí.

- Es como un cuadro, rodeada de cipreses...

- Sabía que te gustaría.

- Gracias.

Esta vez es ella la que me besa a mí, y por cómo lo hace creo que ha dejado de importarle quién nos esté mirando.

Villa Borghese es uno de los parques más bonitos de Europa.

Bueno, vale, igual no soy objetivo, pero es precioso. Vosotros creedme.

El Estado compró los jardines a la familia que le da el nombre en 1901 y los abrió al público dos años después.

Mientras paseas por ellos no paras de ver edificios, esculturas, fuentes y monumentos que se solapan en sintonía con la vegetación.

Ga y yo hemos llevado a Jimena allí por el zoo. Esa mañana, todos volvemos a tener durante unas horas seis años y aplaudimos encantados ante los animales que pasean por sus recintos.

Por la tarde nos acercamos hasta el Barrio Judío, el gueto más antiguo conocido en el mundo occidental. La Sinagoga y el Pórtico de Octavio

arrancan exclamaciones de admiración por parte de Jota.

Gael le enseña la Fuente de las Tortugas, una pequeña edificación que le encanta a mi hermano por la historia que esconde.

- Fue una ida de olla del Duque Mattei, ¿sabes?
- ¿Y eso?
- En el siglo XVI, que es cuando vivió, quiso demostrar al padre de la mujer que amaba que él era un hombre poderoso, así que mandó construir esto delante de la ventana de su casa en un solo día. Bernini añadió las tortugas a mediados del siglo siguiente.
- ¡Madre de Dios! ¡Y aquí sigue 500 años después!

El entusiasmo de Jimena es contagioso.

- Vamos anda, que ahora te voy a contar yo la leyenda sobre la Isla Tiberina mientras la cruzamos para llegar de nuevo a casa.
- ¿Qué es la Isla Tiberina?
- La isla habitada más pequeña del mundo.

Mientras paseamos hacia allí, le narro cómo Lucio Tarquinio, último rey de Roma, fue destronado en el 509 a.C por ser un monarca opresivo y déspota.

- Su crueldad hizo que los romanos decidiesen lanzar su cuerpo al Tíber, pero sobre el cadáver se acumularon sedimentos y tierra que dieron lugar a esa isla, que se convirtió en un lugar infame hasta que en el año 293 a.C, en una época de peste, una serpiente, que era considerada el símbolo de la medicina, saltó de una barca y se dirigió hacia la isla.

Durante la explicación, llegamos paseando a ese trozo de terreno

- El carácter supersticioso de los romanos de la época hizo que esto fuese considerado como una señal de los dioses para que construyeran aquí un templo. Cuando terminaron de erigirlo, la peste remitió mágicamente.

- Sois unos guías fantásticos, ¿lo sabíais?
- Es que es la primera vez que tenemos público. Nos estamos esforzando un huevo.
- Y os adoro por eso.

Jota empieza a abrazarnos, besarnos y saltar sobre nosotros. Y así damos por finalizado el día: entre risas y en familia.

Los siguientes cinco días son un oasis de desayunos en terrazas con los mejores capuccinos del mundo, siestas perezosas que aprovechamos para besarnos y acariciarnos ajenos al mundo fuera de mi habitación de adolescente, fotos repetidas doscientas veces hasta que a Jota le gusta el resultado, suspiros de placer ante platos de pasta “de los de verdad” y paseos por las calles de Roma con una Jimena hiperactiva y unos padres muertos de risa por sus reacciones.

El Palatino se convierte en una de las zonas favoritas de mi chica en la ciudad. Es ella la que nos cuenta que la loba que, según la leyenda, amamantó a Rómulo y Remo, tenía su cueva en ese Monte. Nosotros fingimos no saberlo.

Estamos unas cuatro horas leyendo los carteles que informaban sobre la vida que allí habían llevado las vestales, la construcción de la *Domus Flavia* y el hipódromo por orden del loco Domiciano, el uso que se les daba a las casas Livia y Augusta o cómo los habitantes de aquella Roma olvidada paseaban por los jardines Farnesio.

Reñimos porque al día siguiente Jota se salta las salas del Vaticano a toda leche para ir directa a la Capilla Sixtina. Le aburre ese tipo de arte y hasta se siente un poco decepcionada con la obra más importante de Miguel Ángel.

Sin embargo, flipa con la Cúpula de San Pedro.

Empiezo a descubrir que a Jimena le sobrecoge mucho más la arquitectura que la pintura, así que no me extraña nada cuando se queda patidifusa ante la grandiosidad de las columnas que dan acceso al Panteón; o cuando una de las cosas que más le llaman la atención cuando llegamos a los alrededores de la *Piazza Navona* es la *Tor Millina*, una torre medieval coronada con almenas que intenta destacar entre la simplicidad de las casas romanas más actuales.

Santa Maria di Maggiore y la *Chiesa del Sacro Cuore del Suffragio* se llevan el equivalente a dos carretes de los de antes en fotos. Para conseguir captar la enormidad de las iglesias, hasta se empeña en tirarse al suelo para conseguir la mejor perspectiva. Ni intento levantarla. Ya sé que hasta que no esté conforme con la panorámica que ha sacado, no nos vamos a mover de allí.

Mis padres, animados al ver a Jimena tan fanática de las edificaciones de la ciudad, proponen pasar uno de los días que nos quedan allí en el *Quartiere de Coppedè*. Este barrio surgió a finales del siglo XIX para acoger a la incipiente burguesía funcionarial nacida de la unificación italiana y paseando por sus calles no paras de toparse con villas y palacetes que mezclan lo medieval con el barroco y el art decó con el estilo oriental. El contraste es fascinante. Es un ejemplo claro de por qué Roma merece la pena ser recorrida a pie, aunque te canses el doble. Cualquier esquina, cualquier calleja, puede esconder una de las cosas más bellas que puedas encontrar en tu vida.

La penúltima mañana que pasamos allí, Gael propone acercarnos hasta los restos del Teatro del Pompeyo, en cuya curia fue asesinado Julio César. Sé que la petición no viene dada por el aspecto histórico del lugar, si no por el uso actual que se le da a este espacio. El conocido como ‘Barrio de los gatos’ acoge más de doscientos felinos entre las ruinas de las excavaciones arqueológicas de *Largo di Torre Argentina*. Jota alucina con la generosidad de los centenares de voluntarios que cada día los asean y alimentan con mimo y cuidado.

Esa tarde terminamos nuestro día de turismo en la *Piazza di Spagna*, que recibe su nombre por albergar la embajada española en la parte baja de la impresionante escalinata que corona la colina donde se asienta. La parte alta de la misma, en cambio, donde destaca, blanca y enorme, la iglesia de *Trinità dei Monti* con su doble campanario, era dominio de Francia y durante siglos toda esta franja fue escenario de feroces luchas entre ambas monarquías.

Esta zona es una de las más turísticas de la ciudad y venimos dispuestos a arrasar con las decenas de tiendas que se expanden por sus calles. Ana y Yaya van a renovar su armario entero gracias a Jimena...

La verdad es que está resultando un viaje increíble. Cada vez que pienso que nos quedan menos de 48 horas aquí, se me enturbia el ánimo.

Sé que Jota y mis padres ya se conocían. También sé que ella es la mejor amiga de mi hermano. Bueno... es casi otra hermana para él. La adora. Pero en estos días la he sentido algo mío de verdad.

No es Jota, es mi chica. Y ha encajado con toda la gente que quiero de una manera tan natural que no puedo evitar sentir que se debe a que ese era su sitio, aunque ninguno nos diéramos cuenta durante todos estos años.

Jota

Mañana nos marchamos de aquí y quiero llorar cada vez que lo pienso.

Me he enamorado. De la ciudad, eh, no os flipéis.

Os prometo que no puedo entender cómo Enzo y Gael no sueñan con volver aquí. Sé que cada lugar tiene su encanto y que si llegas a acostumbrarte mucho a ver algo demasiado, a lo mejor dejas de apreciar su grandiosidad.

Imagino, por ejemplo, que un habitante de Agra tenga requetesabido cómo es el Taj Mahal y hasta esté harto de visitarlo cuando tiene que hacer de guía a alguna amistad de fuera que va a la India por primera vez.

Yo misma paso a veces cerca de la Catedral de la Almudena, por el Palacio Real o por el Monasterio del Escorial y ni los miro, sabiendo de sobra que son monumentos que hacen que a los turistas se les escapen exclamaciones de admiración.

Pero es que Roma es... es... arte. Pasear por sus calles significa encontrarte de bruces con detalles y rincones increíbles. Incluso los barrios menos antiguos, cuya arquitectura se asemeja más a núcleos urbanos modernos, esconden edificios o iglesias que se erigen majestuosas entre lo común y mundano.

Es cierto que casi muero atropellada unas doce veces estos días, pero es un precio que estoy dispuesta a pagar. ¡¿Qué les pasa a los romanos con las normas de circulación?! He llegado a saltar hacia atrás para evitar un atropello más que cantado, en serio. Y un tío con una motito por poco no se me lleva de paquete adosada al manillar. Van como locos.

Pero me parece que es de las pocas cosas que no me han gustado de aquí. Es que hay pocas cosas que podrían no gustarme.

Quizás buena parte de la culpa de este ensimismamiento que me traigo desde hace más de una semana la tenga el hombretón que duerme a mi lado. He estado tan cómoda con su familia... A ver, con Ga es normal que esté en mi salsa, pero es que sus padres han sido encantadores conmigo.

Creo que a su madre le caigo realmente bien y me he dado cuenta de que es importante para mí contar con la aprobación de Fabien y Audrey. Imagino que tenga que ver con traumas no superados por la muerte de mis padres y el encontrar figuras paternas que me aprecien. Las sesiones con la psicóloga que Yaya se empeñó que viera en los dos meses posteriores al accidente con mis padres consiguieron que me psicoanalice de manera bastante acertada en situaciones como esta. No suelo engañarme a mí misma, tengo carencias importantes. Pero bueno, no dejo que dominen mi vida.

El caso es que estos días juntos me han dado otra perspectiva de lo que podría ser una vida con Enzo y me gusta esa vida.

Mi chico se da la vuelta en la cama y estira el brazo, buscándome. Es como un *tic* que le sacude a menudo y que a mí me encanta porque sé que es involuntario. Quiero decir, él no es consciente de hacer algo que a mí me agrada. Sólo nota mi ausencia medio dormido y algo dentro de él necesita encontrarme, sentirme cerca.

Me acurruco junto a él y dejo mi cara a la altura de la suya. Es un gesto que sólo puedo hacer cuando estamos tumbados, porque me saca casi 25 centímetros de altura, así que suelo aprovechar esos ratos de igualdad yaciente para besarle la nariz y los ojos como si fuese un pájaro carpintero. A él le horroriza eso y a mí me hace mucha gracia.

- Uuuuuhhhmmmm -sus quejas y su ceño fruncido sólo provocan mis risas.
- Buenos días, marmotilla.
- ¿Qué hora es?

- Las diez. Ya es tarde, quiero aprovechar un poco el último día de turismo.
- Vale, ya me despierto -y mientras lo dice se da la vuelta y vuelve a cubrirse con la sábana.
- Eres lo peor. Voy a ir metiéndome en la ducha, anda.
- Sí, sí. Haz eso.

Me tocará despertarlo de nuevo y casi ni se acordará de que ya ha estado hablando conmigo. Envidio ese sueño tan profundo. Yo me despierto si alguien empieza a prepararse el desayuno en la cocina.

Hablando de comida, necesito un café. Salgo del pequeño baño propio que tiene nuestra habitación envuelta en una toalla y empiezo a vestirme. El ruido de vida exterior hace que Enzo asome la cabeza por encima de la tela.

- Eh, oye, no tan deprisa.
- Mira que rápido se despereza el señorito para lo que le interesa.
- Es que esta camiseta y este sujetador te sobran por completo.

Tira de mí hasta que caigo en la cama entre risas y empieza a tirar de mi ropa hacia arriba mientras yo juego a que me resisto.

Las quejas porque sus padres puedan molestarse por levantarnos tan tarde quedan ahogadas cuando empieza a jugar con mis pechos y recorre la zona de mi cintura arriba y abajo en una caricia que pretende ser tranquila pero que a mí me inquieta mucho.

A pesar de que el roce con mi piel desnuda le ha despertado bastante, noto que aún no ha terminado de espabilarse y cuando me recoge parte del pelo con su puño y se recuesta sobre la almohada, sé lo que me está pidiendo.

No me importa dárselo. Me gusta dárselo.

Desciendo despacio y le lamo desde la base hasta la punta en un gesto lascivo mientras le miro y sonrío. Él se acomoda un poco para disfrutar del espectáculo.

Me la meto tan profunda como puedo, hasta que noto una arcada y me retiro. Entonces me centro en un movimiento rápido y continuo que hace que Enzo gruña y cierre los ojos. Cuando noto que se le acelera la respiración, relajo un poco la mandíbula y recorro todo el tronco con cuidado, rozándolo con los dientes.

Lamo los laterales despacio y después me centro en su prepucio, que ya empieza a mostrar ese líquido transparente con sabor a sexo que me indica que Enzo está preparado.

Abandono su sexo, que él agarra para empezar a masajear, y me centro en sus testículos. Los lamo con mimo y los absorbo con cuidado para metérmelos alternativamente en la boca. Al volver a notar que se tensa y que el movimiento de su mano es cada vez más rápido, bajo un poco más la cabeza para alcanzar mejor el perineo y estimularlo con la lengua.

Enzo se arquea y suelta una blasfemia. Yo no puedo evitar sonreír. Me excita muchísimo que algo que yo le haga le ponga así.

Se retira con brusquedad y me sujeta para darme la vuelta sobre mí misma y dejarme tumbada bocarriba. Las sonrisas y las bromas del principio han desaparecido y en su cara sólo leo urgencia.

Mientras sigue masturbándose, dirige la otra mano al interior de mis braguitas. Cuando me encuentra preparada, gime de placer y me las baja con prisa.

- Siempre estás tan húmeda para mí...
- Y siempre voy a estarlo

Coge un preservativo de la mesita que está en su lado de la cama y se lo coloca lo más rápido que puede.

- Oh, joder, Jimena. Estar dentro de ti es la leche.

Empieza rápido y duro. Está demasiado cachondo y sé que si quiero alcanzarle voy a tener que correr.

Ni me lo pienso. Meto la mano entre el cuerpo de los dos lo justo para que mis dedos índice y corazón resbalen cómodos por mi clítoris, que ya está hinchado y deseoso de recibir atención.

Noto a Enzo por todos sitios. Me concentro en sus jadeos, en el sonido que hacen nuestras caderas al chocar en cada brutal embestida, en la forma en la que entierra su cara entre mi cuello, aspirando el olor de mi pelo.

De repente, sale de mí y me mira de una forma tan lasciva que acelero el ritmo de mis propias caricias.

- Eso es, nena. Dámelo.
- Quiero sentirte dentro otra vez, Enzo. Sigue follándome.
- No, primero quiero que te corras. Córrete para mí. Me muero cuando lo haces, Jimena.

Me frota con su punta en la entrada de mi sexo mientras yo sigo estimulándome sola. Echo las caderas hacia adelante, buscándolo, ansiosa y frustrada por no poder sentirlo, pero él se retira cada vez que intento agarrarle.

Necesito correrme ya. Empiezo a notar el cosquilleo en el fondo del estómago y el calor concentrado entre mis labios y mi clítoris.

Sólo cuando aprieto fuerte los labios y suelto el primer grito que avisa a Enzo de que me voy, éste me aparta las manos y me penetra de una sola embestida, siguiendo él con las caricias entre mis piernas.

La sensación es brutal. Me coge tan de sorpresa que chilló ante la invasión sin pensar en quién puede oírnos.

El orgasmo se alarga de una manera increíble porque Enzo sigue haciendo círculos alrededor de la zona que más sensibilidad tiene mi cuerpo ahora mismo, y está consiguiendo que me retuerza en réplicas de placer que me llegan por oleadas.

Cuando dejo de temblar, sale de nuevo de mi interior y se quita el condón,

acercándose hasta mi boca en una invitación que yo no rechazo.

Me meto de nuevo su pene en la boca, que ahora tiene un regusto a látex que me desagrada un poco, pero que desaparece rápido con la ayuda de mi saliva.

Enzo me agarra del pelo y marca el ritmo a seguir.

Al cabo de un par de minutos, me retira la cara y con dos sacudidas más, empieza a correrse por mis tetas y mi cuello. Cuando termina de eyacular, le limpio con la lengua los restos de su sabor y el mío y me marchó de nuevo a la ducha feliz y satisfecha.

- Buenos días -Ga y sus padres ya están vestidos y preparados cuando entramos en el salón.

- Mejores los de unos que los de otros, por lo que se oye.

Fabien y Audrey se ríen y yo me muero de la vergüenza.

- ¿Celoso, hermanito? La abstinencia te sienta mal.

- Y a ti Jota muy bien.

- En eso te doy la razón.

- ¿Hay café?

Prefiero ignorarlos, o el rosa de mi cara va a pasar a bermellón en breve.

- Habíamos pensado en salir a desayunar y dar una vuelta para que vieras el monumento a Víctor Manuel II.

- ¡Genial!

Salimos a perdernos por las calles del Trastévere y yo me pongo un poco triste pensando que será la última mañana que pueda disfrutar de la calma que se respira en ese barrio cuando te adentras por las callejas menos transitadas. Procuero memorizar las sensaciones que me produce andar por sus calles empedradas e irregulares; el sonido de los pájaros que no sé identificar; la mezcla de naranjas, ocre y blancos que se imponen en el lienzo que

componen las casas bajas; el olor de las plantas que asoman por los balcones, dándote los buenos días... Voy a echar mucho de menos todo esto.

Nos sentamos debajo de un hermoso toldo claro y les recuerdo a los chicos que me pidan templada la leche del café. Ga se ríe de mí porque nunca cejo en mi empeño de intentar que mi bebida no parezca magma volcánico y casi nunca consigo que los camareros se tomen en serio mi petición.

Tomamos nuestras tostadas y los croissants con calma, disfrutando del sol que calienta sin ser agobiante.

Los padres de mis chicos insisten en que volvamos pronto, que les encantaría que me dejase caer por allí de nuevo en un par de meses. Yo amenazo con no marcharme y dejar que sea Enzo el que se vea obligado a volver a por mí. Todos nos reímos, pero hay un punto de melancolía instalado en el grupo que no estaba hasta hoy.

Vamos paseando hasta la *Piazza Venezia*, donde al fin puedo ver de cerca el *Altare della Patria*, un enorme homenaje de mármol blanco construido para perpetuar el recuerdo del primer rey de la Italia unificada.

Es precioso. Donde mires ves fuentes decoradas, escalinatas majestuosas, columnas corintias y estatuas de diosas en cuadrigas.

- ¿Qué es la figura de ese hombre con una antorcha? -pregunto curiosa. Me he acostumbrado a que alguien de la familia siempre pueda contarme alguna historia sobre todo lo que veo.

- Es la tumba al soldado desconocido, - me responde Fabien -porta una llama eterna que nunca se apaga. Se construyó para honrar la memoria de los soldados que jamás volvieron del frente tras la Primera Guerra Mundial.

Esa tarde no soy capaz de estar mucho en casa. Todos se han echado un rato después de comer, pero yo no quiero dormir. Me parece que sería desaprovechar las últimas horas que me quedan disfrutando de esta ciudad

eterna que tiene ganado su título.

Dejo una nota a Gael y a Enzo y meto en mi bolso algo de dinero y el libro de Santiago Posteguillo que decidí traerme al viaje.

Subo hasta el mirador del *Gianicolo* y me siento en un banco a leer los últimos capítulos. Apenas me quedan diez páginas para terminarlo cuando me suena el móvil.

- Nena, ¿dónde andas? ¿Te has ido sola?
- Estoy en el parque de la primera tarde.
- ¿Cómo no me avisas? Te hubiese acompañado.
- Quería disfrutar de un poco de paz con un buen libro. Esto es la gloria, Enzo.
- ¿Quieres que pase a buscarte? Había pensado que hoy saliésemos tú y yo solos a cenar para coronar el viaje por todo lo alto. Pretendía enseñarte la Fontana como es debido.
- Tranquilo, paso yo en una media hora por casa y me arreglo rápido para que me lleves por ahí, ¿de acuerdo?
- Perfecto, preciosa. Voy metiéndome yo en la ducha, entonces.
- Hasta ahora.
- Hasta ahora, cariño

Cómo me gusta cómo suena ese cariño...

Enzo y yo paseamos por una Roma iluminada tan sólo por las farolas y las luces que brillan desde las ventanas de las casas. El cielo se ha tornado hace rato en negro y sopla una brisa agradable. Si de repente empezase a sonar un violín a lo lejos, pensaría que he estado en una película de Benini todo este tiempo sin ser consciente de ello.

Nada puede ser más perfecto.

Hemos cenado en un pequeño restaurante cerca de la *Piazza della Rotonda*, al lado del Panteón, y estamos tomando el postre que pedimos en un local próximo, donde Enzo me aseguró que hacían el mejor helado de toda Italia. Es más de la una de la mañana y al día siguiente tenemos que salir hacia el aeropuerto a eso de las doce, pero me ha insistido mucho en pedir una copa después de cenar y tomárnoslo con calma. A fin de cuentas, es nuestra última noche.

Hemos emprendido el camino de vuelta a casa y yo me dejo llevar por mi guía particular, centrándome en disfrutar sólo del ambiente que me rodea, de la paz que respiro.

Caminamos en silencio, cogidos de la mano, sin querer romper el momento con conversaciones sobre la vuelta al trabajo y a la realidad, que se presenta mucho menos apetecible que ese oasis temporal.

Al girar una esquina creo vislumbrar por el rabillo del ojo algo que se vuelve mucho más brillante que el resto del paisaje. Cuando me vuelvo para descubrir qué ha llamado mi atención, me doy de bruces con una fuente blanca, enorme y hermosa. Las luces que han colocado por sus bordes de manera estratégica iluminan parcialmente los rostros de las detalladas estatuas que la adornan, dejando en penumbra sus zonas centrales y resaltando las pilastras corintias que enlazan sus dos plantas. El agua lanza destellos de luz provocados por los diminutos focos repartidos por todos sitios, llenando la pequeña plaza que la alberga. Neptuno se alza glorioso en mitad de la roca tallada, amo y señor de dos tritones que guían su carroza en forma de concha. El arco del triunfo corona al dios romano, observado en sus flancos por 'Abundancia' y 'Sabiduría'.

Aquí está, la Fontana di Trevi, presentando majestuosa el Palacio Poli.

Me paro en seco, con el helado a mitad de camino hacia mi boca. Es una beldad. Es impresionante. Es... maravillosa.

Hay algunos turistas parados frente a ella, pero apenas una docena repartidos a lo largo del pasamanos que separa el monumento del acceso peatonal de la plaza.

- Quería traerte en un momento en el que pudieses disfrutar de ella de verdad.
- Enzo...
- Igual mañana tenemos un poco de sueño durante el vuelo, pero venir aquí temprano durante el día es una locura. Sólo consigues apreciar bien la coronilla del tío que tengas delante. Está atestado.
- Es increíble, amor. Es tan bonita... yo, no sé ni cómo explicarte lo que me gusta, lo que me impresiona.
- No hace falta. Tienes una de las caras más expresivas que he visto nunca. Se lee bastante bien.
- ¿Y qué ves en ella ahora?
- Que volverás aquí. Que Roma ya es un poco tuya también

Sonríó porque es un pensamiento muy aproximado al que yo estaba teniendo

- ¿Conoces la leyenda que circula sobre la fuente?
- No -miento.
- Dice que si estás donde tú estás ahora, debes lanzar una moneda con la mano derecha sobre tu hombro izquierdo para asegurarte de que un día vendrás de nuevo a este lugar.

Busco en mi bolso hasta dar con mi cartera y cojo una. Me coloco de espaldas a la Fontana y la lanzo con los ojos cerrados y el deseo férreo de poder pasear de nuevo por esas calles.

- La leyenda también asegura que si lanzas una segunda moneda, vivirás un romance. Y una tercera... bueno, existen dos versiones. La tercera moneda puede asegurarte el matrimonio o el divorcio en caso de que ya hayas pasado por vicaría.

- No necesito más. Tengo todo el amor que podría desear.

Enzo suspira y me coge de las manos. Su semblante se torna un poco circunspecto de repente y me hace gracia que se tome tan en serio los preparativos previos para lo que sé que viene a continuación.

Y lo sé porque yo también lo siento.

- Te quiero, Jimena.

- Y yo a ti, Enzo.

Y ese beso me convence de que estoy dentro de una cinta de cine a la que nadie me había invitado pero que no quiero que termine.

El verano es mi época favorita del año. Podéis pensar que es por el calorcito o las vacaciones, pero no. Adoro esa estación porque la asocio a las excursiones que hacía con mis padres.

En cuanto el frío empezaba a dejar Madrid, mi padre proponía cada sábado una escapada a algún pueblecito cercano de la sierra donde hubiese algo mínimamente interesante que ver.

Cuando era muy pequeña pensaba que él adoraba salir de casa. Con el paso de los años comprendí que a quien adoraba de verdad era a mi madre y a mí, y que cualquier excusa que le permitiera pasar tiempo con nosotras le parecía el mejor plan del mundo.

Los viajes en el coche, las acampadas a la orilla de un lago cercano, las caminatas explorando los rincones que visitábamos... todo era parte de la magia de aquellos días juntos.

Mi padre no paraba de inventar historias para mí, acerca de los animales que veíamos o sobre las gentes que vivirían cerca de esos parajes. Yo le escuchaba como si fuera la persona más sabia del mundo.

A mis ojos, mi padre podía ganar a cualquier oso y escapar de cualquier peligro, así que me encantaba que cuidase siempre tanto de nosotras. Sentía que estando él, nada malo podría pasar nunca.

Fue él quien plantó en mí la semilla del placer de viajar, de descubrir nuevos mundos y otras culturas.

Cada vez que le interrogaba sobre las personas que habitarían una u otra tierra, él aprovechaba para contarme las similitudes que esa guardaba con los prados verdes e infinitos de Edimburgo, o el contraste de esa llanura con los gigantescos rascacielos de Tokio o Nueva York.

Siempre que encontrábamos un turista cuya lengua materna distaba de la nuestra, tomaba la coyuntura para explicarme lo incomprensible del habla de los berlineses o lo fácil que me resultaría comprender a mejicanos y argentinos.

Me contagiaba su pasión por alcanzar a conocer más de lo que viene escrito en los libros o lo que nos enseñan las guías que otros escribieron. Me hizo anhelar ver aquello que ni sabía que existía.

Lo más curioso es que no recuerdo a mi padre ausente en casa nunca por estar haciendo un viaje. Cuando le preguntaba si él había visitado todos esos lugares de los que me hablaba, me contestaba que aún no había tenido la oportunidad, pero que si yo quería podríamos hacerlo juntos algún día.

Nunca podré pisar la torre Eiffel con él. Puede que mi padre ya no pueda escalar el Machu Pichu. Es seguro que nunca pondrá los pies en el Taj Mahl... pero yo lo llevaré conmigo en todos esos viajes, porque eso sí que no lo dudéis, conoceré el mundo.

Viajaré hasta que el cuerpo me pida descanso, me perderé por parajes que aún no se han descubierto y llegaré tan lejos como mi imaginación sea capaz de volar.

Estoy segura de que lo haré. Por mí y por él.

Jota

Han pasado quince días desde que volvimos a Madrid.

La primera semana de regreso al asfalto y al calor de la capital sólo soporté la depresión post-Roma gracias a mis niños, aunque también ha sido muy duro tener que despedirme de los del año pasado. Cada fin de curso es un drama, para ellos y para mí.

Es viernes por la tarde y Ga nos ha pedido a su hermano y a mí que vayamos a recogerle a la guardería para ir a comer juntos porque quiere contarnos algo importante. Ni idea de por dónde me va a salir. No me preguntéis porque no lo sé.

Enzo también se ha reincorporado ya al trabajo, pero él está encantado. Llevaba muchos meses inactivo y no es un tío que sirva para estar mirando al sol. Ha cogido con ganas la rutina y cada tarde que nos vemos, que es a diario, la verdad, se pasa horas contándome cada nuevo detalle de sus encargos y sus compañeros. Está pletórico y es un gustazo verle así, irradia positivismo y felicidad.

Cuando llega a mi aula, llama con los nudillos y se ríe cuando toda la clase se gira para mirarlo con curiosidad y empiezan a gritarse entre ellos para ver si alguien sabe quién es “el señor guapo de la puerta”. Al cabrito le hacen gracia las conversaciones que surgen con los enanos cuando llegan extraños. No son la discreción personificada que digamos, esos niños.

- Hola, cariño -me recibe con un beso rápido en la boca.
- Hola, ya casi hemos terminado.
- *Teacher*, ¿es tu novio?
- Sí, Blanca, es mi novio.

- ¿Este año no tengo competidores por aquí? -pregunta divertido.
- No, aún no se me ha declarado ningún niño

No sé si ese “aún” me ha quedado un poco pedante, pero es cierto que casi todos los años algún renacuajo viene a jurarme que cuando crezca vendrá a por mí para que vivamos libres nuestro amor. Pasa mucho entre los niños de estas edades y sus profesores.

- ¿Y tú cuántos años tienes? ¿No eres muy mayor para ser el novio de la *teacher*?
- Sólo soy un par de años mayor que ella.
- ¿Y entonces cuántos tienes? -insiste Matías, uno de mis niños preferidos de este curso - ¿diez?
- ¿Pero cómo voy a tener diez años? -Enzo flipa y se ríe a carcajadas.
- A ver, para ellos diez años es como ser un viejo, cariño. Dicen que María, mi compi, debe tener como quince... Aún no entienden muy bien el valor real de cada número -le explico en un susurro.
- Yo tengo de cuatro a seis.
- ¿Cómo? -ahí también me he perdido yo. No consigo explicárselo a Enzo, aunque me mire con cara de interrogación absoluta.
- Sí. Mira, lo pone aquí, en mi ropa -Tamara nos enseña muy convencida la etiqueta de su camiseta y nosotros dos intentamos contener la risa para que la pobre no se ofenda.

Enzo me ayuda a colocar chaquetitas y mochilas cuando empiezan a aparecer los padres a por los primeros niños, y cuando por fin terminamos nos vamos directos a la guardería de Gael, que cierra un poco más tarde que mi colegio. Al cruzar la puerta de su clase, sólo quedan dentro dos niños. Uno de ellos se entretiene con unos bloques de plástico mientras su padre recoge la sillita donde lo acomodará en breve y una de las profesoras le va explicando

mientras lo que su hijo ha comido y cuándo se ha despertado. El otro es un bebé de unos ocho meses que Ga sostiene en brazos y que no para de emitir gorjeos adorables que nadie consigue entender.

- Ay, por favor, ¡pero qué cosita! -no puedo evitar estirar los brazos para robar al pequeñín del abrazo de mi amigo.

- Es más bueno que el pan. Aunque ya le han salido un par de dientes y está un poco en modo caníbal. Como te pille la nariz con esos dientitos y sus encías de acero, date por jodida.

El chiquitín se revuelve en mis brazos y estira los suyos, diminutos y rechonchos, hacia Enzo.

- ¿Quieres cogerlo? Parece que le has caído bien -mientras se lo pregunto ya se lo estoy pasando -Te queda bien, cari.

- Si tú lo dices... -A Enzo no se le ve especialmente cómodo con niños así de pequeños.

- ¿No te gustan los bebés?

- Bueno, para un rato no están mal, pero es que no me entiendo bien con ellos. Nunca sé qué quieren. Cuando empiezan a llorar, me desespero un poco.

- Pero los niños de mi clase sí que te gustan.

- Me hacen gracia. Tienen ocurrencias muy graciosas. Echas una mañana entretenida con ellos.

- Ya te cansarán sus ocurrencias cuando sean tuyos y los tengas a diario -le pincho yo.

- Bueno, ya veremos si tengo propios.

- ¿No quieres hijos?

- Pues no lo he pensado mucho. No es algo que me haga una ilusión especial. ¿Tú sí?

- Pues claro. Te has dado cuenta de que trabajo como profesora de

infantil, ¿no?

- Ya, pero eso no quiere decir siempre que luego quieras ser madre. A lo mejor ya estás harta de cuidar a los niños de otros y pasas de llegar cansada a casa y tener que ocuparte de otro monstruito.

- A mí me encantan los críos. Quiero al menos un par, que no se lleven mucho tiempo, para que puedan jugar juntos y ser amigos entre ellos. Si pudiesen ser más, mejor.

Yo crecí en una casa un poco silenciosa porque era hija única, y siempre me han dado envidia las amigas que me contaban lo bien que se lo pasaban cuando llegaban las Navidades y se juntaban doscientos primos en casa.

Si sólo dependiese de mí, llenaría el mundo con mi prole.

- Sí que lo tienes claro...

- Bájate las pelotas de la garganta y vamos, que ya es mi hora y tengo hambre -Ga palmea en el hombro a su hermano, que juraría que se ha quedado un poco blanco.

- A ver, ¿y tú qué es eso que querías contarnos?

- Dame un rato que me siente y llene un poco el estómago, que sabes que con hambre y sueño, soy peor que algunos de tus alumnos.

Vamos caminando hacia casa y decidimos parar en el *Easycrep*. Me encanta su *Curry Madrás* y el *Banana Split* que hacen. Mis acompañantes bromean sobre dónde meto todo lo que como, pero claro, tener que correr detrás de veinte críos a diario, quema muchas calorías. No es que me quepa una talla 36... bah, ¿para qué os voy a mentir? Más viene es que la 38 me va más que justita, pero estoy más tonificada que cualquier entrenadora de *fitness*. Tengo curvas, pero de esas que los hombres suelen querer domar.

Durante toda la comida hemos estado hablando de las tonterías de siempre. Cómo lleva Enzo la selección de un nuevo equipo que le han encargado

formar para idear un sistema de automatización para el cobro de ropa en grandes superficies por parte de los mismos clientes, las peleas cada vez más frecuentes de Gael con la encargada de la guardería y lo saturado que está de tener que aguantarla, la próxima comida que vamos a organizar todos en casa de Yaya para que Ga -que aún no la ha visto- también pueda contarle lo bien que lo pasó en Roma, lo pesado que está Edu con una nueva novieta que se ha echado y que se ve de lejos que va a pasar de él en dos meses, las ganas que tenemos de irnos unos días a hacer alguna excursión divertida con Nit y Javi... Vamos, que estamos tocando temas ligeros hasta llegar a los cafés y abordar lo que sea que Ga tiene en la cabeza.

Miedo me está dando.

Esto parece una comida de negocios en la que se tiene que tratar un asunto algo peliagudo y ninguno termina de atreverse a agarrar el toro por los cuernos.

- Bueno, venga, ¿te decides a decirnos eso que estamos esperando todos o qué?

- Sí. Venga. Pues... a ver. La cosa es que ya sé que Beto y yo sólo llevamos juntos algo más de cinco meses, pero estamos muy a gusto y, bueno, hemos estado hablándolo mucho y en verdad pasamos casi todas las noches juntos. Siempre estamos con maletas de aquí para allá para no tener que andar pasando por los pisos de cada uno a diario, tenemos las cosas dispersas por dos casas y al final eso provoca que no sepamos ni dónde tenemos cada cual lo suyo...

- Ga, que te estás liando. ¿Qué quieres decirnos? -lo pregunto para facilitárselo, porque ya le he entendido perfectamente, y estoy muy feliz por él.

- Pues que nos vamos a vivir juntos.

Salto de mi silla para tirarme encima de él y casi consigo que nos vayamos al

suelo los dos, pero me equilibrio a tiempo y empiezo a saltar alrededor de él mientras medio restaurante me mira y Gael se descojona.

Enzo se ríe por mi salida de tiesto y se levanta a abrazar a su hermano.

- Pero ¿por qué te daba miedo decírnoslo?
- Pues por si os parecía que me estaba precipitando o... ¡yo qué sé!
- Pues claro que no, rey. Para eso no hay fechas marcadas en un calendario, se hace cuando se siente. Si vosotros creéis que estáis listos y que eso va a afianzar vuestra relación, adelante.
- ¿Y si lo jodo todo por querer correr, Jota? ¿Y si esto podría salir de puta madre y resulta que por acelerarnos acabamos dejándolo en tres meses porque descubro que no sabemos convivir?
- ¿Tienes ganas de vivir con él, Ga?
- Sí.
- ¡Pues ya está! Es todo lo que necesitas saber. No te digo que no vayáis a necesitar un periodo de adaptación, pero es que ya casi vivís juntos.
- Eso es verdad, hermanito. Pasáis todas las noches juntos, compráis juntos, coméis y cenáis juntos, limpiáis y ponéis las lavadoras indistintamente... la convivencia no os va a venir del todo de nuevas. No tiene por qué ser complicado.
- Supongo que tenéis razón. Me estoy agobiando a lo tonto. Gracias, chicos. No sabéis lo importante que es para mí que me animéis así. Ya sé que es normal que dé algo de vértigo, pero estoy muy ilusionado.
- Eso es lo importante, cielo. Si tenéis ganas y estáis bien, no hay mucho más que hablar.
- ¿Y si empezamos a discutir por todo?
- Y dale. ¿Y si a tu hermano le salen ruedas de repente y me insiste en que es una bicicleta? Ay, Ga, pues cuando lleguemos a ese río,

cruzaremos ese puente, pero amargarte por algo que ni ha pasado ni sabes si pasará es de lerdos.

Gael suspira más tranquilo ante nuestras reacciones y asiente para sí mismo.

- Tienes razón, reina.

- Como siempre -mis chicos se ríen por la contestación, aunque yo lo decía en serio.

- ¿Y ya habéis pensado dónde vais a mudaros? ¿Alguna de las casas donde ya estáis o queréis buscar algún sitio nuevo?

Enzo siempre plantea los temas prácticos y me deja a mí las exaltaciones *happys*. Formamos un buen equipo.

- Pues estábamos entre su piso o buscar otro por esta zona.

A mí me gusta vivir cerca de Jota y de Ana, la verdad, y querría convencerle de que nos vengamos hacia aquí. Conozco todo, me pilla cerca del trabajo, puedo veros muy a menudo aunque estemos en una ciudad como Madrid...

Vamos, que él quiere vivir donde está ahora y yo quiero encontrar la casa de mis sueños en el portal de al lado del mío.

- ¿Y por qué no os quedáis entonces en Galileo? Para vosotros dos hay sitio de sobra y yo creo que a Beto le gusta ese piso.

- Bueno... no quería que te vieras obligado a buscar otra cosa tú. Sé que vosotros lleváis menos tiempo que nosotros y que no habéis hablado del tema y no querría que porque yo me empeñe en meter a Beto en casa, vosotros os veáis como... forzados a convivir o algo así.

Ya sabéis qué quiero decir. Que no creo que os hayáis ni planteado la posibilidad de vivir juntos, aunque estaría guay y también pasáis más tiempo en casa del otro que en la propia, pero como ninguno ha dicho nunca nada al respecto pues supongo que aún no querréis, o igual sí pero no habéis sacado el tema y os estoy violentando un poco ahora...

Ga está muy incómodo hablando de esto y no para de trabarse y soltar frases a toda velocidad. Parece la voz en *off* de los anuncios de *Micro Machines*.

Y Enzo... Enzo ha vuelto a ponerse blanco por segunda vez en el día en un espacio muy reducido de tiempo.

Vaya, vaya. Me da que no es un tío de atarse en sus relaciones en cuanto puede.

- Pues no... no... no hemos hablado nunca de ello, pero... esto, yo...

- A ver, que si os ponéis un poco más nerviosos los dos, igual termináis vomitando los crepes y sería una pena porque estaban buenísimos.

No entiendo muy bien el sofoco. A fin de cuentas, dormimos juntos cada noche. Andamos con bolsas y maletas de un piso a otro cada semana y ambos tenemos espacios reservados en el armario y las baldas de los baños de nuestros apartamentos.

De todas maneras, decido echarles una mano porque la verdad es que yo tampoco tengo ninguna intención de marcharme a vivir ya con Enzo. No quiero renunciar a mi libertad y no creo que estemos aún en ese punto. Considero mi piso mío, y no quiero que nadie pueda decidir sobre la decoración o acerca de cuándo hay que cambiar el colchón.

Estoy encantada con la dinámica que llevamos y no tengo interés alguno en cambiarla por ahora, ni en un futuro próximo. Prefiero dejarme llevar y que las cosas vayan surgiendo.

¿Por qué los hombres se piensan que todas las mujeres somos unas locas que estamos deseando echarles el lazo y colocarles un anillo en el dedo en cuanto nos acercamos a los treinta? Que no venimos con fecha de caducidad, tranquilos, leñe. No vamos a ponernos malas ni nada por el estilo.

- Enzo y yo llevamos saliendo sólo cuatro meses. Bueno, ni eso.

Estamos muy bien cada uno en su casa. ¿Tú podrías permitirte pagar el alquiler de Galileo solo? -me dirijo a mi novio.

- Sí, la verdad.

- ¿Y Beto y tú podríais conseguir algo un poquito mejor con el sueldo de los dos?

- Sí.

- Pues yo te doy mi opinión y si quieres la coges y si no, pues te la comes. Quizás es mejor que busquéis una nueva casa para ambos, porque si él se va a la tuya o a la inversa, corréis el riesgo de que el otro no llegue a encontrarse del todo cómodo.

De alguna manera, tú seguirías viendo Galileo como “tú” piso, no como el “vuestro”. Ya está decorado a tu gusto y lleno de cosas que significan algo para ti pero quizás no para él.

Por muchos cajones que le dejases libres, al final Beto se estaría mudando a tu espacio vital, no empezando contigo una vida nueva en un sitio que os pertenece a ambos.

- Sabia tú ser, pequeña Padawan.

- Padawan es la aprendiz, bobo. Yo soy tu Maestra Jedi de toda la vida de Dios.

- Ya salió la friki.

- Es que si no sabes, no lo intentes, coña.

- Pues intento lo que me dé la gana.

- Pues te equivocarás.

- Pis ti iquiviqiris.

- Oh, muy maduro...

- Ya vaaaaaaale.

Enzo nos para porque estamos entrando en uno de nuestros bucles de riñas chorras que pueden acabar con alguno de los dos cabreados y muchos

manotazos al aire que no llegan nunca a impactar de verdad en el otro

- ¿Qué te parece lo que propone Jimena?
- Que tiene mucha razón.
- Gracias.
- Se lo comentaré a Beto hoy, pero me parece que ambos tenemos más ganas de empezar algo de cero que sea de los dos que meternos en un sitio que no sentimos nuestro sólo por no mover cuatro cajas más.
- Pues descárgate la aplicación de 'Idealista' y 'Fotocasa' que nos vamos a hartar de visitar pisitos por el barrio

Aplaudo ante la idea, porque estudiar casas y las posibilidades que ofrecen sus espacios es un vicio oculto que tengo.

- Gracias, chicos, de verdad.
- No seas tonto, Gael. Si a mí en verdad me da igual que te quedases o te buscases otro piso... lo verdaderamente importante es que desde ahora voy a tener el poder del mando de la tele siempre. Aunque igual extraño un poco el zumo de naranja que dejas exprimido por las mañanas antes de irte.
- Yo también te voy a echar de menos, Enzo.

Y me entristezco un poco, porque sé que lo dice de verdad.

Jota

- Seguro que estás exagerando.
- Y yo te digo que no.

Desvió la atención de Nit para centrarla en mi hamburguesa. Hoy hemos pasado de pinchos más currados. Tengo un poco de ansiedad y el cuerpo me pedía grasas saturadas a gritos, así que he arrastrado a Ana hasta el McDonald's de Moncloa. Ella iba a pedirse una ensalada, pero me he reído en su cara y ha claudicado. Por Dios... ¿quién se pide ensalada en un McDonald's? ¿Estamos seguros de que sirven eso de verdad? ¡Venga ya!

Por suerte, Ga no podía quedar hasta la tarde. Beto y él están como locos mirando posibles pisos y creo que no les está yendo muy bien.

Me apetecía un rato sólo de chicas. Ana y yo nos pasamos la vida rodeadas de tíos y, aunque los adoramos a todos ellos, hay cosas que sólo se pueden hablar con tu mejor amiga. Y si hay que mencionar unas cuantas veces algunos 'fallos' del hermano de tu mejor amigo, pues mejor que él no esté presente.

- Nit, te juro que estaba más blanco que el papel de fumar.
- Pero ¿tú quieres vivir ya con él?
- ¡No! Joder, que sólo llevamos cuatro meses. Si hasta anteayer no sabía que tenía dudas sobre si algún día querría ser padre. Me quedan mil cosas por descubrir de él antes de estar lista para dar ese paso. Que no soy una tarada, no voy a ir reservando iglesia ya.
- ¿Entonces?
- Pues eso. Me preocupa bastante más lo de que no esté seguro de querer niños.

- No todo el mundo quiere hijos.
- Lo sé, no te pongas a la defensiva. Sabes que me parece de puta madre que pases de críos, como si quieres comprarte un lobo huargo y recorrrerte con él los Siete Reinos.
- No paso de niños, sólo es que aún no sé si quiero ser madre o no. Supongo que a Enzo le pasará lo mismo.
- No sé yo... a mí me sonó a una decisión más meditada de lo que quería hacerme ver. Y entiéndeme, que me parece guay que hagas con tu vida lo que te salga del papo, que para eso es tuya, pero yo tengo muy claro que quiero ser madre antes o después. No me veo ya mismo rodeada de churumbeles, pero sé que mi futuro pasa por la maternidad. Si Enzo no se ve como padre, estupendo, pero el problema que tengo ahora mismo es que yo le quiero.
- Ooooooooooh...
- Déjate de 'ooohs', que igual tenemos dramita.
- A ver, Miss Positiva, que no has hablado nada en serio con él.
- Que sí, que lo que quieras, pero es que yo no me esperaba esto. Que me ha cogido por sorpresa pillarme así por él y como ahora me diga que es *antibabies*, a ver qué hago. Otra vez a llorar.
- Te estás poniendo en lo peor a lo tonto. ¿No será también que estás un poco asustada porque hace mucho que no tenías una relación?
- Es que igual no la tenía porque no me gustan las relaciones.
- Si dejas que Jaime aún te condicione tanto la vida, él gana.
- Me la sopla si ese idiota gana. No me cuestiono sus victorias para establecer mis metas.
- Pues entonces piénsalo así: si Jaime consigue que mandes todo a la mierda con Enzo antes de que haya empezado por miedo a que vuelvan a hacerte daño, no sé quién ganará, pero sí que estoy segura de que

quien pierde, eres tú.

- ¿Cuándo te hiciste tan sabia?

- Cuando dejé de beber tanto los fines de semana. Llevas matadas muchas más neuronas que yo. Estoy en ventaja.

Asiento en silencio mientras meto mano a las patatas fritas. Nit me mira esperando que añada algo, pero creo que tiene razón, así que no veo qué más hay que añadir.

El tema de los niños es peliagudo, pero tampoco sé si quiera si Enzo sería el padre que querría para mis bebés. Precipitarme y querer hablarlo ya mismo sólo sería una manera de sabotearme a mí misma.

- Así que... -parece que Nit sí tiene más que comentar.

- Así que...

- ¿Le quieres?

- Ah, eso. Sí.

- Lo dices muy tranquila. Es algo gordo. Han pasado siete años desde que te oí decir algo así de un hombre.

- Sabes que no soy de mentirme. Sé que le quiero. Es... no sé, es difícil de explicar.

- Cuando es amor siempre lo es.

- Ya sabes cómo es, Nit. Javi y tú sois estrellas y purpurina en un mar de gominolas. Sois... los que me hacen creer que por muchos gilipollas que te encuentres por el camino, aún hay alguno por ahí que podría bajarte la luna si cree que con eso te haría sonreír.

- ¿Eso es lo que sientes tú por Enzo?

- Algo así. Quiero protegerle, hacer que se sienta siempre bien. Quiero darle todo lo que necesite y lo que aún ni siquiera sabe que desea. Quiero que sonría cuando me vea y apartar de él cualquier cosa que pudiera hacerle llorar. Quiero que sea feliz y que una parte de su

felicidad se deba a que estoy a su lado en el camino.

Nit se levanta y me abraza como sólo una madre lo haría. A mí algo se me atraviesa en la garganta y los ojos se me humedecen. Me pasa a menudo cuando alguien tiene un gesto maternal conmigo. Adoro a Nit, pero no es ella a quien más me gustaría poder hablarle de Enzo ahora mismo.

Cuando se aparta de mí, aprieto fuerte los puños para mantener a raya las lágrimas y carraspeo para pasar el nudo que se me había formado.

Sé que a Nit no le pasa desapercibido el gesto. Me conoce mejor que nadie en este mundo y fue la única a la que dejé estar a mi lado cuando mis padres murieron. Es consciente de cuánto les echo de menos cada día.

- Me alegro mucho de que haya llegado, nena.
- Yo me alegraré más si se queda.
- Eres una cínica.
- Y tú demasiado buena.
- No es verdad.
- Claro que sí. Siempre lo has sido, pero me gusta que siempre veas el lado bueno de la gente. Hacen falta más personas como tú en el mundo.
- ¿Estás intentando que te invite al helado?
- Sólo que hagas la cola tú por las dos.

Y como Nit es más buena que un trozo de pan, suspira y se levanta. Eso sí, coge mi cartera en el proceso. Lo veo justo, así que no replico.

Vamos paseando hacia mi casa.

Gael nos ha avisado de que no podrá acercarse hasta mitad de tarde, así que hemos decidido acercarnos a hacernos las uñas en un establecimiento que hay debajo de mi piso. Que me hagan la manicura es uno de esos placeres

mundanos que me permito cada vez que puedo. Adoro llevar las uñas bonitas, supongo que se debe a que de joven me mordía hasta los padrastros y siempre me pareció que mis manos eran algo masculinas por ello.

Nit y yo vamos terminando nuestros respectivos postres y yo la vacilo sobre lo ideal que es su relación con Javi. Lo hago por chincharla, porque sé que no le gusta que comparen su historia con la típica película de Disney, pero es que esos dos son como Cenicienta y el Príncipe Azul. Bueno, excepto por lo de la madrastra y los trabajos forzosos a una chiquilla de 19 años que se casa con un hombre que apenas conoce.

Venga, más bien son como Blancanieves y el príncipe Florian. Sin los enanos explotados en la mina y la niña de 14 años que besa a hombres que no ha visto en su vida según se despierta de la siesta más larga de la historia.

Eh... ¿Ariel y Eric? Aunque ella tenía 16 años y se deja engañar por una bruja que la acalla, literalmente, ante un hombre por el que renuncia a su familia y a su vida anterior.

Joder... Qué depresión pensar en frío y ya crecida sobre esas películas. Aunque creo que seré capaz de cantar el 'Hakuna Matata' de memoria hasta cuando cumpla los 90.

El caso, que Nit y Javi nacieron para estar juntos.

- Oye, ¿cómo vais con la búsqueda de un nuevo profe?

Cuando Ana terminó la carrera estuvo dando tumbos de una empresa a otra como administrativa durante casi tres años. No le hacían contratos de más de tres o seis meses y tenía que echar más horas de las que tenía el día sin que sus esfuerzos se viesan recompensados en su nómina o en un aumento en la duración de las propuestas laborales de sus jefes.

Harta de ello, le propuso a su chico aventurarse en un proyecto propio. Javi se había especializado en educación infantil para niños con problemas especiales. Trataba autismos, dificultades con el lenguaje, discapacidades de

nacimiento o adquiridas... Era algo que le llenaba por completo y que a mí siempre me había parecido digno de admiración. Estoy segura de que yo no hubiese valido para ello. Se necesita una sensibilidad especial pero también tener mucho valor. Creo que me llevaría los problemas de esos niños a casa y no sería capaz de no acabar cada noche llorando mientras pienso que la vida a veces es muy injusta.

Nit se encargó de toda la parte administrativa y económica. Hablaron con un par de amigos de Javi que se unieron al proyecto. Uno de ellos era abogado y el otro, un veterinario que acabó cogiéndole el gusto a la enseñanza y se formó para poder dar clases de ese tipo. En la academia ofrecen terapias con animales y es maravilloso ver cómo alguno de esos críos responde ante la presencia de un Golden Retriever que los ayuda en la mayoría de las clases de este tipo.

Cuando su idea empezó a tomar forma y empezaron a tener a algunos niños apuntados, Javi le propuso a Edu y a Gael que se unieran a la escuelita que habían montado. El primero aceptó sin pensárselo y trajo, de paso, a otro profesor que conocía de la carrera que trabajaba con la musicología, una especialidad que podía aportar mucho a un espacio como aquél.

Ga, sin embargo, prefirió quedarse en la guardería en la que ya trabajaba.

- Pues nos está resultando difícil encontrar a alguien que nos guste. Allí somos como una pequeña familia, todos conocemos la vida de los demás, nos ayudamos y nos apoyamos. En un trabajo como el nuestro es fundamental porque a lo largo del día ves cosas que son maravillosas, pero también otras que te destrozan.

- Lo entiendo.

- El caso es que ya hemos entrevistado a seis candidatos y siempre hay algo que nos tira un poco para atrás.

- Pero eso es porque ya tenéis al profe ideal en la cabeza.

- Gael ya dijo que no quería formar parte de esto, Jota.
- Eso fue hace casi dos años. Ahora está mucho peor en la guardería.
- No quiero que se sienta obligado a nada.
- Sabes que no sería así. La única razón por la que no se apuntó la primera vez fue porque tenía miedo de no ser capaz, y ambas sabemos que eso no pasará.
- No sé...
- Haz una cosa: habla con Javi de ello. Haced las entrevistas que os falten, conoced a otros aspirantes y si dentro de un mes o dos seguís sin estar seguros de que hay alguien por ahí mejor que Ga para ese puesto, volved a preguntarle.
- A lo mejor tienes razón.
- Claro que la tengo.
- Bien, te haré caso. Pero espero que me pagues con la misma moneda.
- ¿En qué no te hago yo caso a ti?
- Fíate un poco de Enzo. No empieces ya a correr, anda.
- Que nooooooooooooo.
- Jota, que nos conocemos.
- Oye, ya te lo he dicho. Le quiero, ¿vale? No lo he elegido, sólo ha pasado. Quiero estar con él porque cuando estamos juntos, todo es sencillo y bonito. Me río como una idiota de cualquier gracia que hace. Se me pasan los minutos sólo mirándole mientras ve la tele. Me encanta notar su olor a calor y suavidad. Ya sé, ya sé. Eso no son olores, pero a mí es a lo que me huele Enzo.
Deja de reírte, perra.
- Es que me gusta verte así.
- Pues eso, que estoy coladita hasta los huesos. Y no me voy a

ninguna parte.

- Vamos, anda, que al final nos llama Gael para tomar algo y me quedo sin manicura por estar aquí cloqueando contigo.

Enzo

Estamos a finales de septiembre, pero hace un calor de mil demonios. Estoy pegándome a las sábanas y no consigo volverme a dormir. A la tercera vuelta que doy en la cama, Jota empieza a ronronear a mi lado. Está preciosa. Un mechón de su melena de leona se le ha quedado cruzado en un ojo y se lo aparto con cuidado, para no despertarla.

Aún medio en sueños, debe notar mi contacto y sonrío de medio lado. Se estira perezosa, levantando los brazos por encima de su cabeza y haciendo que sus pechos se empujen de una manera que siempre consigue volverme loco.

- Buenos días, madrugador.
- Perdona cielo. No quería despertarte, pero es que creo que voy a entrar en combustión espontánea. Joder qué asco de tiempo.
- ¿Por qué no vamos al Pantano de San Juan a pasar el día?

Lo dice aún con los ojos cerrados y frotándose uno de ellos. El corazón me salta en el pecho al verla así. ¿Cómo he podido tener tanta suerte? ¿Cómo una mujer como ella me ha elegido a mí?

- Me parece una idea maravillosa. ¿Aviso a los demás?
- Claro, podemos hacer excursión en grupo si les apetece. Si se apunta Ga, dile que si pueden coger Beto y él unos bocadillos de tortilla de patata en El Lagar, que están que te mueres y así nos olvidamos de buscar chiringuitos abarrotados.

El Pantano de San Juan es la playa de los madrileños. Está a unos 70 kilómetros de la ciudad, pero para los que vivimos aquí eso no es distancia.

Cogiendo la carretera que nos lleva a San Martín de Valdeiglesias, este oasis

de arena y agua nos permite a los acalorados residentes de la capital darnos un respiro en días como este.

Además de 14 kilómetros de paseo por la orilla de este falso mar, allí está permitido practicar deportes acuáticos a motor, así que mientras conduzco hacia allí, ya estoy pensando si podré alquilar una moto de agua con la que perderme un rato con Jota.

Al final sólo se han apuntado Gael y Beto. Todos los demás tenían planes mucho más aburridos que no podían cancelar.

Cuando llegamos allí, Beto planta una sombrilla en la arena con la misma energía que Neil Armstrong debió usar para clavar la bandera en la luna. Parecemos unos domingueros de manual, pero estamos los cuatro tan encantados.

Al quitarse la camiseta, Jota nos enseña un minúsculo bikini que no creo que esté pensado para acoger un busto como el suyo. Madre mía de Dios. Cómo está mi novia. Creo que si la deseara un poco más, acabarían diagnosticándome priapismo crónico.

Mientras Ga la ayuda a ponerse crema por la espalda, me doy cuenta de que ambos se han puesto a mirar a un chaval que ha extendido su toalla a unos cuantos metros de nosotros. No creo que haya escogido el sitio por casualidad porque la verdad es que el pantano está bastante vacío en esta época del año y nosotros hemos procurado elegir la zona menos poblada. Sólo nos acompañan unas seis o siete personas en el trozo de 'playa' que hemos elegido.

- Cortaos un poco -les regaña Beto.
- ¡Venga! ¡Si no hemos dicho nada! -se queja Gael.
- Cariño, que ya nos vamos conociendo. A ti con Jota no te hace falta hablar. Pero es que si soltáis un par de risitas más, volvéis a los 15.

- Por favor, Beto, pero es que mira qué espalda -el tono de lascivia con el que lo dice mi chica me provoca un pinchazo de celos que no me gusta.

- Querida, yo también tengo ojos. Ya me había fijado -joder, pues yo creo que tampoco es para tanto-, pero es que sois menos disimulados de lo que os creéis.

Como dándole la razón, en ese momento el maromo en cuestión se da la vuelta y saluda con un movimiento de cabeza a Jimena mientras le lanza una sonrisa que imagino intenta ser sensual.

- Te dije que era de los míos -se jacta ella ante mi hermano.

- No te flipes. Con ese bikini, hasta Beto es casi de los tuyos.

Los tres estallan en carcajadas y yo intento disimular que la situación no me hace tanta gracia como a ellos.

A ver, no me malinterpretéis. Sé con quién estoy. Sé que no era virgen cuando llegó a mí; que ha tenido más líos que Gael y yo juntos; que es desinhibida, provocadora y deslenguada... y todo eso me encanta de ella. No cambiaría ni la forma de respirar de esta mujer, porque es increíble y única. Pero igual que yo soy consciente de ello imagino que no pase desapercibido a la mayoría del género masculino y eso provoca en mí algunas inseguridades que jamás había experimentado.

Sé que soy guapo. No voy a andar con gilipolleces. Me cuido y nunca he tenido problemas para ligar, pero es que lo de Jimena no es algo físico. No sólo, al menos.

Con ella... me siento en casa. Y negaré haber dicho esta mierda de cursilada ante cualquiera, pero es así. Cuando estamos juntos soy, simplemente, yo. Sin medir palabras, sin cortarme por nada, sin mostrar vergüenza por ser débil o por acurrucarme en su regazo. Ella me acepta en todas mis formas.

No quiero que nadie me arrebatase eso.

Mientras pienso en todo esto, no me doy cuenta de que Beto y Gael se han lanzado al agua. Jota se acerca a mí, mimosa, y se tumba bocabajo conmigo en la toalla. Se desanuda el lazo de la parte de arriba de su traje de baño y se recoge su increíble marabunta de rizos en un moño alto despeinado.

Automáticamente, empiezo a acariciarle la espalda y se me escapan un par de besos entre su oreja y su cuello.

- Si sigues haciendo eso vamos a tener un problema -me advierte con la cabeza enterrada entre sus brazos.
- Ya es tarde para mí, sálvate tú si puedes -le sigo el juego mientras bajo la mirada hacia el bulto que se ha despertado dentro de mi bañador.
- Prefiero caer contigo.

Mmmmm. Esa mirada. Cuando Jota se excita, su mirada se vuelve algo más turbia. Tiene un gesto que me vuelve loco. Se muerde un poco el labio inferior y levanta levemente la ceja izquierda. Ni siquiera sé si es consciente de que lo hace, pero para mí, verla así es como viagra inyectada.

Empieza a tocarme con disimulo por encima de la ropa y a mí se me escapa un suspiro.

- Nena, para.
- ¿No te gusta?
- El problema es que me está gustando demasiado y aquí no puedo hacerte lo que querría.

Por toda respuesta, Jimena se gira despacio y sus increíbles tetas se muestran ante mí, algo caídas hacia un lado y con los pezones ya duros, esperando mi boca.

Le agarro uno y lo retuerzo con dos dedos. Por toda respuesta, Jota mete la mano en mi bañador y empieza a masturbarme sin tela ya de por medio.

- Joder... van a volver del agua y nos van a pillar así.

- Acaban de meterse. Ssssh.

Acerca sus labios a los míos y comienza a dejar un rastro de saliva por mi cuello y mis clavículas a medida que me regala besos húmedos y calientes.

- ¿Quieres que siga?

- Sí.

- ¿Quieres correrme en mi mano?

- Quiero correrme en tus tetas, pero lo veo más difícil -consigo bromear.

Ella se ríe y acelera el movimiento. Nuestros cuerpos tapan la mayoría de los movimientos que hacemos, pero no estoy seguro de que alguien no esté siguiendo nuestro juego.

- Necesito más.

- Me encanta encenderte de esta manera.

- Nena, tú me aceleras con mirarme. No sabes la cantidad de cosas que quiero hacerte ahora mismo.

No me aguanto y cojo de la mano a Jota, metiéndome la polla en el bañador y encaminándome al lado contrario del agua a donde ha ido mi hermano.

Jimena apenas consigue alcanzar la parte superior del bikini y como la arrastro sin previo aviso, no le da tiempo a colocárselo. Me doy cuenta de que el chico de antes no le quita ojo y, no sé muy bien por qué, eso me excita más.

Saber que otros la desean y que yo voy a tenerla ahora, ante sus propias narices, me hace sentir poderoso.

En cuanto el agua le cubre por el cuello, paramos y la coloco de espaldas a mí. Me cuelo en ella de un solo empujón. No estamos tan lejos de la orilla y sé que el chaval al que antes miraba mi chica puede ver ahora su cara de placer, intentando contener los gritos para no llamar la atención.

La sujeto con un brazo justo por debajo del pecho, lo que me permite jugar

con sus maravillosos pezones. Sé que le encanta que la estimule así, pero a mí no me falta mucho para irme y no quiero hacerlo sin ella, así que utilizo la mano que me queda libre para presionar su clítoris al mismo ritmo que impongo las embestidas.

Cuando abandono ese punto para jugar con un dedo en su entrada trasera, ella misma se ocupa de masturbarse. Siempre me ha encantado verla hacerlo, y aunque ahora no pueda disfrutar por completo del espectáculo, sólo imaginarlo consigue que tenga que salir de golpe de ella para no correrme dentro.

La verdad es que no sé ni cómo me ha dado tiempo a pensar que no estábamos usando protección y que no podía llegar hasta el final sin más. Esta mujer me pierde.

Ella se queja al notar el vacío que le dejo, pero continúa frotándose cada vez más rápido. Se da la vuelta para mirarme y yo la alzo para lamerla entera. La discreción se nos ha olvidado un poco, pero es que no estamos pensando ya con la cabeza ninguno de los dos.

Cuando la veo así, entregada a mí de una forma tan irracional, me vuelvo loco. No creo que sea consciente de lo preciosa que está cuando se corre, pero yo daría mi mundo entero por vivirlo cada vez.

Un par de minutos después, Jota cierra los ojos y ahoga un grito mordiéndome un hombro. Estoy seguro de que eso dejará marca, pero me importa muy poco.

Cuando nos calmamos lo suficiente, a ambos nos entra la risa por el espectáculo que hemos debido de dar a quien haya querido estar atento.

Ella se coloca el bikini y salimos del agua tranquilamente de vuelta a las toallas, donde ya nos esperan Gael y Beto.

- Bien, ¿no? -a Beto le cuesta no reírse.
- Fenomenal -responde más tranquila que yo Jota.

- Se te ve en la cara.
- ¡Macho, que es mi hermano!

Creo que Gael está algo más incómodo y a mí, que también deberían haberseme subido los colores a la cara, me entra la risa, porque soy feliz y porque estoy justo donde quiero estar y con quien quiero estar.

- A mí al menos aún no me has visto el culo, así que puedes relajarte.

Mi comentario destensa un poco el ambiente y todos estallamos en carcajadas recordando nuestro primer encontronazo con Beto en el piso de Galileo.

Y así pasamos el día, entre bocatas, cervezas, anécdotas y abrazos; y antes de meterme en la cama esa noche no puedo evitar mirarla con cierta devoción.

Al darse la vuelta y encontrarme con semejante cara de idiota, me siento un poco descubierto.

- ¿Qué? -a veces creo que esa sonrisa suya es lo único que necesito para borrar cualquier nube gris.
- Sólo pensaba.
- Y puedo preguntar en qué o queda como un cliché muy manido.
- En que tengo suerte.
- Qué casualidad, esta tarde se me ha pasado la misma idea por la cabeza.
- Te lo digo en serio Jota. Sólo has traído a mi vida cosas bonitas. Algunas casi tanto como tú. No sé si te doy las gracias lo suficiente por ello, porque me encontraste en una época de mi vida en la que rechazaba de plano volver a arriesgarme a sentirme así alguna vez.
- ¿Y qué te hizo cambiar de opinión?
- No fue algo que decidiese. Apareciste tú, con tus bromas, tus torpezas y tu forma de reírte de ti misma, de ver todo lo bueno que hay alrededor de quienes te rodean... y no tuve elección. Bueno, eso y tus

tetas, que son impresionantes.

Se muere de la risa y me atiza con la almohada en la cabeza. Y cuando me levanta el brazo para colarse por debajo y acurrucarse en mi hombro, el corazón se me acelera igual que la primera vez que la besé.

Gael

Nos ha llevado sólo tres semanas encontrar un piso que nos enamorase, claro que es a lo que hemos dedicado prácticamente todo nuestro tiempo los últimos veinte días.

Empezaba a estar verdaderamente desesperado porque sólo nos enseñasen habitáculos enanos, sin ascensor, interiores o con vecinos locos de atar. No es una exageración.

El primer piso que vimos era un quinto al que accedías por unas escaleras que parecían sacadas de una prueba del Gran Prix. Si se abría un agujero en mitad de un escalón y te devoraba la zapatilla, perdías. No existían más paredes que las que cerraban el diminuto baño. Todo era un rectángulo súper estrecho en el que el techo se abuhardillaba a la altura de una cama de noventa centímetros.

El segundo al que nos llevó Évora, la amable señorita de la agencia a la que últimamente veía más que a cualquiera de mis amigos, no tenía cama. Literalmente. Después de ver el piso y recorrer un salón que no estaba mal del todo y un baño que prometía, le pregunté por la habitación, ante lo que se agachó sobre el sofá y tiro de dos cuerdas que sobresalían por los laterales y en las que no había reparado.

- Es sofá cama -nos explicó tan oronda.
- Pero ¿se supone que tenemos que hacer esto cada día? ¿Y si uno de nosotros quiere quedarse viendo la tele y el otro irse a dormir?
- Bueno, es como cuando se tiene una televisión en el cuarto...

Salimos de allí echando leches.

El tercer piso lo confundí con la Batcueva al entrar. Al menos, era igual de

oscuro. El baño debía de haber sido reformado más o menos cuando nació la Duquesa de Alba y juraría que las alacenas de la cocina eran iguales a las que tiene Yaya en su casa.

El siguiente de la lista no es que me súper encantase, pero ya empezaba a estar dispuesto a dar una oportunidad a casi cualquier cosa que viéramos. Confío mucho en mi gusto decorando y pintando paredes. *Pinterest* me ha enseñado que con un poco de cola y muchos pinceles, se hacen maravillas. Así que ahí estaba yo, intentando imaginar aquel saloncito con unos vinilos bonitos por las paredes y actualizando en mi imaginación la cocina cambiando el frigo y colocando tiradores nuevos en los armarios, cuando desde el piso de arriba nos llegaron alto y claro los berridos de una pareja que se decían unas lindezas dignas de cualquier capítulo de ‘Policías en acción’.

- ¿Qué es eso? -preguntó horrorizado Beto.
- Bueno, la pareja que vive encima es un poco... pasional. Pero tampoco es que esto pase a diario.

La cara de la chica de la inmobiliaria y las llamativas y continuas rebajas en el precio del piso parecían decir lo contrario.

- ¡Estás igual de loca que tu puñetera madre!
- ¡A mi madre no vuelvas a mentarla o te juro que te corto los cojones y te los doy de comer!
- ¡Para hacer eso primero tendrías que descubrir dónde están las sartenes en esta maldita casa!

Suficiente.

Ni siquiera mentimos diciendo que nos lo pensaríamos.

En esas estábamos cuando entramos EL PISO. Así, en mayúsculas y con luces de neón alrededor.

Está en Alberto Aguilera, a diez minutos de mi antigua casa y a otros diez de la de Jota. En dos minutos me planto en Princesa y en cinco más en la Plaza

de los Cubos y Plaza España. Creo que sólo por la ubicación, habría tenido que haber serpientes en la taza del váter para que no fuese ya medio convencido de mudarme allí. Pero es que, encima, es precioso.

No es demasiado grande, vale, eso os lo reconozco. Son unos 65 metros cuadrados, pero muy bien distribuidos. La entrada da directamente a un salón amplio y luminoso con cocina americana que ha sido reformada hace dos años, igual que el baño, decorado en blancos y grises con un toque muy moderno.

Tiene dos habitaciones no muy espaciosas pero lo bastante para meter una cama de matrimonio y construir un cuarto de invitados o un despachito. El baño es algo estrecho, pero largo, ¡y tiene bañera!

Los dueños optaron por dejar las paredes blancas y comprar unos cuantos muebles en Ikea, lo que da un aspecto limpio y más actual al piso.

Cuando hemos terminado la visita, Beto y yo nos hemos mirado y hemos acordado dar una señal a la responsable de la agencia.

¡Tenemos casa!

Así que aquí estamos ahora, metiendo toda nuestra vida en cajas para conseguir hacer la mudanza en sólo un par de días. Hemos liado a todos mis amigos pensando que así conseguiríamos avanzar más rápido, pero Jota y yo hemos encontrado un álbum de fotos de la época de la Facultad y llevamos mirándolo media hora mientras los demás nos echan la bronca por estar cruzados de brazos.

- ¡Madre mía!, ¿te acuerdas de esta fiesta? Fue cuando te agarraste tal pedo que te empeñaste en subirte al Oso y al Madroño justo cuando pasaban dos policías -Jota se parte recordándome intentando que los agentes me acompañasen en la escalada al monumento.
- Es que vaya par de sosos. Dime tú si no podían echarme una mano un momentito y ya luego les dejaba seguir patrullando.

- No sé cómo no acabaste en el calabozo ese día...
- Porque soy un borracho encantador. Pero vamos, que acuérdate tú de esta -la reto enseñándole otra instantánea.
- ¡Ah! Por Dios, quema eso... ¡pero qué pintas!
- Si estás preciosa, no seas idiota. Pero recuerdo que nos encontramos con unos tunos que se pararon en Sol a cantarte y tú te los querías llevar de fiesta a toda costa.
- Te daré la razón porque tengo lagunas de esa noche. Podrías inventarte que quería robarles la capa y fingir ser Batman y tendría que creerte.
- ¡Buah! ¿y te acuerdas de este? -me descojono como un cabrón señalando una foto del final del álbum.
- Joder, como para no...
- ¿Qué pasó con ese tío? -a Enzo le sale la vena celosa rápido.
- Juraba que se había enamorado de Jota y la persiguió toda la noche. Era brasileño y no le entendíamos una mierda, pero el hombre seguía ahí, insistiendo. Apareció con un ramo entero de rosas que le había comprado a una china que vendía flores en la entrada del pub y una corona porque decía que era la reina de su corazón.

Juro que esa noche casi me meo encima.

- Cabrón. Yo ya no sabía ni dónde meterme. Pero vamos, que no fue peor que el día que ibas tan ciego que te liaste con la tía esa que llevaba el pelo casi rapado pensando que era un tío.
- El susto que me llevé cuando nos fuimos al baño a meternos mano fue épico. Me parece que podía oír tus carcajadas desde allí, perra.
- Seguramente.
- Dejad eso, anda, que no vamos a terminar nunca.

El pobre Beto ya está un poco desesperado. Ha hecho bando con Enzo, Edu y

Javi a ver si consiguen separarnos de nuestros recuerdos del “Qué tiempo tan feliz” porque en lo que Jota y yo nos reíamos el uno del otro por nuestras noches de alcohol y ridículos ellos han cerrado y bajado ya seis cajas.

Álex y Ana están más por la labor de sentarse con nosotros dos a rememorar nuestros años mozos.

- Para mí, el desfase más épico con diferencia será siempre el de la noche en que acabamos cantando la canción de la Sirenita al ligue de Gael para que se animase a lanzarse de una vez. ¿Os acordáis? Qué tío, ahí puesto en la barra sin hacer nada y a este que le faltaba empezar a aletear las pestañas a lo mariposón -a Ana le encanta recordar esa anécdota.

- *Sala la la la la, no hay qué temer, no te va a comer. Ahora, ¡bésala! Uo uoooo...* -Jota adora imitar al cangrejo Sebastián. Puede que sea algún trauma de infancia que debería hacerse mirar.

- Chicooooooooos... -Beto empieza a desesperarse de verdad.

- Vale, vale.

- Prometemos que después os llevamos a tomar unas cervezas y nos contáis todas las estupideces que habéis hecho unos en presencia de otros, pero vamos a dejar terminada al menos la parte de la mudanza de Gael que, si no, no vamos a poder marcharnos nunca.

- Venga, trato.

Nos ponemos en serio a recogerlo todo.

Creo que nadie es consciente de la cantidad de cosas que acumula a lo largo de su vida hasta que tiene que enfrentarse a un cambio de piso.

Os prometo que creía que en un par de horas podríamos despacharlo casi todo porque no tengo demasiado ni almaceno a lo tonto. ¡Ay, ingenuo de mí!

Cuando terminamos con los armarios y los mil trastos de los cajones de mi habitación, yo estoy súper contento porque apenas nos quedan un par de

cosas que empaquetar del baño y la cocina.

Ya.

Se me había olvidado el armarito del pasillo donde Enzo y yo metemos todas las mierdas que decidimos guardar “por si las llegamos a necesitar” y que cuando salen a relucir nos hacen quedar como unos Diógenes de manual.

El tener que sacar todo lo que hemos acumulado allí para dividir lo suyo de lo mío da pie a una limpieza rápida con el fin de tirar lo innecesario que nos retrasa cerca de una hora más y que a mi hermano y a mí nos vale una discusión como si luchásemos por la custodia de tres hijos.

- Tío, que tires eso, que no haces más que acumular mierda.
- Que no me da la gana. Esto me lo llevo al piso nuevo.
- Pero ¿para qué narices quieres una casqueta de moto si no tienes moto?
- ¿Y si me la compro?
- ¿Y si te vuelves un poco más tonto?

Cuando empezamos así, la regresión a los siete años no suele tardar en llegar, así que Jota interviene y comienza a decidir lo que se queda y lo que se va a la basura, y si alguno tratamos de protestar, nos manda a la mierda sin miramientos. Menos mal que la tenemos a ella porque es a la única a la que ambos se lo permitimos. Si no llega a ser por su mano dura, aún estamos peleando por el dichoso casquito.

En el momento en el que creo que Beto está a punto de tirarse por la ventana y poner fin a todo su sufrimiento, Jota y Nit salen del baño anunciando que han recogido todas mis cosas y que revise un poco para asegurarme, pero que están casi convencidas de que de ese cuarto también podemos olvidarnos ya.

Así pues, nos disponemos a abordar la cocina, donde decido dejar casi todos los pequeños electrodomésticos para que los siga usando Enzo porque, total, Beto tiene de todo en su casa y no necesitamos llevarnos las cosas por

duplicado.

Mientras estoy terminando de empaquetar algunas tazas que he traído de los diferentes viajes que he hecho, me acerco a mi cuarto en busca de mi chico para preguntarle si cree que necesitaremos una tostadora en nuestro nuevo hogar.

Lo que oigo me hace decidir pararme y escuchar un poco.

Soy un cotilla, no me avergüenza reconocerlo.

- Le haces feliz, ¿sabes?
- O sea que, ¿sí te parece bien?

Enzo aparece en ese momento a mi lado preguntándome de quién de los dos es un juego de sartenes negras que tienen pinta de tener que estar en algún contenedor más que en nuestra cocina.

Le hago un gesto para que se calle y, aunque me pone cara de “apártate de ahí, que será una conversación privada, ‘so’ maruja”, acaba colocándose a mi lado como quien no quiere la cosa para poner también la oreja.

- Sí, claro que me parece bien que estéis juntos y que queráis dar este paso, pero lo que yo crea no es relevante.
- Lo es para mí, Jota. Eres muy importante para él, lo sabes, ¿no?
- Claro que lo sé. Y él es mi hermano.
- Pues eso. Para mí tiene mucho peso tu opinión.
- Mira Beto, estoy feliz por los dos, porque veo a Ga emocionado. Sacas cosas buenas de él. Adoro que se ría tanto cuando está contigo. Me gusta que te encante tal cual es, porque no se puede ser mejor. ¿Qué si te doy mi bendición? ¿Cómo no voy a dártela cuando veo cómo te mira él?

Pero eso sí. No le hagas daño. Gael es un romántico que cree en finales felices y en comer perdices. Dáselo. No le hagas llorar o no tendrás cuevas lo suficientemente profundas en este mundo donde recluirte

para que no te encuentre.

Creo que si me concentro, puedo oír tragar a Beto.

Enzo y yo nos miramos divertidos.

Jota se ha reído según ha terminado la frase, pero los tres hombres que la hemos escuchado sabemos perfectamente que habla en serio. Es como una leona que cuida de su camada. Nada ni nadie tiene derecho a hacernos daño, por mucho mal que hayamos creado nosotros.

En ese momento creo que la quiero más que nunca.

Mi hermano y yo nos empezamos a alejar de la habitación para que no nos descubran fisgando a hurtadillas y me doy cuenta de que me está sonando el móvil. Es un número que no tengo registrado. Dudo un momento si cogerlo o no, por si es alguien del trabajo, pero como veo que no se rinden, decido descolgar.

- ¿Sí?

- Buenas tardes. ¿Es usted familiar de doña Cecilia Roncero?

Yaya.

Un nudo se me forma de golpe en el pecho.

- Sí. Bueno... algo así, sí. ¿Pasa algo?

- Nos constaba su teléfono como segundo contacto en caso de emergencia. No conseguimos localizar a la chica que tenía en primer lugar.

Tenía. Pasado.

Empiezo a marearme. Me apoyo en una pared y Enzo me pregunta con la mirada qué pasa. Noto que está algo preocupado.

- Jimena. Esa chica es Jimena. Está conmigo.

- De acuerdo. Le llamamos del hospital Dos de Mayo. Sentimos mucho tener que decirle esto, pero...

Un ictus.

Yaya había quedado esa mañana para ir a desayunar con unas amigas de su misma calle y al no aparecer, dos de ellas se presentaron en su piso a mediodía. Nadie contestó al timbre. Estuvieron llamando al teléfono fijo parte de la tarde y cuando comenzaron a preocuparse de verdad, avisaron al portero del edificio, que tiene llaves de todas las viviendas, para que abriese la puerta y comprobar que todo estaba bien.

Debieron de ser muy insistentes, porque al hombre no le quedó más remedio que hacerles caso.

La encontraron en el pasillo, en el camino de su habitación a la cocina.

Nos aseguraron que debió de ser rápido, que no sufrió mucho. También nos insisten en que no se podría haber hecho casi nada aunque la hubieran encontrado antes.

No sé si es verdad o los médicos sólo quieren que encontremos algo de paz. Si es así, no lo consiguen.

Cuando me dan la noticia, me caigo al suelo. Ni siquiera me doy cuenta de que pase, sólo recuerdo a Enzo teniendo que levantarme y gritando que si estoy bien.

Cuando veo a Jota aparecer delante de mí, no puedo contener las lágrimas.

No sé ni cómo decírselo. La tengo acuclillada enfrente, sujetándome la cara, con esos ojos preciosos tan abiertos y preocupados... Y tengo que decirle que su abuela, porque era suya por mucho que nos hubiera adoptado a todos, ya no está.

- Ga... GA, por favor, me estás acojonando de verdad. Dime algo. ¿Qué pasa?
- Jota... Yaya.
- ¿Yaya, qué? Gael, haz el favor de no asustarme.

- Yaya...

No soy capaz de decir nada más. Creo que no hace falta. Cuando me derrumbo y empiezo a convulsionar entre llantos, allí tirado en el suelo, Nit se tapa la boca y empieza a negar compulsivamente. Javi tiene que abrazarla tan fuerte para sostenerla que casi parecen sólo uno.

A Enzo se le nubla la mirada. El azul de sus ojos se vuelve tan oscuro que casi me parece negro. Aprieta tanto los labios que apenas se le dibuja una línea amarilla entre la nariz y la barbilla. No se da mucho tiempo para lamentarse.

A pesar del shock que nos está sacudiendo a cada uno, todos nos damos la vuelta hacia Jota, que se ha quedado con la mirada perdida, sin reaccionar. Casi me cuesta notar que sigue parpadeando. Es como si se hubiera convertido en un muñeco de cera.

- Jimena... -Enzo intenta cogerla por los hombros, pero ella le aparta con cuidado y levanta las palmas de las manos, como pidiendo espacio.

- ¿Dónde está?

- En el Dos de Mayo -consigo decir.

- ¿Está ingresada o...?

No consigue acabar la frase y el temblor de mi boca y la leve negativa que consigo dibujar con la cabeza le dicen todo lo que necesita.

- Llamad a un taxi, por favor.

Cuando tenía seis años me caí de la bici. Fue un golpe fuerte. Choqué contra un saliente y salí disparada cerca de dos metros. La rodilla me sangraba muchísimo y mi madre me llevó entre gritos de histeria al centro de salud más cercano.

Me tuvieron que poner cuatro puntos y yo lucía la marca con mucho orgullo en clase, como una muestra de mis hazañas y mi valentía.

Hay otras cicatrices que procuro que no vea nadie. Las cosí por dentro y son sólo mías. Lucho contra ellas todos los días, pero a veces las muy cabronas vuelven a abrirse.

Los días posteriores a la muerte de mis padres me di cuenta de que respirar suponía todo un reto para mí.

Miraba a mi alrededor y no podía entender que la gente de mi entorno siguiera con sus vidas como si nada.

Tenía sólo quince años y creo que no quería entender que el mundo no se para por nadie. Esa es la triste realidad.

Puedes estar derrumbándote por dentro, llorando a cada instante, ahogándote rodeada de una multitud de personas que sólo consiguen que te sientas más sola... da igual lo jodida que estés, o que creas que nunca vas a conseguir levantarte de nuevo. La vida te obliga a hacerlo y no va a esperar a que tú estés preparada. No funciona así.

Cada vez que intento pensar en las semanas que siguieron al accidente, sólo logro revivir un espacio negro y baldío. Lloraba cada hora del día, hasta que me dolía la cabeza y me entraba hipo. Supongo que no supe llevarlo bien.

Pero es que no quería ser digna.

No quería ser fuerte.

No quería ser valiente.

Simplemente, quería a mis padres.

A esa edad no alcanzas a entender casi nada. No te das cuenta de que, aunque últimamente chillaras a tu madre más de lo habitual, ella sabía que sólo era la adolescencia la que hablaba. No caes en que, aunque ya no quisieras pasar tanto tiempo con tu padre, él era consciente de que lo querías más que a nada en el mundo. No puedes comprender que, aunque ya no les dieras tantos besos como antes por vergüenza y por reivindicar tu falsa madurez, ellos recibían cada uno de los que aún les regalabas como tesoros.

Sólo piensas en que no te comportaste bien con ellos la semana anterior, cuando les gritaste que no sabían nada sobre ti. O que les debiste hacer daño cuando te negaste a pasar con ellos unas vacaciones en familia porque ya no eras una cría que quisiera estar bajo las faldas de sus papás. También rememoras la cena de unas noches atrás, cuando decidiste comer en tu cuarto escuchando música porque la sola presencia de tus padres te resultaba pesada.

La culpabilidad y la impotencia son dos enemigos muy jodidos de combatir.

Intentas buscar culpables.

El odio se erige como el sentimiento más fuerte sobre todos los demás. Odias de verdad a la persona

que te los arrebató. Planeas venganzas que sabes que nunca podrás llevar a cabo, pero que te alivian durante unos minutos.

Los días se hacen eternos. Todos son iguales.

Cada persona que se acerca a ti te mira con pena, te asegura que te entiende. Y una mierda.

Sientes la lástima en todos sus gestos y quieres hacerte la fuerte y darles a entender que no eres una niña boba que no sepa qué hacer a partir de ahora. Pero es que es exactamente lo que eres. Bueno, puede que no boba, pero sí muy perdida.

Revives aquella noche una y otra vez en tu cabeza, pero los recuerdos se mezclan. Los gritos te confunden. Los llantos te nublan la vista. La película que se proyecta ante tus ojos está siempre teñida de demasiada sangre y tú estás muy asustada.

Tardé muchísimo en conseguir ponerme de nuevo en pie. No lo habría conseguido sin Yaya y Nit a mi lado. Se convirtieron en mis muletas, en mis ruedines de la bici, esos que impedían que me cayera.

No es que el dolor desapareciera. Había días que el corazón me latía tan deprisa en el pecho que creía que la física erraría con todas sus teorías y mi órgano acabaría saliendo del pecho y echando a volar de un salto.

Las noches eran lo peor. A oscuras, sin nadie cogiéndome de la mano. Solos mis pensamientos y yo. Los recuerdos, que no querían darme una tregua.

La sensación de ahogo algunas veces era tan real que sufría ataques de pánico. Pero Yaya siempre aparecía para acostarse a mi lado y acariciarme la cabeza hasta que volvía a quedarme dormida. Ella hizo que siempre me sintiese algo acompañada en mi soledad.

Sólo ella.

Jota

Todo ha vuelto a mí con una fuerza brutal.

Los sentimientos que tanto me costó superar hace doce años han salido a la luz como si sólo hubiese conseguido enterrarlos a unos centímetros de la superficie en todo este tiempo.

Los primeros días tras la muerte de Yaya todo transcurrió a mi alrededor como algo irreal.

Me pedían que me ocupara del papeleo, de la incineración, de la elección de la urna, de los trámites con los abogados por el testamento... Ya os dije que no éramos familia de sangre, pero nosotros éramos la única que tenía Yaya.

Me muevo por inercia. En el tanatorio un montón de gente desfila ante mí sin que llegue a reconocer la mayoría de las caras.

Sé que Enzo y todos los demás no me dejan ni a sol ni a sombra. Están intranquilos por mí. Esperan mi estallido, pero es que no sé si llegará.

No sé muy bien cómo explicároslo, pero no tengo ganas de llorar. Sólo distingo una especie de presión en el pecho que me lo impide. Es constante y después de unos días me he acostumbrado a ella, pero es muy molesta. A veces me provoca taquicardias, pero procuro alejarme de mis amigos y respirar despacio hasta que pasan, para no preocuparles más de lo necesario.

Como hace tiempo ya tuve que descubrir por mí misma que la vida no se detiene para esperar que la tristeza se aleje, sigo con mi día a día.

En el colegio me sugirieron que me tomase unos días si quería, pero prefiero estar ocupada. La rutina me ayuda a pensar menos.

Intento sonreír y actuar como se supone que la Jota de siempre lo haría, aunque creo que no me sale muy bien.

- Nena, tienes que llorarla.
- No me sale hacerlo, Nit.
- Estamos preocupados por ti.
- Ya lo sé. No sois nada disimulados. Me seguís como si fuera una ex yonqui recién salida de rehabilitación.
- Perdona, no es nuestra intención agobiarte, pero todos sabemos lo que significaba Yaya para ti.
- No lo creo -hay demasiada amargura en mi voz.
- Claro que sí.
- No, Nit, siento llevarte la contraria, pero no tenéis ni puta idea, porque no sabéis lo que es estar sola. ¡Sola por completo!

Mi tono ha ido subiendo poco a poco y soy consciente de que estoy gritando a mi amiga, pero no puedo contenerme.

- No estás sola, Jota. Sabes que nos tienes.
- No es lo mismo. Ella... ella era lo único que me quedaba que me ataba a mis padres, que me recordaba que hubo un tiempo en que todos juntos fuimos felices. Que ellos no fueron un sueño.

El silencio se impone entre Nit y yo. Sé que quiere ayudarme y que no se lo pongo fácil, pero es que me siento muy perdida y no sé cómo salir a flote de nuevo.

- A veces me cuesta recordarles, ¿sabes? No me refiero a sus caras si no a... no sé, a lo que hacíamos, a los días que pasamos juntos, a sus voces...

Cuando tenía un mal día, Yaya me preparaba un café y nos sentábamos en la mesita del salón donde tantas veces me leyó mi madre y me contaba historias sobre ellos.

Yaya era mi casa, Nit. Y se ha ido.

Mi amiga me abraza y me mece como si fuese la niña que ahora mismo me

siento.

No sé el rato que permanecemos así, pero me dejo hacer porque lo necesito de verdad y porque sé que con Ana me puedo permitir ser frágil.

No paro de pensar que no recuerdo qué fue lo último que le dije a Yaya. ¿Hacía cuánto no le recordaba lo que la quería, lo que la necesitaba?

Los días van pasando sin que nada suceda realmente. En un par de ocasiones me giro al ver a una mujer con un peinado similar al de ella, o con una falda que ella usaría. Enfilo hacia ellas con una convicción que se deshace en el momento en que me doy cuenta de mi error. Ellas no pueden ser Yaya, pero es que no me hago a la idea. Todo ha sido tan repentino que no termino de asumir que ya no la voy a ver más.

Es como si se me hubieran negado la oportunidad de despedirme de ella.

Sé que Enzo se siente mal por mí. No sabe cómo ayudarme y eso le cabrea. Yo intento comportarme de manera natural con él.

En estas dos semanas hemos hecho el amor unas cuantas veces, pero los dos notamos que no es lo mismo. Ninguno quiere negarse a ello porque sería como admitir que hay algo que no marcha bien, que es diferente, y no sé si sabríamos enfrentarnos a ello, así que preferimos callar y dejar que los días pasen.

Ha tratado de hablar conmigo en un par de ocasiones, pero siempre le corto antes de que la conversación pueda dirigirse hacia aspectos que me hagan daño.

- Jimena, mi vida, esto no puede seguir así.
- Así, ¿cómo?
- Así, fingiendo que Yaya no ha muerto.
- No estamos pretendiendo eso, Enzo. Sé que Yaya ha muerto, no hace falta que me lo recuerdes.
- Mi vida, no quiero echar sal en la herida. Sé que está muy abierta,

que te escuece, pero creo que no querer enfrentarte a determinadas cosas no hacen que desaparezcan.

- Y según tú, ¿qué debería hacer?, a ver. Porque te recuerdo que si hay alguien experta aquí en que se le muera la gente que quiere, soy yo. Digo, vamos. A lo mejor sé un poquito mejor que tú qué tengo que hacer para sobrevivir a esto.

- Pero es que ese es el error, nena. No sobrevivas a esto, aprende a vivir con ello.

Sé que te reconcome por dentro no haberle podido decir adiós, así que... díselo. Elige cómo quieres despedirte de ella y hazlo a tu manera, Jota. Nunca necesitasteis seguir reglas o protocolos, vosotras teníais vuestra propia forma de entenderos y de entender al mundo. No dejes que un funeral convencional sea la única manera que tengas de enterrarla.

Durante los siguientes días pienso mucho en lo que me ha dicho Enzo.

Por muy enfadada que suene cada vez que alguien la menciona, sé que tienen razón.

No quiero ser esta Jimena, resentida, dolida, que deja que el odio vuelva a imponerse sobre el resto de los sentimientos bonitos que la acompañan normalmente en su vida.

Yaya odiaría a esta Jota.

Le doy muchas vueltas a la forma en que podría hacer esto.

Le pido a Enzo que me deje sola unos días, que durmamos separados. Sé que le duele que lo haga, pero necesito pensar sin ver a nadie, sin sentir que tengo que ser fuerte para que los demás no se angustien por mí.

Una semana después creo que sé qué tengo que hacer y a dónde tengo que ir.

Un año después de la muerte de mis padres encontré una carta que mi padre le escribió a mi madre mientras él hacía la mili. Le decía cosas preciosas que me hicieron sonreír.

Me di cuenta de que cuando ahora pensaba en ellos, sentía añoranza y algo de rabia aún, pero sobre todo notaba cariño y anhelo.

- Yaya, cuéntame cosas sobre mis padres, por favor.
- ¿Cosas como qué, mi niña?
- No sé... ¿se querían mucho?
- Oh, Dios. Sí. Nunca conocí a una mujer tan enamorada como tu madre. Y siempre rogué para encontrar un hombre que me mirase como tu padre lo hacía con ella.
Estar cerca de ellos, era contagiarse un poco de su amor.
- Y, ¿cómo se conocieron?

Yaya me sonrió y me propuso hacer una excursión esa tarde.

Cogimos el coche y me fue indicando el camino a seguir. Cuando llevábamos casi una hora al volante, me hizo girar para tomar un camino de tierra que nos desviaba de la carretera principal.

A los pocos kilómetros, ante nosotras apareció un enorme campo de girasoles que teñía de amarillos y naranjas el atardecer. El sol estaba a medio camino de desaparecer y algunos malvas empezaban a adornar el cielo de finales de verano.

Una pequeña casita se elevaba con majestuosidad por encima de la nada que reflejaba la pradera y, como si de un cuento infantil se tratase, un balancín nos esperaba en el porche trasero.

- Tus padres se conocieron aquí, Jimena. Ella era de un pueblecito de Segovia que está a poca distancia, y tu padre pasaba por aquí de camino a Valladolid, donde tenía unos amigos a los que quería visitar.
Ella solía venir a menudo en los meses de calor porque conocía a los

dueños de esta pequeña villa y le encantaba pasar las tardes meciéndose donde estamos tú y yo ahora y comiendo pipas de los girasoles que arrancaba.

Él paró a descansar en su trayecto porque era su destino hacerlo.

- ¿Y qué pasó?

- Que se miraron. Que se descubrieron. Que ya nunca supieron estar separados.

Apenas tenían 19 años, pero tu padre se hacía este camino tres y cuatro veces por semana para verla un rato. Desde que se encontraron, no hubo nada más, Jimena, sólo tuvieron corazón para dárselo al otro. Bueno, hasta que llegaste tú, claro.

Hoy no hay girasoles, pero el campo castellano sigue igual de bello. Ya ha terminado la siega y las cuadrículas de terreno dividen el paisaje en ocres, dorados y tostados. Algunos trazos de verde aún intentan destacar en la llanura y el blanco de las nubes matiza la enormidad del azul del cielo.

Los dueños de la villa han cambiado desde la última vez que estuve aquí, pero no encuentro problemas para conseguir que me alquilen una habitación para esta noche en esa preciosa casa rural en que han convertido la propiedad. Sonríó con alegría al comprobar que el columpio sigue en su sitio.

Llego bastante tarde, así que me voy directa a la cama después de cenar algo. Por primera vez en semanas, me doy cuenta de que duermo tranquila, sintiéndome algo más cerca de Yaya.

Al día siguiente recorro la zona despacio, parándome en cada hueco nuevo que descubro.

No es que me fascine aquello, aunque reconozco que esa estepa de colores cálidos me transmite una paz cuya procedencia no llego a identificar. Sólo

estoy tratando de retrasar un poco el momento de despedirme de mi abuela, porque no tengo ni idea de cómo hacerlo.

Pensé que al venir aquí todo saldría sin más.

- Algún día vendré aquí de nuevo a contar a mi hija lo mucho que yo te quise a ti, Yaya.

Recuerdo haberle dicho eso antes de marcharnos de allí hace una década. Vengo sola, pero podría gritar que aquella mujer me salvó cuando más la necesité, que sin ella, mi mundo hubiese sido más oscuro y peor.

Me alcanza la hora de comer, pero no tengo hambre. Me siento frustrada porque no sé cómo seguir ahora.

En muchas películas he visto a las protagonistas escribir una carta con todo lo que alguna vez quisieron decir a aquella persona con la que ya no pueden hablar y quemarla después, como una especie de símbolo.

Bueno, no tengo nada que perder.

Cojo papel y boli y no pienso. Sólo, escribo.

Hola Yaya.

Me siento un poco ridícula haciendo esto.

Me conoces. Sabes que no creo que estés en ningún sitio, observándome y cuidando aún de mí. De ti sólo quedan las cenizas que hace poco tuve que dejar bajo tierra.

Siempre me decías que los cristianos tenéis un consuelo que nunca llegaré a comprender, porque sabéis que la muerte no es un adiós, sólo un hasta luego. Que comprendisteis hace mucho que esta vida sólo es un ensayo de lo que luego vendrá, del lugar donde podréis estar con aquellos a quienes queréis para siempre.

Los que tenéis la capacidad de ver sólo por Fe pensáis que la nuestra es la postura fácil: creer sólo en lo que puedes percibir. No sabes lo equivocada que estás, Yaya.

Hoy más que nunca querría poder albergar esa esperanza de que aún no te he dado el último abrazo.

Es horrible pensar que estoy hablando a alguien que ni siquiera me oye, pero necesito decirte esto una vez más, Yaya.

Necesito que sepas que te quiero, que te echo de menos. Que me quedo huérfana sin ti, porque cuando perdí a mi madre, apareciste tú para recordarme que aún me quedaba una abuela.

Gracias por haberme querido así, incondicionalmente. Por haber tenido el valor de hacerte cargo de una adolescente perdida y asustada que te necesitaba más que nunca.

Gracias por apoyarme en todas mis decisiones y por dejar que fuera yo la que me estrellara cuando sabías incluso antes que yo que estaba haciendo algo que no saldría bien.

Gracias por no juzgarme, por levantarme, por el cariño y los besos que no te pedía pero que siempre quería.

Gracias por todo lo que tú y yo sabemos y los demás ni se imaginan.

Vuelvo a quedarme a oscuras y esta vez me toca encontrar sola la luz. No tengo ni idea de cómo hacerlo, porque te la llevaste toda contigo, pero lo voy a hacer. Por mí y por ti, porque quiero que puedas llegar a sentirte orgullosa de la mujer que seré.

Te voy a extrañar cada día de mi vida.

Adiós, Yaya.

Mientras me dirijo al balancín con la carta y una vela encendida en una mano, me coloco los cascos para evadirme un poco del mundo exterior. Pongo en modo aleatorio una lista de canciones tranquilas, más acordes con mi estado de ánimo. Me desplazo a un rincón donde sólo importamos mi abuela y yo.

Releo la carta mientras las notas me acompañan a lo lejos. Cuando decido empezar a quemar esas palabras llega el final de una canción y retumban en

mis oídos los primeros acordes de otra.

En el momento en que la llama prende por completo el papel y yo lo apoyo sobre una bandejita para observar tranquila cómo el humo asciende hacia el cielo, en busca de su receptora, la voz del cantante de The Cinematic Orchestra susurra en mis oídos.

“...This is a place where I don't feel alone. This is a place where I feel at home. 'Cause, I built a home for you, for me... And now, it's time to leave and turn to dust... Out in the garden where we planted the seeds, there is a tree as old as me... When the gusts came around to blow me down, I held on as tightly as you held onto me... but now, it's time to leave and turn to dust”

[“Este es un lugar donde no me siento sola. Este es un lugar donde me siento en casa. Porque tú construiste un hogar para ti y para mí... Y ahora es tiempo de partir y convertirse en polvo... En el jardín donde plantamos las semillas hay un árbol tan viejo como yo... y cuando las ráfagas llegaron para derribarme, me aferré tan fuerte como tú te agarraste a mí... pero ahora es el momento de partir y convertirse en polvo”].

Tengo la cara anegada en lágrimas, pero la presión del pecho ya no es tan fuerte.

Sé que Yaya se acaba de despedir de mí y que debo dejarla ir.

Me levanto algo indecisa y me dirijo a mi habitación. No tengo nada más que hacer aquí y en casa me esperan personas que me quieren y que no me han dejado hundirme estos días. Quizá es hora de darles las gracias por ello.

Enzo

No tengo ni idea de qué hacer para ayudarla.

Parece que cada cosa que digo últimamente le molesta. He llegado a pensar que es mi presencia, simplemente, la que le desagrada.

- Dale tiempo, Enzo. Está mal.
- Joder, Gael, ya lo sé, pero es que no entiendo que rechace mi ayuda. Yo sólo querría apoyarme en ella y llorar.
- Jota no es así, ¿vale? Tienes que entender que no es la primera madre que pierde. No quiero imaginar lo que estará pasando o lo sola que se sentirá.
- ¡Pero es que no está sola, joder!
- Y lo sabe, pero tú ya me entiendes. Piensa en que de repente, sin previo aviso, te faltase mamá.
- Ni lo digas, tío...
- Pues eso.
- No sé... sigo pensando que sería más fácil para ella si se dejase mimar un poco.
- Mira, yo no estaba aquí cuando sus padres murieron, pero Nit me ha dicho muchas veces que fue una época que ninguna prefiere recordar. Jota debía ser como una autómatas que se movía por inercia. Si no la alimentaban, no comía. Si no le acercaban agua, no bebía. Dormía más que vivía... y salió de aquella. Ahora también lo hará, pero a su forma. Tú, solamente deja que vea que estás por aquí y cuando ella te necesite, acudirá a ti.

No me convence mucho el plan. Me siento impotente y sólo quiero que Jimena se sienta mejor. Es horrible no ser capaz de conseguirlo.

La frustración es aún mayor cuando me pide que no nos veamos en unos días. Sé que yo mismo le he dicho que sería bueno que pensase en cómo quiere despedir a Yaya y que es algo que se ha tomado en serio, pero no poder estar a su lado en estos momentos es... mierda, es como si me dijera que no me necesita, que no soy suficiente para aplacar un poco su dolor.

Llevamos sin vernos ni hablar seis días y no tengo ni puta idea de si en este tiempo ha mejorado algo su estado de ánimo o si está pensando en tirarse por un puente.

Me pidió que tampoco la escribiera, pero no he podido remediarlo y le he mandado un par de mensajes para preguntarle cómo lo lleva, que me ha respondido prácticamente con monosílabos.

Hoy estoy algo más nervioso de lo habitual. Estas últimas semanas están siendo duras en el trabajo, tengo que hacer muchas horas, siempre estoy cansado y de mal humor, aunque creo que esto último tiene más que ver con mi chica y mi incapacidad para apoyarla como ella querría que con el proyecto nuevo que nos han encargado.

Necesito oírla. Sé que no debería, pero marco su número.

Al quinto tono sin obtener respuesta al otro lado, desisto.

Me quedo allí, sentado en el sofá de mi piso, que se me antoja vacío y demasiado grande de repente sin Jimena y sin Gael por allí. Nunca he llevado bien la soledad ni que me dejen de lado.

Jugueteo con las teclas del móvil, mirando la pantalla. Entro en Facebook y en Twitter, intento no pensar en mandar un mensaje que hace días me lleva rondando por la cabeza.

Me marchó a la cocina y abro la nevera para ver si hay algo que capte mi atención. La cierro porque no encuentro nada lo suficientemente calórico.

Camino hasta la habitación, pero cambio de opinión a mitad de camino y decido que la cerveza solitaria que descansaba en la segunda repisa del frigorífico tampoco estaba mal como aperitivo.

Vuelvo al sofá y giro el teléfono en mi mano.

Un mensaje tampoco es el fin del mundo, ¿no?

“Cuando las cosas de verdad se ponen difíciles a tu alrededor, te das cuenta de que sólo se lucha por lo que merece la pena”.

Lo releo varias veces. Mi dedo pulgar toquetea nervioso el lateral del móvil, dudando si dar a ‘enviar’.

Justo cuando me decido, suena el timbre de casa.

Al abrir la puerta veo a una Jota más sonriente, más alegre, más...ella.

- Lo siento. No he sido una persona fácil estos días y lo lamento mucho.

- No importa

Ahora la veo allí, tan frágil, y sólo quiero abrazarla y conseguir que nunca más tenga que llorar por nada.

- Sí, sí que importa. Sé que te he apartado y que eso te ha hecho daño, pero cuando algo me golpea así de fuerte, suelo necesitar algo de espacio para recuperarme sola, porque si no acabo arrastrando a la gente que quiero conmigo y puedo ser cruel y despiadada. El dolor no me convierte en una persona agradable, Enzo.

- Lo importante es que has vuelto a mí.

- Siempre volveré a ti.

- ¿Te despediste?

- Sí. Y ella de mí. La he llorado como merecía y la he honrado a mi manera.

- Me alegro de que estés de nuevo conmigo.

- Me alegro de estar de nuevo contigo.

Y en el beso que viene desaparecen todas mis dudas y mis miedos. O eso creo.

Ha pasado una semana desde que Jota ha vuelto, y no me refiero a su regreso de la villa segoviana, sino a que vuelve a ser ella misma. Ese torbellino de risas, bailes y color que le acompañan siempre hace acto de presencia a cada rato.

Dice que no quería estar triste durante más tiempo, que a Yaya no le hubiera gustado ver en quién se había convertido de nuevo, así que aunque a veces la sorprendo con la mirada perdida en el infinito y una expresión de pena en sus preciosos ojos verdes, no me preocupo en exceso, porque sé que le llevará aún un tiempo aprender a vivir sin su abuela, pero que está dispuesta a batallar por conseguirlo.

Sólo llegué a conocer a una de mis abuelas y, aunque es cierto que estuve triste cuando falleció, ni de lejos me importaba como Yaya a Jota. Y, gracias al cielo, aunque veo poco a mis padres, sé que los tengo para todo lo que necesite.

No soy capaz de ponerme en la piel de Jimena, pero me ha demostrado que es una mujer excepcional, que saldrá adelante pase lo que pase. Aunque he de reconocer que en este tiempo también me ha molestado un poco darme cuenta de que lo haría conmigo o sin mí. No es algo que vaya a comentar con nadie, ni siquiera con Gael, porque puede sonar algo... egoísta, pero me hubiera gustado comprobar que me necesitaba un poco más.

Hoy hemos quedado para ir al cine. Una comedia tonta que pueda regalarnos un rato de diversión fácil.

Cuando llama al timbre me sorprendo un poco, porque normalmente entra con su llave. Decidí no pedirle que me la devolviera cuando Gael se mudó.

Se ha adelantado y me pilla a medio peinar. Abro la puerta sin mirarla si quiera y me giro rápido para terminar deprisa y que no tenga que esperar demasiado por mí.

- Pasa, que ya termino. Dame diez minutos y podemos marcharnos. Perdona que aún no esté arreglado, pero es que has llegado muy pronto.

- Enzo...

Esa voz me coge por sorpresa.

Me freno en seco antes de entrar en mi dormitorio y me doy la vuelta para asegurarme de que, efectivamente, en mi piso acaba de entrar un fantasma.

Enzo

Nunca he llevado bien ver a una mujer llorar. Menos aún si es alguien a quien he querido. Todavía menos si yo soy la causa de su pena.

Delante de mí, una Lucía con su melena castaña mucho más corta de lo que recuerdo, algo más delgada y con una enorme maleta que ha dejado en un rincón del salón, me mira con sus expresivos ojos miel muy abiertos.

No lo hizo bien. Nuestra historia terminó de la peor forma posible, pero me mata verla así.

En cuanto la he visto en el umbral, la culpa por haber mandado ese maldito mensaje me golpea con tanta fuerza que casi me tumba. Como respuesta a mi propia pena, he arremetido contra ella.

- ¿Qué mierdas haces aquí, Lucía?
- El whats app...
- Eso fue un error en un momento de debilidad. Fue una gilipollez que no sentía y no tendrías que aparecer por aquí sin avisar sólo por algo así.
- Enzo, por favor. Sé que no sirve como excusa, pero tú y yo estábamos tan mal... No sé si fue la rutina, o el pasar tanto tiempo juntos llevando tan poco saliendo. A lo mejor matamos la magia por querer correr mucho. Pero es que tú ya ni me mirabas. Echábamos un mal polvo por semana, casi más por cumplir que porque me pareciese que querías.

Y me revienta oírlo de su boca porque sé que es verdad. Me acostumbré de tal manera a tenerla cerca que, sin saber muy bien cómo, se convirtió en un mueble más de la casa para mí.

A ver... igual eso ha sonado fatal, pero es cierto que la pasión del principio dio paso muy pronto a la desidia. Cualquiera que nos hubiera conocido en ese momento podría haber pensado que llevábamos juntos más de una década en vez de año y medio.

- Y esa es una razón de peso para liarle con la mitad de los tíos de Nueva York.

- Te juro que no fue así. Es que... quería sentirme mujer. Quería que me miraran con deseo. Cuando me arreglaba para ti ni siquiera te fijabas y entonces nuestro vecino empezó a decirme cosas bonitas cuando me veía en el descansillo. Pensé que por coquetear no hacía daño a nadie, sólo me subiría a mí misma un poco la autoestima. Pero se me fue de las manos.

- ¿Te dejé sin autoestima?

- ¡Pues sí, joder! Puede que te parezca una tontería, pero... sí. Los primeros meses, cuando salíamos por ahí, no podías tener las manos alejadas de mí más de diez minutos y cuando todo estalló hacía más de un mes que ni me mirabas.

- ¿Y James también te decía cosas bonitas?

- Lo de James fue por hacerte daño. No te pienso mentir. He venido aquí a intentar recuperar lo que sea que quede de lo que fuimos y no voy a empezar con mentiras.

- ¿Y según tú, por qué merecía yo sufrir? Mira Lucía, si no te gustaba cómo te trataba, o cómo te miraba, haberme dejado. O haber luchado por ello, haber hablado conmigo... ¡lo que fuera, coño!, ¡todo menos engañarme como lo hiciste! Yo te quería...

- ¿Y cómo querías que lo supiera? No me lo decías, no me lo demostrabas...

- ¿Y tú me lo demostrabas a mí? Pasabas más tiempo de compras,

haciéndote las uñas y en la peluquería que haciendo planes conmigo.

- Porque quería estar guapa para ti, porque quería que me vieras como al principio.

- ¿Para que yo te viera guapa? ¿Seguro? ¿Querías gustarme sólo a mí? ¡Porque te recuerdo que te follaste a otros, Lucía!

- ¡Lo sé, joder, ya lo sé!

- A mí no me gustabas por ser guapa. No te quería porque follaras bien. En una relación adulta no todo es cama, entérate.

- Puede que no, pero tampoco ayuda a avanzar por el buen camino que tu novio te trate como si fueras un colega asexual.

Me jode ponerme tan nervioso. No quiero que su presencia me afecte. No quiero que lo que me diga me haga sentir culpable. No quiero notar que aún hay algo en mí que quiere que me convenza de que está arrepentida.

- No, asexual no eres, está claro.

- Mira, Enzo, si quieres echarme toda la culpa de que lo nuestro se fuese a la mierda, adelante, pero sabes tan bien como yo que ambos lo dejamos morir. Por no ponerle ganas, por no esforzarnos cuando la dinámica de la relación cambió y se volvió más seria, por pasar tantas horas siendo *tú* y *yo* y ninguna siendo *nosotros*, -la cabrona sabe abrir heridas -pero lo cierto es que yo no te he olvidado. ¿Tú me has olvidado?

- Lucía...

- Mira, si me dices que ahora mismo te da igual todo lo que te estoy diciendo, que nada se te está removiendo por dentro teniéndome delante de ti rogándote porque lo intentemos de nuevo, que no te tiemblan tanto las manos como a mí por tenerte tan cerca y no tocarte... si me dices eso, me doy la vuelta y no vuelvo a molestarte jamás.

Dudo. Y esa duda es mi perdición.

Se acerca a mí y me rodea el cuello con los brazos. Sus manos se enredan en mi pelo en una caricia. Me mira abriendo mucho los ojos y entreabre un poco la boca, invitándome. Y yo caigo.

Todo es demasiado familiar. Mi cuerpo reacciona al suyo y me entierro entre sus pechos, mordiéndolos aún sin estar desnudos.

Sentir su olor y su tacto después de tantos meses es extraño, pero noto algo que identifico como reconfortante. Ver cómo me anhela, cómo me ruega que vuelva a ella, hace que sienta que me necesita más de lo que Jota nunca llegará a hacerlo.

Me quita la camiseta y lame todo mi torso. Me acaricia la cara y rodea mi espalda.

Sigue bajando hasta tropezar con la cremallera de mi pantalón, que desabrocha sin dejarme tiempo para pensar. Empieza a masajearme por encima de los bóxer. Cuando saca mi erección y se la mete en la boca, sonrío y cierra los ojos, como si estuviese probando un caramelo que le habían negado mucho tiempo.

Apoyo la mano en su nuca, gime y yo la empujo para que trague más profundo. Noto que le da una arcada, pero no se detiene, si no que acelera el ritmo.

- Joder...
- Aún recuerdo cómo te gustan las mamadas.

Siempre me enciende que me hable sucio. Se centra un rato en la punta, dando mordiscos suaves, alternándolos con lametones desde la base hasta el prepucio.

Se la meto dos veces más hasta el fondo de la garganta y le cojo del brazo para que se ponga de pie. Le abro la camisa de un tirón, rompiendo un par de botones por el camino, y le saco un pecho por fuera de la tela del sujetador.

El pezón está hinchado y duro y yo se lo muerdo de forma algo brusca y ella se retuerce con un grito de placer.

- Fóllame, nene, por favor.

La suelto para coger un condón de mi cartera y ella se deshace de un minúsculo tanga de encaje negro, dejándose puesta la falda. Me coloco el preservativo y le doblo el cuerpo contra el respaldo del sofá y juego con dos dedos por la abertura de sus labios. Cuando noto que intenta pegarse contra mí, los meto en su sexo y empiezo a moverlos con fuerza.

Ella ya está gritando sin pudor. La habitación se ha llenado de jadeos y de sexo.

Cuando salgo de ella, se gira para mirarme a los ojos y me devora la boca. La subo a pulso sobre mi cintura. Me rodea con las piernas y la penetro sin problemas. Está impaciente y preparada. Noto su humedad en cuanto acerco mi pene a su entrada.

- ¡Oh, por Dios! ¡Fuerte, Enzo, fuerte!
- Te voy destrozar.
- Párteme en dos.

La embisto con rabia, con toda la que tuve contenida estos meses atrás contra ella por lo que me hizo y que ni siquiera sabía que estaba ahí todavía.

En cada movimiento choca contra la pared y sus tetas rebotan frente a mi cara. Me meto de nuevo el pezón que tiene fuera en la boca y lo chupo y lo mordisqueo con ganas.

Ella no para de gemir y poco después noto cómo empieza a temblar y a apretar los muslos alrededor de mis costados. Se queda como una muñeca sin fuerza abrazada a mí mientras sigo empujando sin piedad, notando cómo resbalo mejor dentro de ella por los fluidos de su orgasmo.

Empiezo a notar un cosquilleo que me avisa de que no falta mucho. De repente, siento cómo Lucía se tensa de nuevo. No sé si está llegando otra vez,

pero no creo que le dé tiempo a alcanzarme, porque en cuatro arremetidas más, me corro entre gruñidos. Mientras aún tengo la frente apoyada en su hombro derecho, reponiéndome me parece escuchar un sonido sordo que no identifico.

Miro alrededor intentando ubicar el ruido, pero no veo nada más que a Lucía mirando al frente, por encima de mí.

- ¿Quién era esa rubia?

- ¿Cómo?

- La rubia que acaba de entrar en tu piso mientras te corrías. La pobre se ha quedado noqueada -ella parece divertida. Yo debo de haber empalidecido.

- ¿Qué rubia, Lucía?

- Joder Enzo, una chica de pelo rizado que ha abierto con sus propias llaves. Nos ha visto, se ha quedado quieta mientras terminabas y se ha pirado. Ha sido un poco raro.

Mierda, mierda, mierda. No, por favor. Joder, no.

Bajo al suelo a Lucía y me subo los pantalones, que ni siquiera me había quitado por completo. Salgo al rellano como si me estuviera persiguiendo el mismo demonio, pero ya no hay rastro de Jota.

No tengo ni idea de dónde puede estar. Ni de si volverá.

Jota

Entre mis amigos tienen muy extendida la creencia de que soy una mujer fuerte. No es cierto. Soy rematadamente emocional. Pero hace mucho descubrí por las malas que sentirte pequeña delante de alguien, puede significar que la otra persona se crea más grande que tú. Por eso no suelo mostrar debilidad delante de la gente. La disfrazo de orgullo y así cuesta menos seguir adelante.

Pero Nit... Nit es una roca.

Cuando murieron mis padres, estuve una semana sin levantarme de la cama. Yaya ya no sabía qué hacer. Intentaba animarme preparando mi comida favorita, comprándome zapatos y contándome historias sobre mi madre cuando ella tenía mi edad.

Hacía todo lo que podía, mi pobre Yaya.

El séptimo día que me quedé encerrada en mi habitación, Nit llamó a mi puerta. Subió las persianas, abrió las ventanas y me obligó a meterme en la ducha para lavarme el pelo. Me dio de comer como a un bebé porque yo me negaba a tragar nada. Y cuando estuve aseada y volvía a oler como un ser humano, me sentó el sofá y me dijo:

- Jota, no van a volver y estando así sólo preocupas a quienes te queremos. Por favor, haz pequeños esfuerzos para seguir adelante. Sé que necesitas tu duelo y tienes todo el derecho del mundo a tenerlo. Lloro lo que quieras, pero después sécate las lágrimas y avísame. Vendré a buscarte e iremos juntas de la mano en cada paso que estés preparada para dar.

Y, como siempre, cumplió su promesa.

Cada vez que me he caído, ella estaba para servirme de apoyo y que pudiese levantarme de nuevo.

Cuando tuve que hacer frente a mi ruptura con Jaime, no pasó ni un solo día hasta el final de la carrera que no me repitiese *“la cabeza alta, Jota. Nadie tiene que hacerte bajar la mirada por haber amado y haber perdido”*. Esa frase se convirtió en un mantra para mí durante muchos meses.

Mi Nit. No tengo ni idea de qué habría sido de mí durante todos estos años si no llego a tenerla a ella. Me permite ser débil, porque sé que puede ser fuerte por las dos cuando yo lo necesite. Por eso estoy aquí ahora, llamando a su puerta.

- Reina, ¿qué ha pasado?, ¿por qué traes esa cara?

Y entonces sí, me derrumbo.

- ¿Vas a hablar con él?

- Sí, pero esta noche no. No sé qué quiere él. No sé qué quiero yo y no creo que hoy fuese capaz de razonar casi nada. Estoy demasiado rabiosa. Es como si hubiera retrocedido siete años en el tiempo. ¿Por qué siempre eligen a otra antes que a mí, Nit?

- Porque te enamoras de gilipollas.

- Amén

Mi amiga me sonrío con pena

- No sé, Nit, es que después de lo de Yaya me sentí muy perdida. Sé que no ha sido fácil tratar conmigo estas semanas, pero...

- No se te ocurra echarle la culpa.

- No, no. No va por ahí. No soy tan imbécil. Lo que digo es que, aunque no haya estado como siempre, él no se ha rendido. Ha seguido a mi lado, me ha intentado animar... Me ha demostrado que le

importo. Eso hace que entienda aún menos lo que acabo de ver.

- La verdad es que yo tampoco me lo esperaba de Enzo.
- No sé qué hacer. Me siento muy sola, Ana

Oírme llamarla por su verdadero nombre se me hace raro hasta a mí.

- Descansa, mi niña. Mañana nos volveremos a poner de pie una vez más y seguiremos adelante. Cabeza alta.
- Cabeza alta.
- Buenas noches. Te quiero
- Y yo a ti. Nit...
- Dime
- Gracias. Por todo. Por siempre.
- Eres mi hermana, Jota. Nunca te voy a faltar.

Lo sé. Y eso es lo único que hace que esa noche no me vuelva loca.

Cuando teníamos trece años, Nit dio su primer beso.

Llevaba loca por Guille desde que había empezado el curso y parecía que él estaba interesado en ella.

Siempre le traía detalles tontos que a mi amiga le sacaban sonrisas a diario.

Él era uno de los chicos más populares del colegio. Tenía ese aspecto chulesco que tanto nos gustaba a esa edad, pero luego se comportaba de forma tierna con Ana.

Después de unos cuantos meses de miradas, coqueteos y muchas horas delante del armario pensando qué ponerse, Nit aceptó ir con él un rato a la feria.

Era San Isidro y todo estaba lleno de gente ataviada con sus mejores galas y sus trajes de chulapos.

Guille la cogió de la mano y la invitó a algodón de azúcar. Cuando la noria paró mientras ellos contemplaban Madrid desde lo alto de la atracción, se inclinó sobre ella y la besó.

Ella estaba un poco nerviosa. Habíamos investigado qué se supone que tienes que hacer cuando un chico te besa, pero en ese momento se acordó de cerrar los ojos y ladear un poco la cabeza, pero no sabía si debía abrir ya la boca o si él sentiría asco al notar su lengua.

No estaba convencida de que fuese a ser algo que le agradase. Pero fue tan dulce... sintió la punta de su lengua tratando de abrir con cuidado sus labios y cuando se dejó llevar, ese momento se convirtió en uno de los más mágicos de su vida.

Estuvo contándome con pelos y señales cada detalle durante los dos días que transcurrieron antes de volver al instituto.

Cuando el lunes Guille apareció por clase, ella corrió a su encuentro para lanzarse a sus brazos, pero cuando se dio cuenta de que él no le devolvía el gesto, se separó extrañada.

Quince minutos después, saltaba con mi 'hermana' el muro del patio trasero para escondernos en mi casa y que nadie la viese llorar.

Con lo que no contaba era con que mi madre saliese ese día antes del trabajo y nos pillase a ambas en mi habitación.

La imagen debió de impactarla, porque en vez de reñirme, se sentó al lado de Ana y la abrazó con fuerza.

- ¿Qué ha pasado, cariño?
- Él... me besó y yo creí que... pero me ha dicho que era una tonta por emocionarme así, que no sabía qué me habría pensado, pero que no significó nada, que no soy tan especial...
- Ese chico debe ser un auténtico gilipollas -me impactó mucho oír a mi madre hablar así de un chaval.
- No. No es así. Es tierno, y gracioso. Yo le quiero mucho.
- Pues no se lo merece.
- Pero...
- Ana, escúchame bien, ¿vale? -Nit miró muy atenta a mi madre y se sorbió los mocos como pudo -ningún hombre que haga llorar así a una mujer por asegurar que ella no es nada

del otro mundo, merece tus lágrimas.

El amor es algo precioso, no es algo que te haga daño ni que provoque un llanto así. Está muy bien querer a otra persona, pero primero has de aprender a quererte tú por encima de todo.

Verás, cielo, tienes que quererte. Pero quererte de verdad. Comprender que eres un regalo, alguien maravillosa por quienes los hombres deberían pelearse.

No hay nadie como vosotras -me incluyó en la conversación con disimulo, haciéndome entender que esas palabras también debía hacerlas mías- y a quien vosotras decidáis tener a vuestro lado, será afortunado por poder disfrutaros.

Pero recordad: no dejéis que nadie os convenza nunca de que no merecéis la pena, que no sois suficiente, que hay otras mejores... porque os estará mintiendo.

Quereos como a nadie, para después poder querer a alguien que aprecie también lo únicas que sois.

Mientras escuchaba a mi madre, Nit se fue calmando.

Nos quedamos allí las tres, merendando algo y viendo un rato la tele hasta que Ana anunció que se hacía tarde y que debía volver a casa.

Las palabras de mi madre retumbaron muy fuerte en mi cabeza durante muchísimo tiempo. No sé si en aquel entonces comprendí de verdad lo importante que era el consejo que acabábamos de recibir, pero con el paso de los años se convirtió en una verdad absoluta para mí.

A fin de cuentas... soy la relación más larga que nunca tendré. Más me valía gustarme y quererme, entonces.

Y así aprendí a amarme por encima de todos. A enorgullecerme de mis pequeños defectos físicos, que me diferenciaban de las demás. A potenciar mis cualidades y sentirme feliz con mi cabezonería. A gritar al mundo que soy feliz, porque estoy bien conmigo misma.

Enzo

Gael no me habla mientras desayunamos.

Ayer por la noche, después de salir disparado a intentar encontrar a Jota, volví y le expliqué a Lucía que las cosas no eran tan sencillas como ella las quería pintar, que yo estaba con alguien y que necesitaba hablar con ella. Me aseguró que lo entendía, pero que no se iba a rendir, menos aún después de lo que acababa de pasar entre nosotros.

Le prometí pensar en todo lo que me había dicho y llamarla en unos días. Se quedaba en casa de una amiga y no tenía billete de vuelta a Barcelona. No había querido sacarlo por si necesitaba tiempo para recuperarme, me dijo.

Cuando llegó mi hermano le conté todo y le rogué que intentara localizar a Jota, porque a mí no me contestaba ni a las llamadas ni a los mensajes. Después de seis llamadas perdidas en veinte minutos, ella le mandó un mensaje: *“Ga, por favor, POR FAVOR, no estés en medio de esto, porque no puedo perderos a los dos”*.

Os juro que todo se volvió borroso a mi alrededor. Me estaba costando respirar y Gael tuvo que ayudarme a colocar la cabeza entre las piernas y a controlar el aire que entraba y salía de mis pulmones. Después de un cuarto de hora en esta posición, empecé a calmarme. Mi hermano me dijo que prefería irse a la cama porque es esos momentos no le caía demasiado bien y prefería no tenerme muy cerca por si decía algo que luego lamentase, como que era un gilipollas.

No me extrañó. En esos momentos yo tampoco me caía nada bien.

Me he pasado la noche intentando aclararme, saber qué quiero hacer. Si Lucía merece otra oportunidad, o lo que es más importante, si yo quiero dársela.

Todo lo que me dijo se repite en mi cabeza una y otra vez, y me está empezando a obsesionar.

Tengo pánico. Sí, pánico. En apenas ocho meses me he enamorado sin remedio de Jota. ¿Estoy corriendo demasiado otra vez? ¿Lo nuestro va a estropearse como lo mío con Lucía? Con ella al menos ya sé cómo pueden ir de mal las cosas. Puedo intentar arreglarlo porque sé qué se estropeó, pero por Lucía no llegué a sentir en año y medio nada ni remotamente parecido a lo que ya siento por Jota. Si ella no me perdona, o si lo hace pero luego me traiciona como Lucía, o si me abandona... sería demoledor.

Joder. Sólo sé que necesito ver a Jimena.

- Anoche hablé con Jota.

Levanto la cabeza como lo haría un perro ante un puto *filet mignon*. No digo nada, no quiero soltar algo que haga que se cabree de nuevo y decida no seguir hablando. Mi cara de animal apaleado debe de ablandarle un poco, porque añade:

- Dice que está pensando con calma y que cuando esté preparada te llamará para hablar.

- ¿Cómo está?

- Estupendamente. Ha ido a hacerse una manipedi y a tomar unos mojitos de buena mañana, no te jode...

- Gael, yo...

- Conoces su historia con el imbécil de la Facultad, el profesor. Te contó cómo lo pasó. Puedes imaginarte que verse de nuevo como “la otra” no es lo que más ilusión le haga en este mundo, Enzo. No me toques los cojones con preguntas de mierda.

Dios mío. Jaime. ¿Soy Jaime? Ni siquiera había pensado en ello.

Gael se levanta de mal humor y recoge su desayuno de la encimera de la cocina para dejarlo en el friegaplatos.

- Hazme un favor, Enzo. Piensa bien lo que quieres. Si vas a hacerle daño, házselo ya. Deja que lllore y que siga adelante. Si no estás seguro de que eres lo que ella necesita, quien puede hacerle feliz...

Eres mi hermano, y te quiero más que a nada en este mundo, pero Jota es buena tía, la mejor. Ella ha sido mi familia cuando he estado aquí completamente solo, y no quiero que nadie le haga llorar más. No lo merece, ¿de acuerdo?

Asiento e intento tragar el nudo que se me ha formado en la garganta.

Me quedo solo en casa y no sé qué más hacer salvo esperar a que suene mi teléfono.

Han pasado tres días y no he tenido noticias de Jota. Lucía, sin embargo, no para de escribirme para que nos veamos otra vez.

Empiezo a desesperarme de verdad. Tengo la sensación de que la he perdido. Cada vez que pienso que no voy a volver a escuchar su risa cuando haga uno de mis chistes malos, que no la voy a oír cantando por cada rincón alguna de esas canciones horribles de reggaetón o de los cantautores deprimentes que le encantan, cuando la imagino en brazos de otro tío, siendo feliz sin mí... me vuelco loco. Me entran unas ganas horribles de llorar.

Intento dejar a Gael fuera de esto. No quiero que tome partido, que se vea envuelto en algo que sé que le hará daño, pero cuando sé que va a verla no puedo evitar perseguirle por casa como un animalillo abandonado a su vuelta, por si suelta prenda.

Me he enterado de que se ha atrincherado en casa de Ana, para evitar tentaciones si yo tenía la idea de pasarme por su piso.

Ga ha ido hoy a verlas y ahora está en su habitación, al teléfono.

Paso por delante de su puerta para preguntarle si quiere algo concreto para

cenar, porque había pensado pedir al restaurante chino de debajo de casa. Y le escucho hablar. Sé que no debería, pero necesito saber algo de lo que ella está pensando.

- No sé, Nit, yo la veo igual. Tiene un lío en la cabeza que no puede con él.

- ...

- Ya. Y no veas cómo me jode porque si al menos viese que mi hermano lo tiene claro, la animaría a que lo arreglaran, pero es que creo que él no sabe lo que quiere. Me da un coraje que se esté pensando volver con esa zorra...

¿Estoy pensando volver con Lucía? Supongo que sí. No sé si por pura cobardía o porque creo que hay algo que arreglar, pero no he sido rotundo a la hora de decirle a Gael lo que pretendo hacer porque no lo tengo claro ni yo.

- ...

- Nit, no puedo hacer eso. Quiero a mi hermano, pero también la quiero a ella. Acuérdate de cómo estuvo cuando Jaime le dijo que estaba casado y por lo que pasamos cuando lo dejó. Cómo se sintió. Joder, Ana, que perdió más de ocho kilos. Que no comía ni vivía, era un puto zombie.

- ...

- No será lo mismo, pero tampoco se aleja tanto. En siete años ha huido de relaciones serias como de la peste. Y para una por la que decide arriesgar, ¡zas! Otra vez un maldito triángulo amoroso. Va a acabar hasta el coño de esa figura geométrica.

- ...

- No te rías, subnormal, que esto es serio. ¿Tú qué crees que va a hacer?

- ...

- No. Yo tampoco veo que esto pueda acabar bien para ambos. A uno le va a tocar llorar, y me revienta.
- ...
- Vale. Cuídala, reina. Mañana me paso otro rato después del curro, ¿ok?
- ...
- Y yo a ti. *Ciao*.

Vuelvo al salón antes de que Gael salga de su cuarto.

Cuando se tira en el sofá a mi lado le pregunto si quiere encargarse algo de cenar. Mientras llamo, elige una serie que ver en la televisión. Dejo que decida él porque sé que no voy a ser capaz de seguir nada de lo que vea ahora. Sólo puedo darle vueltas en la cabeza a lo que acabo de oír.

Yo no estoy seguro de lo que quiero.

Ella no está segura de poder perdonarme.

Yo la estoy haciendo daño.

Y ella no se merece eso.

Al sexto día de mi conversión a un demente sin remisión ante la ausencia de noticias de Jimena, acabo aceptando tomar una caña con Lucía. A fin de cuentas, también tengo que aclararme sobre si confío o no en ella, o si queda alguna brasa del fuego que fuimos.

Nos vemos en un bar cercano a la casa de su amiga. Se ha arreglado para verme. Lleva los labios pintados de rojo y la media melenita que luce está ahora ondulada. Sabe que me gustan los rizos. También se ha puesto uno de mis vestidos favoritos, casi blanco, con volantes en la parte de abajo. Le hace parecer una muñeca antigua y suaviza sus rasgos. Está muy guapa.

- Hola

Me saluda con dos besos y se me hace rarísimo esa forma de recibirla. He lamido cada rincón de ese cuerpo y ahora mantenemos una distancia educada y nerviosa que no sabemos cómo afrontar.

- Hola. ¿Vienen a atender a la mesa o me acerco a la barra?
- Ya te he pedido. Caña con gas, en jarra grande y helada.
- Gracias

Sonrío con nostalgia. Se esfuerza en demostrarme que aún me conoce, que aún somos Lucía y Enzo.

- ¿Has podido hablar ya con esa chica con la que estás?
- Aún no. No ha querido verme todavía.
- Ya han pasado varios días... A lo mejor le da igual.
- Lucía, no sigas por ahí.
- De acuerdo. Lo siento. Sólo juego mis cartas.
- Ya.
- Enzo, no me rindo. Te lo dije hace unos días y te lo repito ahora. He venido para recuperarte. Quiero que vengas conmigo a Barcelona.
- ¿Y qué se me ha perdido a mí en Barcelona?
- Tu empresa tiene filiales allí, sabes que podrían mandarte a dirigir el departamento de robótica y automatización de cualquiera de las sucursales que dirige. Tendrías tu propio equipo, podrías emprender proyectos nuevos. Dime que no te tienta.
- Pues claro, Lucía, pero también tengo un puesto que me encanta aquí.
- Pero en Barcelona podríamos empezar de cero, Enzo. Sin Nueva York y mis errores. Sin Madrid y tus fantasmas. Solo nosotros siendo felices.
- ¿Íbamos a ser felices?
- Si consigues perdonarme y pasar página, seríamos más felices que

si estuviésemos en un final de una película de Meg Ryan -ambos nos reímos. Al menos no hemos perdido eso. No del todo.

- La verdad es que me gustaría creerte.

- Pues hazlo. Mira, la cagué. No puedo decir mucho más. Sólo puedo prometerte que no volverá a pasar y esperar que tú confíes en mi palabra, aunque no te haya dado motivos para hacerlo.

Han pasado diez meses desde que no estamos juntos y cada día te echo más de menos que el anterior. La pena no disminuye con el tiempo, sino que me hunde más y más. Y sé por qué: porque no me despierto a tu lado, porque no me coges de la mano para cruzar los semáforos, porque no me besas en cada escalera mecánica, porque te extraño más de lo que sé explicar.

La miro y todos los buenos momentos de nuestra relación se vuelven más nítidos.

La vez que nos pilló la lluvia en Central Park y acabamos empapados al lado del *Imagine*, muertos de risa y bailando con John Lenon en nuestras cabezas.

La noche en que nos acostamos por primera vez, después de intentar cenar en un restaurante súper pijo que nos daba mesa para hora y media después y terminar rindiéndonos y cogiendo un perrito en un puesto callejero que nos supo a gloria.

Las tardes en el jardín botánico de Brooklyn, en el rincón con la pagoda japonesa, leyendo y escuchando a los músicos que se acercaban por allí.

Todos esos momentos intentan imponerse a las pesadillas. A la tarde en la que James me confesó llorando que se había acostado con ella. A la rabia cuando la vi en brazos de nuestro vecino Paul. A las broncas, los gritos y los reproches continuos de los últimos meses. A los empujones que me daba cuando los argumentos ya no le alcanzaban para seguir discutiendo conmigo.

Estoy tan ensimismado tratando de decidir qué me pesa más, si el cielo o el

infierno que rozamos juntos, que no me doy cuenta de que se ha acercado a mí. Apoya la mano en mi pierna y me mira a los ojos. Acerca sus labios a los míos y yo le dejo hacer.

Me recorre despacio, a besos cortos que empieza a profundizar. Separa un poco mi silla y se sienta en mi regazo. Mordisquea mi cuello y lo aprisiona entre sus labios con mimo. Cuando vuelve a mi boca la recibo con ella abierta y nuestras lenguas encuentran el camino sin problema.

No quiero ir más allá. No quiero caer de nuevo en el mismo error sin haber hablado con Jota.

- Lucía, para, por favor.
- ¿Por qué? Tienes tantas ganas como yo...
- No quiero hacer esto. Necesito hablar con Jimena.
- No te va a querer como yo, Enzo.
- Eso no puedes saberlo. No sabes cómo me quiere ella.
- Pero sé que yo estoy aquí y ella no.
- Porque yo la he traicionado. Créeme, sé lo que siente, no es agradable.

Y entonces me doy cuenta de algo tan obvio que ni siquiera había caído en ello. La he traicionado exactamente como Lucía me traicionó a mí.

Yo, que me derrumbé en brazos de Jota, muerto de la pena recordando cómo la mujer que amaba me había engañado.

Yo, que le abrí mi corazón y ella me explicó lo difícil que le resulta confiar en alguien y lo duro que es no poder lanzarte al vacío por tu pareja con los ojos cerrados, confiando en que esa persona te cogerá.

Yo, que he insultado hasta quedarme afónico a la mujer que ahora está delante de mí por no tener el coraje de enfrentarse a una relación que se estaba rompiendo y preferir meterse en la cama de otros.

Yo le he hecho exactamente lo mismo a ella.

Oh, Dios mío...

Mi móvil vibra olvidado encima de la mesa. Lo cojo como un autómata y el corazón se me da la vuelta al ver la pantalla:

JOTA

¿En el Templo de Debod en una hora?

Jota

Durante estos días todos mis amigos han estado muy pendientes de mí. Incluso Ga. Pobre Gael. No quiero que esté en medio de todo esto, sé que tiene que estar resultando muy duro para él.

Álex no lo pone demasiado fácil porque tiene muchas ganas de partirle la cara a Enzo y la verdad es que no se corta un pelo a la hora de decirlo, aunque su hermano esté delante.

Ayer pensé que acabarían llegando a las manos.

- Oye tío, que te mueras por follarte a Jota y ella eligiese a mi hermano no te da barra libre para ponerle a caer de un burro.
- Independientemente de en las bragas de quién quiera yo meterme, me parece que describir su actitud como la de un auténtico cabrón es un hecho más descriptivo que una opinión personal. Y él será tu hermano, pero ella es tu mejor amiga.
- ¿Crees que no lo sé?

Se empezaron a acercar más de lo que Javi y Edu consideraban amigable y decidieron separarles.

Desde entonces el ambiente está algo enrarecido entre todos. Hay mucha tensión y no quiero que esto afecte al grupo.

Cada vez que veía a alguno de ellos me preguntaban qué pensaba hacer. Mi respuesta era siempre la misma: no lo sé, necesito pensar.

Es mentira.

He estado destrozada estos días, pero no necesitaba recapacitar sobre nada, sólo llorar. Tengo claro desde el momento en que vi a Enzo empujando dentro de Lucía lo que pasaría con nosotros.

Para mí, la vida se divide en cosas que vuelven bonitos tus días y cosas que te hacen daño. Yo huyo de las segundas como si mi supervivencia dependiera de ello. Y en cierto modo es así.

Desde que de cría perdí a mis padres, aprendí que, si te alejas lo suficiente de las cosas o de las personas que te dañan, llegas a olvidar. Si estás lo suficientemente lejos, el dolor no te alcanza.

No sé si es una actitud correcta o valiente ante la vida, pero es la mía.

Es la segunda vez que me enamoro en mis casi 28 años y es la segunda vez que me parten el corazón.

Sé que cuando me entrego a alguien lo hago de una forma total. No guardo reservas. No le encuentro sentido a hacerlo. Lo doy todo y lo espero todo, porque la única manera en que veo sentido a una locura como el amor, es renunciar a estar cuerda mientras amas.

Amo a ciegas y confío de la misma manera. Es por eso por lo que duele tanto cuando te devuelven la vista de una hostia semejante.

Cuando la confianza en alguien se quiebra de una forma tan brutal, nada hará que pueda recuperarla. Y lo sé.

Mantener una relación con alguien de quien no me fío sería una gilipollez supina.

Lo malo es que, aunque tenga muy claro que lo mío con Enzo ya no tiene sentido, no sé qué hacer con el dolor que siento en el pecho.

Cuando pienso en que ya no voy a verlo más, a besarlo, a abrazarlo; que su aliento no volverá a hacerme cosquillas en la nuca mientras duerme, o que no se burlará más cuando me invente alguna palabra y defienda convencida su existencia; que ya no habrá más bailes en la cocina mientras el microondas termina de calentar nuestra cena, y que no seguirá empeñándose en taparme con una manta aunque sea pleno agosto por si cojo frío... algo se rompe dentro de mí.

En las películas y en los libros de amor nos cuentan lo maravilloso que es enamorarse. Te describen con todo lujo de detalles lo increíble que es sentir que otra persona te completa de una forma que no sabías que podría hacerse. Pero no te explican qué hacer cuando el telón se baja.

¿Qué se hace con todo ese amor que sigue dentro de nosotros cuando alguien te traiciona?

¿Cómo conseguimos que deje de quemar como si estuviese arrasando todo lo que tienes dentro?

Cuando llego al Templo me arrepiento de haber quedado aquí con Enzo. Es uno de mis lugares favoritos de Madrid y no quiero ensuciarlo con malos recuerdos. Pero necesito verlo ya y cerrar este capítulo para intentar seguir avanzando.

Le reconozco a lo lejos. Creo que hoy por hoy sería capaz de distinguirlo entre una multitud. Esa forma de encorvarse cuando está preocupado. La manera de patear el suelo de manera nerviosa mientras espera. El ceño fruncido, que le da un aire un poco infantil... Es mi Enzo. O lo era.

Unos metros antes de llegar donde él se encuentra me detengo aprovechando que aún no me ha visto acercarme y tomo aire.

Necesito mostrarme fuerte y, sobre todo, indiferente. Es mi disfraz.

He estado tres días llorando a solas para conseguir mostrarme imperturbable delante de él cuando por fin me viese con ánimo de quedar. Dicen que no hay peor desprecio que la indiferencia y eso es lo único que quiero mostrar hoy ante Enzo.

- Hola -se gira muy deprisa al oír mi voz.
- Jota, yo... menos mal que me has escrito. Necesitaba verte. Siento muchísimo lo que viste. Yo... no pretendía hacerte daño. Es que Lucía se abalanzó sobre mí y yo no supe cómo pararla porque... no sé por qué, porque soy imbécil, supongo. Y entonces me dijo que tú habías

entrado en casa y que nos habías visto y pensé que me moría creyendo que te había hecho daño y...

Vaya. Directo al grano. No sé si traía un discurso aprendido, pero si es este, le está saliendo algo mal.

No es que me importen demasiado las excusas que pueda dar. Todas tendrían la misma conclusión: me ha engañado.

- Enzo, no hace falta todo esto.
- Pero...
- Tranquilo. No es necesario, de verdad.
- Jimena, es que estoy hecho un lío. Cuando Lucía apareció ante mí, se despertaron cosas que creía que ya no existían. Pero no sé qué quiero, ni qué siento.

Me ha pedido que me vaya con ella a Barcelona, pero necesitaba verte y hablar contigo, que me dijeras qué crees que debería hacer. Si a pesar de todo, crees que nosotros podemos seguir siendo nosotros o si... no sé. Jota, dime algo.

Madre mía... que no sabe qué siente.

Yo aquí, dispuesta a cualquier cosa por este hombre y él sin tener claro si me quiere como merezco.

Me aprieto las palmas de las manos tan fuerte que me clavo las uñas hasta que creo que me hago sangre. Sin embargo, no muevo ni un músculo de mi cara.

Enzo me mira confundido, creo que esperaba una reacción más pasional por mi parte. Pues que se joda.

- Creo que deberías irte con ella.
- ¿Qué? -la cara que ha puesto es similar a si le hubiera soltado una bofetada.
- Me preguntas qué creo que deberías hacer. Creo que deberías irte

con ella.

- Jota, sé que estás enfadada, pero...
- No. Estoy dolida. Me siento traicionada. Pero prefiero ponerte las cosas fáciles. Tienes dos opciones: o te vas con ella, o te vas solo. Pero quiero que entiendas que estar conmigo ya no es una. No confío en ti, Enzo, y no creo que jamás pueda volver a hacerlo.
- Jimena, no lo tires por la borda.
- De eso ya te has encargado tú.
- Oye, lo que te he hecho es horrible. Lo sé, lo he vivido. Te entiendo mejor de lo que crees porque he estado en tu misma situación y sé lo que duele.
- Y sin embargo te dio igual dañarme a mí.
- Por supuesto que no.
- Enzo, mira tus acciones y deja de escucharte un momento.
- Sé que a veces me contradigo, pero al menos lo estoy intentando. Parece por tu actitud que te he hecho un favor liándome de nuevo con Lucía.
- Piensa lo que quieras.
- Yo al menos he estado intentándolo este tiempo, cuando tú estabas más intratable que nada en este mundo.
- Eso he sido un golpe muy bajo hasta para ti.
- Lo siento, joder, lo siento. No quería decir eso. Sé cómo lo has pasado, cómo lo hemos pasado todos. Han sido meses difíciles Jimena, pero yo no me he cansado de luchar.
- Esto no es una guerra, aquí no debería haber batallas.
- Ayúdame en esto, nena.
- Si esperas gritos, berrinches o súplicas, te has equivocado de tía. Yo sólo puedo darte dolor y desconfianza. Es todo lo que me has

dejado.

- Jota, yo te quiero.
- Y yo a mí. Y por eso me elijo por encima de ti. Porque ya que tú no has sabido quererme bien, tendré que hacerlo yo por los dos. Sólo he venido a despedirme.

Mi actitud no le deja mucho margen para la duda. Me conoce y sabe que de nada servirá insistir.

Noto el momento en el que se rinde, en el que entiende que me ha perdido de verdad.

- ¿Y ya está? ¿Eso es todo?
- No creo que merezcas más. Cuídate mucho y sé feliz en Barcelona.
- No he dicho que vaya a irme.
- Te conozco tanto como tú me conoces a mí. Sabes que no cambiaré de opinión. Y yo sé que tú no vas a atreverte a estar solo. Te irás y yo reharé mi vida. Y supongo que de vez en cuando te acordarás de mí y a lo mejor entiendes que has jodido lo mejor que hubieses tenido nunca... Mala suerte. Procura ser feliz.

No espero contestación. No quiero oír nada más, porque mantener las lágrimas a raya me está costando mucho más de lo que esperaba.

Me doy la vuelta y dejo a Enzo allí, triste y confundido.

No me equivoqué.

Enzo se marchó a Barcelona 17 días después.

Supongo que hablaría con Lucía la misma noche en que nosotros quedamos.

Gael me contó que en su empresa no pusieron muchas pegas al traslado.

Todo les fue rodado. En el puente de la Constitución, se llevaron todas las cosas de él a la casa de ella en la Ciudad Condal.

Mi amigo me lo dejó caer unos días antes, por si al final me decidía a despedirme de una manera algo más amigable. Le bastó mirarme una vez para saber que eso no iba a pasar.

Y aquí estoy ahora, como una idiota, reproduciendo en bucle la canción de Mecano, *Me cuesta tanto olvidarte*. Es de masocas, ya lo sé, no me deis la murga.

“...y ese algo que soy yo mismo, es un cuadro de bifrontismo que sólo da una faz. La cara vista es un anuncio de Signal, la cara oculta es la resulta de mi idea genial de echarte, me cuesta tanto olvidarte... olvidar quince mil encantos es mucha sensatez; y no sé si seré sensato, lo que sé es que me cuesta un rato hacer cosas sin querer. Y aunque fui yo quien decidió que ya no más y no me cansé de jurarte que no habrá segunda parte... me cuesta tanto olvidarte”.

No soy un robot. Las estoy pasando putas, pero procuro parecer feliz delante de mis amigos. Me cuesta menos sonreír sin ganas que explicarles por qué sigo triste.

Aún intento averiguar qué se supone que tengo que hacer con todo lo que despertó en mí Enzo. He intentado enterrarlo en fiestas, ahogarlo en alcohol y silenciarlo con orgasmos, aunque me los haya proporcionado yo. Pero nada... que la cabrona de la pena no quiere irse.

Se acerca mi cumpleaños. El 28 de diciembre. Este año hasta me hace gracia, porque toda mi vida parece una maldita inocentada.

Además, Ga y Nit están muy pesados con hacer una cena de Navidad increíble para reunirnos todos. Javi, el pobre, que también quiere ayudar, ha propuesto que nos vayamos a celebrar la Nochevieja juntos por ahí, de vacaciones. Si su madre supiera que pretende cenar lejos de ella, le mataría.

Todos intentan actuar con normalidad a mi alrededor, pero se nota mucho que están forzados. Es como si cuando están conmigo, anduviesen sobre un

campo de minas y tuvieran pánico de pisar una y hacer que todos salgamos volando por los aires.

Nit y Javi ni siquiera se cogen de la mano en mi presencia. Y Ga y Beto evitan mostrarse lo más mínimamente cariñosos. Es un asco. Detesto que mis amigos se sientan incómodos por mi desgracia.

Nadie habla de Enzo, aunque sé que se llaman. Javi hizo muy buenas migas con él y Gael es su hermano... No me lo dicen porque yo no pregunto por él y porque creo que en el fondo sienten que preocupándose por cómo le va, me traicionan un poco.

Yo no lo veo así. A ellos no les ha hecho nada. No les ha mentido. No les ha partido el corazón. No ha jugado con sus ilusiones. Todo bien, vamos.

A ver, que no quiero ponerme melodramática. Es cierto que esto no me ha matado, igual que no me mataron tantas otras cosas que pensé que lo harían años atrás, pero sí que os confesaré que la tarde que le descubrí con Lucía, algo murió en mi interior.

Enzo había conseguido que, de alguna manera, volviera a creer que había alguien para mí por ahí. Ese hombre dispuesto a amarme con la fuerza del mar.

Cuando Lucía abrió los ojos y me miró mientras Enzo la penetraba, me sentí pequeña y humillada.

Supongo que hay personas que no nacen para vivir en pareja.

De todas formas, me he cansado de ir por ahí dando pena. Nunca me ha gustado despertar ese sentimiento entre mi gente.

Sólo necesito alejarme un poco.

Lo suficiente como para despistar al dolor una vez más.

Gael

Hace tres días que Jota no responde a ninguno de nuestros mensajes ni llamadas.

Empiezo a preocuparme de verdad, pero Ana me pidió que le diera algo más de espacio.

Estoy muy cabreado. Cabreado con Enzo por alejarme de mi amiga y hacerla daño. Cabreado con Jota por no saber distinguir entre Enzo y yo. Y cabreado conmigo por no saber qué hacer.

Los quiero a los dos.

Enzo no para de preguntarme qué tal está ella. Le he pedido por favor que haga su vida y se olvide de la que tuvo aquí.

Jota me pidió expresamente que no le diera a mi hermano ningún tipo de información sobre ella y esa promesa al menos quiero cumplirla, pero os juro que hay días que me cuesta mucho. Enzo puede llegar a ser muy insistente y verle así de destrozado me hace daño.

- Tío, no te entiendo. Si estás tan mal por ella, ¿por qué vuelves con Lucía?
- Jota no quiere verme, Gael.
- ¿Y qué? Dale tiempo.
- La conoces mejor que yo. Sabes que no es cuestión de tiempo.
- ¿Así que te piras con la bruja esa porque crees que no va a perdonarte nunca?
- Me marché con Lucía porque creo que aún hay algo entre nosotros que podría salvarse y porque no puedo quedarme aquí a fingir que no me mata que Jimena no quiera hablar conmigo nunca más.

- Macho...
- No viste cómo me miraba, Gael. Es como si hubiera muerto para ella. Me duele físicamente pensar en tenerla cerca y no tocarla. No puedo. Y no lo voy a hacer. Me marcho e intentaré que lo mío con Lucía sea como al principio.
- Sólo espero que no tengas que arrepentirte de esto en unos meses.
- Yo también lo espero.

Llamo a Jota por cuarta vez consecutiva y me salta el buzón de voz.

Quedan sólo tres días para la cena de Nochebuena y necesitamos coordinarnos con ella.

- Nit, voy a ir a buscarla -la he acabado llamando por teléfono para informarla. Paso de que se enfade conmigo.
- Vale. Dame media hora y nos vemos en su casa, anda. La verdad es que yo también empiezo a estar preocupada.
- ¿Crees que ha hecho alguna estupidez?
- Ga, ni lo menciones, coño.
- Vale, vale. Tienes razón. Te veo en media hora en Quintana.

Los dos estamos allí como clavos.

Llamamos varias veces a su puerta, pero no se oye un solo ruido proveniente del interior.

A la mierda. Hemos llamado por educación, ambos tenemos llaves.

Entramos un poco nerviosos, sin saber qué vamos a encontrarnos, pero allí no hay nadie.

- Jotaaaaaaa -Nit prueba inútilmente.
- ¿Dónde narices se ha metido esta tía? No son horas de que esté en el colegio.

- Ga, ven.

Ana suena preocupada. Ha empezado a entrar en todas las habitaciones de la casa en busca de algo que nos dé una pista sobre el paradero de Jimena.

Me asomo a la habitación de Jota y la veo frente al armario. Está muy seria y no atino a comprender qué le pasa.

- Nit, ¿qué pasa?

- Mira.

Le hago caso y miro el interior del mueble. Está algo desordenado, pero nada me alarma hasta el punto de ponerme tan blanco como ella está ahora mismo.

- No entiendo, Ana.

- Su ropa.

- Sí, ¿qué?

- Falta la mitad. No está su ropa interior y tampoco la mayor parte de sus zapatos.

Ana me deja allí plantado empezando a comprender lo que quiere decir y se levanta disparada hacia el baño.

Cuando sale de allí se lanza bajo la cama y saca una pequeña caja de cartón. Esparce su contenido por la cama y me encuentro mirando fotos de una Jimena mucho más joven, abrazada a una pareja que sonrío a su lado, poniendo malas caras mientras ellos la besan, posando ante un coche cargado hasta los topes para unas vacaciones...

- No está. ¡Joder! Maldita imbécil.

- Ana, no entiendo...

- Se ha pirado, Gael.

- ¿Cómo?

- Se ha llevado sus prendas favoritas, su cepillo de dientes, la guitarra y su foto preferida con sus padres, en la que sale ella de bebé en brazos de su madre y su padre mirándolas a un par de pasos.

- Pero ¿cómo que se ha ido? ¿Dónde?
- No lo sé.

Empiezo a recorrer la casa gritando su nombre como un jodido loco. Ana se tiene que estar equivocando. Jota no se iría sin decirnos nada. Mientras busco cualquier indicio que pueda indicarnos dónde está mi amiga, reparo en un sobre con nuestros nombres encima de la encimera de la cocina. Está apoyado contra una botella de *José Cuervo*, al lado de dos vasos chatos.

- Ana.

La pelirroja aparece a mi lado con cara de cabreo. Cuando repara en el mensaje de Jota, enmudece.

Ella parece más decidida que yo, así que toma el sobre y lo rasga. Saca un folio con la letra de Jimena.

No me odiéis muchos días.

Sabía que, si estaba un tiempo sin dar señales de vida, acabaríais viniendo. Siempre os preocupáis por mí. Ya no recuerdo un mundo donde no pueda contar con vosotros.

Imagino que os habréis dado cuenta, pero me he ido.

De verdad que necesito alejarme un poco de todo. No diré que de todos, porque sabéis que siempre os llevo conmigo.

En los últimos dos meses me da la sensación de que sólo sé aportar pena allá donde estoy y esa es una sensación muy jodida, más para alguien que siempre ha pretendido llenar su vida y la de la gente que quiere de color y luz.

Sé que tengo que llorar, que he perdido mucho por el camino, pero es que creo que no me quedan lágrimas.

Tengo que intentar buscar de nuevo todo aquello que me hace sonreír, y lograr despertarme un día y que la ausencia de Yaya ya no abraza como lo hace ahora o que levantarme sin él no se me haga un mundo.

Por eso os pido que me concedáis este tiempo para mí, para curarme, para volver a ponerme en pie.

Sabéis que lo haré, rendirme nunca entró entre mis posibilidades.

No sé muy bien dónde me marchó. El alquiler de los pisos me da bastante libertad para moverme sin ataduras, así que me ha parecido una buena idea conocer un poco de mundo. Creo que empezaré por Vietnam, siempre he querido conocerlo.

Hacedme saber que habéis leído esta carta para poder empezar a mandaros información de por dónde ando cada semana, anda.

Sé que os puede parecer que se me ha ido la cabeza, pero esto es algo que necesito hacer, y que necesito hacer sola.

Sólo os pido que intentéis comprenderme, que sigáis sin juzgarme como lo habéis hecho siempre, y que estéis ahí como hasta ahora.

Brindad por mí como en las ocasiones importantes: con buen tequila y una sonrisa en los labios por lo que vendrá.

Sois mi familia, sé que lo sabéis.

Os quiero con todo mi ser.

Nos vemos en un par de meses.

Fueron 20.

AGRADECIMIENTOS.

Pues supongo que ahora es el momento de confesar que no tengo ni idea de cómo hacer esto y que cuando me embarqué en este proyecto nunca imaginé llegar hasta aquí, así que me pilláis un poco en blanco.

Por supuesto, gracias en primer lugar a Ediciones Atlantis por confiar en mí, por arriesgarse con Jota y permitirle darle vida. Y especialmente quiero agradecer sus consejos y paciencia y Maribel y a Ana, que ha soportado estoicamente los cambios de esta novata.

No exagero si os digo que estoy cumpliendo un sueño que empezó siendo muy pequeña. Gracias a todos los que lo vivisteis conmigo, escuchando los primeros y deprimentes argumentos para aquellas novelas que aseguraba que escribiría algún día cuando aún me acompañabais al colegio y la universidad. Mery, Lara, Je... la historia cambió un poco, vosotros os mantuvisteis igual. Os lo digo mucho, pero no me canso: sois mi familia.

Gracias a mis yakarenguitas, que han inspirado muchas de las locuras que habéis leído. Y es que esta historia puede ser ficticia, pero está plagada de nombres, sentimientos y anécdotas muy reales. Gem, Ceci, Rodri, Lu, Bas, Álex, Laui, Mv, estoy segura de que sabréis encontraros entre estas páginas.

Gracias a mis padres, por inculcarme el amor por los libros y por dejarme ser siempre yo. Nunca podré agradecerlos tanto.

Gracias a Isabel y a María por estar, por ser, por existir. Por regalarme a Mati

y porque no sé qué haría sin vosotras.

Gracias a Miguel, porque intentar explicar qué es el amor para mí es algo menos difícil cuando me besas distraído cada noche en el sofá.

Y gracias a todos lo que habéis dedicado unas horas de vuestro tiempo a conocer a Jimena y a su extraña familia, y sobre todo gracias a quienes habéis aprendido a quererla como yo.